Rafael Reig

EL RÍO DE CENIZAS

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
Notas
Créditos

Sinopsis

Un anciano adinerado ha sufrido un ictus que le ha dejado ciertas secuelas y se ha ido a vivir a la residencia Los Carrascales, donde le sorprende una pandemia mundial. Entre lecturas y actividades rutinarias con otras personas mayores, el protagonista redacta una confesión que dejará a su hijo: necesita ajustar cuentas con el pasado, y no desaparecer sin intentar dar sentido a su vida. La distancia irónica inicial con respecto a otros ancianos, la distorsión disparatada de la realidad que provoca la pandemia en políticos, cuidadores y pacientes, van dando paso paulatinamente a una angustia difusa, a la recapitulación crepuscular de la propia biografía y a la mala conciencia, al recuerdo de los seres queridos y la búsqueda de una redención imposible. Reflexiones aceradas, deslumbrantes páginas elegiacas en las que resuenan obras de referencia, como La muerte en Venecia y La leyenda del santo bebedor, y personajes inolvidables: todo el talento de un escritor de la talla de Rafael Reig brilla en esta historia de desazón contenida y desenlace esperanzador.

El río de cenizas

Rafael Reig

TUSQUETS EDITORES

Para los QSQ. Para Anusca. Para Violeta

Las personas mayores
¿a qué hora volverán?

César Vallejo

1

He soñado con un río que nunca había visto. Cerca de la cima, entre robles y pinos, oí el ruido de agua, hacia el que me dirigí. En el sueño andaba a buen paso y tenía unos treinta años, no me costó ningún esfuerzo salvar un repecho tras el que, unos metros más abajo, vi el fragoso cauce que descendía casi en vertical, con orillas de granito y una violenta cascada, hacia el remanso que formaban unas grandes piedras cubiertas de musgo. Comencé a bajar la ladera para meter las manos en el agua helada, pero el estruendo de algún pino podrido que se derrumbaba me despertó. Recuerdo bien los ríos que he visto en la montaña —el Pradillo, el Lozoya, el Majavilán y otros muchos—, pero el del sueño no era ninguno de ellos, así que ha debido de inventarlo mi cerebro dormido con una precisión que no tiene cuando estoy despierto.

Esta estilográfica Parker me la regaló Nicanor, pero no se me había ocurrido ponerme a escribir hasta que ayer Casilda se puso de pie y anunció:

—¡Vamos a morir todos!

Me inclino a darle la razón: la posibilidad de que no sea así —y vivamos todos para siempre— me parece un castigo inmerecido.

Casilda lanza a diario jaculatorias, vaticinios y galimatías mientras juega con Nati y Belén al tute arrastrado: ¡Señor, llévame pronto! ¡Ay de los pobrecitos de espíritu! ¡Cubridme con un lienzo ungido!, cosas así, pero esta vez algo le rondaba la cabeza: la plaga bíblica que se nos echa encima, lo dicen por la tele. Se habla de bubones y violentas hemorragias, de las ratas que salen de las alcantarillas para morir a cielo abierto sobre la acera, de murciélagos carnívoros que atacan en grupo a los vertebrados superiores o de las camionetas y carromatos que recogen cadáveres por las calles, pero en la tele afirman que aquí no corremos ningún

peligro. Puede que haya algo de eso, admiten a regañadientes, pero sólo en pequeñas aldeas del Indostán o de la Patagonia: aquí estamos bien protegidos, contamos con el mejor sistema sanitario de Europa.

Desde mi ventana se ve la encina, el terraplén del cercanías un poco más allá y, a lo lejos, las montañas, que a esta hora son sombras severas e impacientes, decididas a impartir justicia. Mientras el crepúsculo matutino vuelve azul el cielo oscuro y bajo, he empezado a escribir en un cuaderno escolar, quizá por las mismas razones por las que Nica estudia partidas de ajedrez, Vero interpreta partituras en silencio o Nati, Belén y Casilda, las Tres Gracias, juegan a las cartas: para matar el tiempo —nadie queremos vivir para siempre—. Hace años que me levanto a las cinco de la mañana y ya no puedo volver a conciliar el sueño. Dicen que el despertar precoz (o insomnio terminal) es propio de la edad avanzada y de las depresiones melancólicas, y ya he cumplido los setenta y cinco. Llegué hace un mes a Los Carrascales —me trajo mi hijo, con dos maletas pequeñas— y lo que más recuerdo de ese primer día es lo asustado que estaba, hasta que entré en mi habitación y el encuentro con este árbol de ancha copa, casi al alcance de mi mano, me hizo sentirme acompañado.

Ahora estoy cómodo, es una residencia privada, nada barata. Casi parece un hotel, y nadie estamos en un estado penoso, porque sólo permanecemos aquí mientras no lleguemos a una grave incapacidad física o mental: luego nos despachan a lugares que espero no conocer nunca.

El primer día, cuando se fue Gonzalo, salí a dar un paseo, sin otra finalidad que la de comprobar que no estaba prisionero. Así es, puedo entrar y salir con libertad, siempre que informe en recepción y lleve un teléfono móvil con batería. El pueblo está a quince minutos a pie (y a mi paso), y encontré un estanco, el supermercado, un par de bares —el Maype y La Carolina— y hasta una librería, La Maliciosa, en la que compré, casi al azar, un libro de bolsillo. Me senté en la terraza del Maype a hojear *La conjuración de Catilina,* de Salustio, mientras bebía un chispazo de ginebra. Me divirtió saber que Lucio Catilina, aunque de familia

noble, era «de carácter malo y depravado»:

> Desde la adolescencia, le resultaron gratas las guerras civiles, las matanzas, las rapiñas, las discordias ciudadanas y en ellas tuvo ocupada su juventud.

¡A eso es a lo que yo llamo una auténtica vocación!, y así se empieza una biografía: siempre por el final. Visto desde su muerte en combate contra Roma, Catilina era, desde el principio, un monstruo. Santa Teresa de Jesús, en cambio, desde niña, ya era santa. En cuanto a mí, basta con verme, viviendo entre desconocidos, fumando y bebiendo ginebra a escondidas, mirando con descaro a las chicas jóvenes del pueblo —y en la residencia a las cuidadoras, a las limpiadoras y a las del personal sanitario— y sin nada mejor que hacer que escribir sobre mí mismo: cualquiera podría adivinar que fui un joven acomodaticio, solapado y ambicioso.

En el *Libro de la vida,* santa Teresa recuerda que en su infancia leía vidas de santos con su hermano, y que «deseaba yo mucho morir» por el Señor, así que los dos se concertaron para «irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios para que allá nos descabezasen». Hicieron un intento de fuga y salieron por la puerta del Adaja, hasta que un tío suyo los interceptó y los devolvió a casa. Una vez comprobado que «el tener padres era el mayor embarazo» para alcanzar el martirio, se conformaron con hacerse ermitaños «en una huerta que había en casa», y construyeron sus ermitas con «unas piedrecillas que luego se nos caían, y ansí no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo». Los dos hermanos sentían temor y atracción por la eternidad —ya fuera en el cielo o en el infierno— de la que tanto se hablaba en los libros devotos:

> Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre, en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto, y gustábamos de decir muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre!

Otra vocación temprana, con el mismo ardor que la de

Catilina, aunque en dirección opuesta. No creo que Catilina sintiera el vértigo de la eternidad, sino el del instante; le imagino en cambio repitiendo: ¡ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo!

Recibí una educación religiosa (nací en 1945, no había otra), recuerdo aquellos ejercicios espirituales en los que conseguían con mucha más eficacia aterrorizarnos ante el castigo eterno que entusiasmarnos con la eterna recompensa. Volvía a casa determinado a merecer el cielo, costara lo que costara, y decía muchas veces «¡para siempre, siempre, siempre!», pero a los pocos días me ganaba el ataque relámpago del «¡ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo!». Así somos: nuestros pecados son testarudos; nuestros arrepentimientos, de alfeñique.

Huelga decir que cedía a tentaciones bastante más modestas que las de Catilina, sin vestales mancilladas ni exuberantes orgías, sin incendios ni matanzas ni guerras civiles (de las que ya se había hecho cargo Franco), y por supuesto sin la conquista del poder absoluto, entonces también en manos del Caudillo (que además custodiaba el brazo incorrupto de la santa de Ávila en su mesita de noche).

Como en santa Teresa, en Catilina hay cierta grandeza —o si se quiere desmesura—, la misma necesidad de lo imposible que sentía Calígula, el emperador demente. Hasta Salustio lo percibe, a mi parecer con una admiración que no logra ocultar: «Su espíritu insaciable siempre deseaba cosas desmedidas, increíbles, fuera de su alcance».

Ni santo ni monstruo, nunca tuve ninguna vocación intensa, salvo la de vivir con desahogo una vida gris y confortable —a ser posible con lujo—, de virtudes intermitentes y pecados veniales.

Era lo propio, ahora me doy cuenta, del país en el que llegué a la edad adulta, que tenía como elemento de cohesión social el miedo: miedo a ser descubierto, a ser castigado, a dar un paso en falso. El lema de aquella época de plomo, que se repetía en todas las familias, era: Hijo, tú sobre todo no te signifiques.

Hace años que no oigo esa expresión, no sé si los jóvenes la entenderían ahora. Significarse era lo que dice el diccionario, «hacerse notar o distinguirse por alguna cualidad o circunstancia»,

pero también algo más: no tengas significado, que nunca se te entienda del todo, para no ser descubierto. Ahora, cuando vuelvo la vista atrás, no veo el significado de mi vida —ni el sentido—. Debe de estar muy bien escondido, sobre todo para mí mismo.

Leyendo a Salustio, en el Maype me acordé de mi hijo de niño. Cogido de mi mano, avanza por la parte exterior de la acera y se va golpeando uno detrás de otro contra los retrovisores de los coches aparcados. Intento que se ponga al otro lado, pero se niega. Venimos de la oftalmóloga, en la calle Luisa Fernanda, y le acaban de tapar con un parche el ojo vago, el derecho. No ve ni torta pero prefiere aguantar sin cambiar de lado, así de orgulloso y de cabezota era con seis o siete años. La marcha es penosa, hasta que salimos a Ferraz, una calle más grande con una acera amplia. Volví a sentir, otra vez, el mismo amor y el mismo miedo hacia Gonzalo. Por mucho que le quiera, no puedo protegerle; ni siquiera de sí mismo.

Mi regreso a Los Carrascales no fue menos difícil que aquella travesía por Luisa Fernanda. Después del ictus pasé casi medio año en un hospital de recuperación, en la Fuenfría, en la sierra de Guadarrama. Ahora puedo andar con un bastón, arrastrando la pierna izquierda, con el esfuerzo de todo el cuerpo, en un semicírculo bastante cómico, pues llevo el brazo izquierdo casi inmóvil en un cabestrillo.

Dejé a un lado la zona de la tele y me dirigí a la cafetería, donde encontré a esas absortas, acobardadas, inconsolables, dolientes personas mayores —así nos llaman—, con las que pensé que nada tenía que ver, y que han acabado siendo mis semejantes, mis hermanos, y también capaces de mostrarse atentas, valientes, entusiastas y reconciliadas. De los que conocí aquella noche ya faltan tres, han sido trasladados o trastrocados, se han desvanecido o los hemos olvidado. Me senté en una silla junto a una mesa de un solo pie. No sirven más alcohol que vino o cerveza, así que pedí una copa de vino blanco. El hombre que estaba sentado más cerca de mí se levantó sin demasiado esfuerzo y se acercó a saludarme. Sobre la mesa tenía un tablero de ajedrez y un libro con el que debía de estar estudiando alguna partida. Era de corta estatura,

pero disfrutaba de una melena blanca de senador romano o de poeta lírico. Esto, sumado a su agilidad para ponerse de pie, despertó mi desconfianza (y mi antipatía): hace años que mi cabeza es una bola de billar. Me dejé bigote para compensar la pérdida, sin otro resultado que el de adquirir cierta apariencia de forzudo de circo o de traficante de armas. El ajedrecista parecía un buhonero, con su pañuelo rojo anudado al cuello, su camisa de lunares, su chaqueta de lana azul y unas zapatillas de felpa con un escudo heráldico. Nicanor Valverde, se presentó. Ahí se suele sentar Verónica, me dijo. Me disculpé y le pregunté cuáles eran los sitios libres. Todos, me dijo con el movimiento de brazo de un torero recibiendo una ovación, no hay puestos asignados, se trata de una deferencia que algunas ni siquiera se merecen.

También somos así las personas mayores, conocemos nuestros derechos. Derecho a ser cascarrabias, a ser suspicaces, a portarnos como viejos verdes o como niños malcriados, a contar batallitas, a despotricar sobre los nuevos tiempos y los nuevos jóvenes, y a quejarnos de cualquier cosa que nos venga en gana.

Me levanté apoyándome en el bastón y Nica —como he acabado llamándole— me acompañó con mi copa en la mano hacia otro asiento, que pasó a ser el mío, aunque esa noche no llegué a sentarme en él, porque el buhonero me invitó a jugar una partida en su mesa. Me fulminó en quince movimientos con un gambito Evans. Ahora de vez en cuando le gano cuando jugamos alguna partida por las tardes. Para matar el tiempo, en defensa propia.

Creo que Nica ha sido empleado de banca, pero también me ha dado a entender que ha trabajado en una galería de arte en París, en una agencia de detectives en Milán y en una universidad norteamericana. Quién sabe: aquí nunca decimos la verdad sobre nuestra vida anterior —y nada en absoluto del porvenir—; y de lo que contamos de la vida de fuera (hijos, nietos, amigos) la mitad es inventado.

¡Que viene esa tarasca!, me sobresaltó Nica. ¡Anda que no se da ínfulas! Lo dijo con una inquina que me pareció simulada, como si representara su papel en una función dirigida a un solo espectador: a mí, el nuevo residente, recién llegado del mundo real

a la magia de la escena.

Al fin y al cabo, la vejez no es más que una astracanada.

Verónica es altiva, fatua y fantasmagórica, lleva un turbante violeta sujeto en la frente con un prendedor dorado (o quizá de oro), un vestido anaranjado con un ribete negro y zapatos de tacón. Ocupó el asiento de su propiedad, sacó de su bolso una partitura que dejó abierta sobre el velador, se puso de pie y empezó a bambolear la cabeza con muecas de éxtasis, mientras con las manos artríticas y cubiertas de grandes pecas dirigía una orquesta invisible y silenciosa. De vez en cuando miraba a la partitura, como si pudiera leerla a esa distancia. ¡Qué poca vergüenza!, se quejó Nica con esa indignación que no parecía sentir, aunque quizá la hubiera sentido el autor de la obra: él se limitaba a decir sus frases lo mejor posible y en el momento indicado. Jugamos otra partida, que también perdí, y llegó la hora de la cena.

Éramos pocos, la mayoría prefiere desayunar, comer y cenar en su habitación, hay muchos residentes invisibles, que esperan el desenlace tumbados en su cama, con la cara vuelta hacia la pared. Salvo alguna mesa con dos mujeres, en el comedor es costumbre que cada uno se siente solo; a nadie le agrada ver comer a un anciano, ni siquiera a nosotros. Para casi todos la masticación es torpe, lenta y ruidosa, lo que convierte las comidas en una liturgia lúgubre que sólo podría dedicarse a la plegaria o el examen de conciencia, dos actividades de las que no soy partidario.

Después de la cena, la mayoría vuelve a su habitación, y unos pocos se reúnen en la sala de la tele. A partir de esa primera noche, me quedé en la cafetería a tomar el último vino y a leer, casi siempre sin más compañía que la cabeza basculante de Vero y su sinfónica sonámbula.

Desde joven he protegido un tiempo diario para leer. Mi padre era sastre y mi madre cosía para fuera, tenían pocos estudios y en casa no había ni veinte libros. Precisamente por eso sentían hacia la lectura el mismo respeto reverencial que un campesino de la Edad Media experimentaba al oír hablar a los curas en latín. Cortaba trajes para bodas y para muchos clientes que sólo podían

hacerse uno cada cuatro o cinco años, pero también para algunas personas de empaque, catedráticos, jueces, militares o funcionarios de alguna administración; así que bien sabía mi padre lo que separaba a los ricos de la gente común, nada más que el dinero (y el poder que otorga) y los signos que lo representan: un traje bien cortado y el aplomo para llevar ante cualquiera la voz cantante; es decir, la cultura o lo que mi padre entendía por cultura. A una edad tardía, hizo un esfuerzo tan agotador como inservible para poder disponer de opiniones contundentes sobre cualquier asunto, desde el estrecho de Ormuz a la fisión nuclear, sin dejar de lado la entomología o la astrofísica. Ahora me parece conmovedor, porque a mí me ha sucedido algo parecido. El afán de mi padre —o su fe de carbonero— le condujo a dejarse vender a plazos una enciclopedia, que no le ayudó a triunfar, como le habían prometido. Por si fuera poco, aparecieron entonces los grandes almacenes y esos trajes de confección con los que no podía competir. Sin embargo, a finales de los sesenta y durante los setenta, encontró una clientela inesperada: los jóvenes de clase obrera que, careciendo de poder adquisitivo para visitar Londres, querían ir a la moda moderna. Un día le hizo a un chico de Manoteras, a partir de la portada de un disco, un pantalón de campana, que todavía no fabricaban los grandes almacenes. Tras este vinieron cientos, necesitaban camisas con solapas enormes, chaquetas con bordados en las mangas, trajes parecidos a los de Elvis, a los de los Beatles o a los de los Rolling Stones, y acudían desde barriadas de las afueras a la tienda de Espoz y Mina con fotos de revistas o fundas de elepés que mi padre utilizaba como patrones de costura. No lo hacía porque quisiera ayudar a los jóvenes: no sentía por ellos ninguna simpatía, lo hacía por el dinero. En eso también nos parecemos, a mí los jóvenes me aburren y el dinero siempre me ha atraído. Lo que más aborrezco es que para hablar de nosotros utilicen la expresión «nuestros mayores»; son tan atolondrados que sin duda creen en sus buenos sentimientos. El culto a la juventud es un lastimoso invento reciente, y ha traído consigo algo peor: los mayores que pretenden mantenerse jóvenes. Desconfío de cualquier adulto de más de

cincuenta que no tenga barriga: está ocultando algo. Más tarde, avanzados los años setenta, las tiendas de ropa de confección ya vendían esos pantalones de pata de elefante, maxifaldas y minifaldas, y hasta ponchos bolivianos, y el negocio de mi padre cayó en picado, pero sus arbitrarios conocimientos enciclopédicos fueron el consuelo de sus últimos años, dedicados a la resolución de crucigramas.

Mientras leía la desastrada vida de Catilina, miraba de reojo los movimientos de Vero. En su mano derecha una batuta conjetural marcaba el tempo y con la izquierda indicaba la entrada de grupos de instrumentos —¡Ahora esos cornos! ¡Que suenen los violonchelos! ¡Arriba las trompetas!— o de solistas: ¡Venga el siempre tan celebrado solo de violín! A veces cerraba los ojos, complacida, y echaba la cabeza hacia atrás, como si flotara recostada en una nube o en una ola. El malvado Catilina, por su parte, ya había «cometido muchas abominables deshonestidades con una doncella noble, una vestal y otros actos parecidos en contra de los preceptos humanos y divinos». De pronto Vero separó los brazos para indicar más *forte* y volvió a cerrarlos muy despacio, cada vez más *piano*, hasta que recogió las manos sobre su pecho (bastante voluminoso) en un gesto que indicaba el final de la sinfonía, saludó con una inclinación de cabeza y salió, aunque cojitranca, muy erguida, partitura en mano, hacia las habitaciones, y entonces, trastabillando por el pasillo (la cadera derecha le duele demasiado, no sé por qué se empeña en llevar tacones), la vi tan desamparada como si se hubiera quedado ciega a mitad de camino, perdida en una nube de tormenta o a merced del oleaje. Pensé en hacerlo, pero no me atreví a aplaudir. En cuanto a Catilina:

> Su color era pálido, su mirada repulsiva, su andar unas veces rápido y otras parsimonioso; en su aspecto y en su rostro se evidenciaba inequívocamente la locura.

Era hora de irse. En mi habitación bebí un dedo de ginebra de la botella que había traído en una de las maletas, y cerré los ojos con el mismo miedo que la primera noche en el campamento del servicio militar. ¿Qué pasaría al día siguiente? ¿Los aparentes

amigos se volverían contra mí? ¿Surgirían peligrosos enemigos imprevistos? ¿Podría resistirlo?

Un viento suave estremecía las hojas de mi encina, o *Quercus ilex,* como diría mi padre, no sin añadir que se trata de un árbol perennifolio. También me habría explicado que las hojas son de un color verde oscuro, glabrescentes por el haz, y con una densa borra blanquecina por el envés. Glabro significa calvo, como mi cráneo, que protege en el envés una espesa selva de pálidas y débiles neuronas. Me acordaba de mi padre porque estaba solo y sentía temor. Me preguntaba, como en la mili, qué papel me tocaría en el reparto del astracán de la tercera edad, y si estaría a la altura del desafío. Pasados los setenta y cinco, me habían trasladado a un lugar alejado de la vida que conocía, un universo cuartelero con titubeantes personas mayores a cargo de rotundas cuidadoras dominicanas y celadores con pendientes y tatuajes, donde podía inventar mi papel en la función o resignarme al que me asignaran. ¿El triste y turbio bebedor solitario? ¿El erudito en cominerías? ¿El farsante que, para darse importancia, finge leer libros ya olvidados?

Me concedí otro dedo de ginebra. Si no me hubiera separado de su madre, ¿habría sido diferente la vida de este chico, nuestro hijo? Puede que no: puede que haya personas como Catilina, hijo único de su carácter y huérfano de la realidad.

Mi mujer se llamaba Catalina, por eso elegí ese libro de bolsillo —casi al azar, como he dicho— que titulé en mi cabeza *La conjuración de Catalina,* y que reescribí en el acto, no como una conspiración, sino como un conjuro, esa «fórmula mágica que se dice, recita o escribe para conseguir algo que se desea»: así vivimos Cati y yo, conjurados a favor de la alegría, durante cinco años —para siempre, siempre, siempre— hasta que el conjuro se transformó en conjuración dirigida contra mí. Apareció Tina y obedecí la llamada del ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo, y me fui de casa con dos maletas pequeñas.

2

Ayer Gonzalo no pudo venir, tiene complicaciones, eso me dijo por teléfono. Casi he sentido envidia, nosotros ya sólo podemos tener complicaciones médicas: subidas de azúcar, de colesterol o de ácido úrico, retención de líquidos, bajadas de tensión o de glóbulos rojos, inesperados fallos renales, cardiacos, hepáticos o multiorgánicos. Quién pudiera todavía complicarse la vida por un lío de faldas. No he soñado nada. O no lo recuerdo. Al sentarme en el baño —desde el ataque me resigno a orinar sentado, como los egipcios— me he fijado en la toalla de manos que hay junto al lavabo: ¡es de color violeta! Así que de ahí ha sacado Verónica su vistoso turbante. Esto me ha enternecido, esta tarde aplaudiré al final del concierto. De pie, si puedo levantarme a tiempo. En La Carolina vi a una chica muy joven (todas son ya demasiado jóvenes) que tomaba un café, sentada casi de espaldas a mí. Llevaba una blusa con la manga muy escotada bajo la axila, y cada vez que levantaba el brazo (para beber, para arreglarse el pelo, para ponerse unas gafas de sol), dejaba a la vista un seno firme y abultado. No llevaba sujetador (ninguna lo lleva ahora en cuanto hace buen tiempo). Alguna vez llegué a distinguir el pezón. ¿Serán pechos así las complicaciones de mi hijo? Su mujer, Leticia, es un encanto, pero ¿quién no ha tirado piedras contra su propio tejado? ¿Quién no se lanzaría a cierra ojos hacia el ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo?

Entonces me vino a la cabeza algo que no recordaba: una imagen de Gonzalo de niño que había conservado intacta en el almacén del olvido o, en otras palabras, un recuerdo verdadero. Lo que llevamos toda la vida recordando, ha sido transformado, elaborado y pulido, ya no puede hacernos daño, forma parte de nosotros. Lo que hemos olvidado nos amenaza, aparece como un

cuerpo extraño en nuestro interior. Como suele suceder era una imagen aislada, lo que la hace más peligrosa, porque puede formar parte de un territorio desconocido y salvaje, del que nunca es fácil escapar sin dolor. En La Carolina recordé a Gonzalo a mi lado en la mesa de la cocina. No sé qué hacíamos (merendar, imagino) ni cuánto tiempo llevábamos allí. Le di un beso, me levanté y, antes de salir, me di la vuelta. Entonces le sorprendí mirándome con gesto de ira contenida, tal vez de odio, con cinco años y los puños apretados, y me asusté tanto que le di la espalda y seguí por el pasillo hacia mi despacho, sin decir palabra ni volver la vista atrás. Es todo lo que recordé, no sé qué había pasado antes o qué sucedió después.

Tan intranquilo y largo como me pareció aquel primer día aquí, se me hicieron cortos y pacíficos los siguientes. El paseo hasta el pueblo se ha convertido en una costumbre diaria, así como la visita a La Maliciosa, la librería del nada malicioso Eduardo. Después de Salustio me entregué a la enrevesada prosa de la santa de Ávila, en una edición de bolsillo del *Libro de la vida* en la que proliferan las notas a pie de página, algunas de cierta utilidad; la mayoría innecesarias y tan desapacibles como un estruendo de chicharras agazapadas entre renglones. También me he acostumbrado a visitar la almoneda de Fernando —a la que en el pueblo llaman anticuario—, que tiene muebles, algunas cajas de libros de lance, mapas, barcos, cuadros, metrónomos, estilográficas, pitilleras, relojes, muebles y cachivaches. Ahí compró Nica la pluma, yo le regalé un reloj de ajedrez soviético.

Nica no tardó ni una semana en intentar reclutarme. Entre partida y partida, insistía en la urgencia de desenmascarar a Verónica. Hay que arrancarle la careta, decía, no sabe leer partituras, mire usted esa mano, ese tempo ¿qué es? *¿Allegro prestissimo con fuoco?* ¡Más de doscientas cincuenta pulsaciones por minuto! Si aquí hubiera una orquesta, el infarto los fulminaría a todos.

Decidí en el acto que no quería formar parte de su milicia ciudadana. No es sólo por consideración hacia Vero (que quizá tenga párkinson), sino para evitar que me adjudiquen el papel de

conjurado a las órdenes de un Catilina buhonero vestido con prendas de baratillo.

—¿Qué más nos da, Nicanor? Si a ella le entretiene, déjela en paz —le recomendé un día.

Las personas mayores todavía nos tratamos de usted.

—No puedo permitir que esa impostora se salga con la suya —me respondió él, y me relató orgulloso un dilatado historial de delaciones.

Había expuesto a la vergüenza pública a Conchita, que contrató a un joven sin empleo para que la visitara los domingos haciéndose pasar por su nieto; gracias a sus desvelos, el pasado borrascoso de las Tres Gracias es de público conocimiento; el inofensivo Benjamín —al que le han puesto andador hace una semana— ya no ha vuelto a presumir de ser arquitecto.

—Eso para no mencionar otros casos de quienes ya no están entre nosotros —añadió con satisfacción.

Me negué a formar parte de su siniestro Ministerio de la Verdad, y mi relación con él se limita al ajedrez y a la conversación intrascendente (si es que no lo son todas a nuestra edad).

Es cierto que pude comprobar que una de las partituras que Vero dirigía con una gran orquesta era un nocturno de Chopin. También lo es que la credibilidad del nieto de Conchita se vio menoscabada por el detalle de que, aunque simpático y bien educado, era un muchacho guineano. En cuanto a las Tres Gracias, pintadas como puertas y con escotes y faldas que a su edad resultan truculentos, salta a la vista que en su juventud no han sido amas de casa, maestras o costureras, y nunca han pretendido lo contrario; ¿por qué se empeña Nica en decírselo al oído a todo el mundo? Lo mismo ocurre con el pobre Benjamín, que no engañaba a nadie, porque se atraganta al intentar pronunciar la palabra arquitecto (le sobran consonantes juntas para su instrucción rudimentaria, debería haber probado con aparejador, pero ¿no tenemos todos más ambiciones que merecimientos?).

Conchita tiene la piel blanca y fina como una hoja de papel de fumar, a través de la que se ven, como hilos de una tela de

araña, sus venas azuladas; es pequeña y delgada, parece frágil como una porcelana y le gustan las novelas sobre asesinatos y detectives. Hace poco se acercó a mí para disculparse. Se sonrojó al admitir que había intentado engañarnos y que Tomás, el sonriente guineano con tan buenos modales, no era su nieto.

—No es necesario que dé ninguna explicación.

—Nicanor insistió mucho.

Aunque en ese momento sentí desprecio hacia el buhonero o vendedor ambulante, ahora le compadezco: qué tenebroso, qué escaso será el fragmento de la vida que se ve desde el interior de su corazón, semejante a mirar la calle desde la tronera de un piso bajo, sin ver nada más que zapatos, tobillos, colillas que caen al suelo y perros que orinan contra la pared levantando una pata.

Compro libros pequeños por gusto, pero también por necesidad: en mis circunstancias, con un brazo inmovilizado y el bastón en el otro, sólo puedo transportar lo que quepa en los bolsillos. Este problema lo resolví en la almoneda, donde encontré una bolsa en bandolera que Fernando describió como «una auténtica mochila wayú», al parecer tejida por las mujeres wayú en la Guajira colombiana. Según me dijo el presunto anticuario, fue una araña (sagrada, no hace falta mencionarlo) la que enseñó a las indígenas a tejer mochilas, fajas y chinchorros, lo que sin duda justifica el sobreprecio con respecto a una simple bolsa fabricada pongamos que en Albacete. A mí me ha permitido atesorar en este tiempo quince botellas de ginebra en el armario, cerradas bajo llave. Si vamos a morir todos, más nos vale no estar serenos cuando llegue el distinguido (aunque incómodo) trance.

Con respecto a la plaga bíblica o peste babilónica, sigue sin haber motivo de alarma, insisten en la prensa y por la tele, por más que haya habido tres casos de contagio confirmados en Italia, y muchos más fallecidos en la Patagonia y el Indostán. Los síntomas, según dicen, pueden ser muy diferentes en cada caso, si bien los más comunes son el acelerado crecimiento de las uñas, la fotofobia, los bubones supurantes y el cambio de voz. Eso dijeron anoche, antes de ponerse tremebundos con el polo norte que se deshiela, una niña desaparecida en un pueblo andaluz, los peligros

del azúcar y la sal («el enemigo blanco», así lo llaman) y la alerta roja por la llegada a la península de una borrasca heladora a la que han bautizado como Altagracia. Todo parece exagerado: las noticias han pasado a formar parte del mundo del espectáculo, así que hasta la meteorología tiene que ser aterradora, el fútbol dramático y la política un escándalo detrás de otro.

—¡Ay, esos niños que ni siquiera saben a qué hora llegarán sus madres a casa! —exclamó Casilda, en el momento en que Verónica hacía su rutilante aparición con la toalla de manos enrollada en la cabeza.

Benjamín nos reveló que los contagiados a menudo morían por combustión espontánea, causando graves daños materiales, así como muertos y heridos, que eran sus propios familiares —si estallaban en su domicilio— y otras veces desconocidos, magistrados o personal sanitario, si la deflagración tenía lugar en la vía pública o en un comercio, en un juzgado o en una consulta médica.

—Eso no puede ser verdad —afirmó el buhonero, nuestro implacable ministro de la Verdad.

—Lo han dado por la radio —intentó defenderse Benja.

Obtuvo unos cuantos resoplidos de Nicanor, que comenzó a repetir con gestos de impaciencia: ¡La radio!, ¡la radio!, ¡menuda radio!

Mientras barajaba, Nati aseguró que había oído que a muchos se les disolvía el cerebro en cuestión de un cuarto de hora, no quedaba nada, y se desplomaban como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos; y los ojos, sin nervios oculares en los que apoyarse, caían como canicas en el interior del cráneo vacío.

Era inevitable —y a nadie nos sorprendió— que Nica dictaminara que aquello tampoco era verdad, a lo que Nati respondió sacándole la lengua, haciendo una pedorreta y luego volviendo la cabeza, al tiempo que decía: ¡Ya habló el pichafloja!

Me asombró mucho que el vendedor ambulante no contestara, sino que bajara la cabeza como si sintiera vergüenza. ¿Habrán tenido algún lío (fallido al parecer) estos dos? Ahora la miro de otra manera: bien pensado, Nati no está nada mal.

Vero terminó su espectáculo, recogió su partitura y se retiró con la cabeza muy alta. Casilda consideró oportuno comunicarnos algo:

—¡Ay, esas niñas que están deseando que los vecinos las vean desnudas!

Acabé mi vino y me despedí, mi encina me esperaba. Pasaba un cercanías casi vacío con luz en todas las ventanillas. Evoqué el seno de aquella chica de La Carolina, la curva —catenaria sería— entre el pezón y su costilla, y me proporcioné un placer trabajoso, fugaz y descorazonador. ¿Habrá algo más triste, más frustrante, que hacerse una paja sin estar empalmado? También somos así las personas mayores. Las luces del tren ya habían desaparecido cuando miré hacia la ventana y vi mi reflejo en el cristal, y reconocí el gesto aturdido del niño que se pregunta qué misterios encerrará su existencia y con qué llave conseguirá abrirlos.

Según los griegos de los que me hablaba mi padre, el universo está formado de materia y vacío. Si sólo hubiera materia y días llenos de grandes acontecimientos, cualquier vida sería un sólido, un mazacote, una gran piedra inmóvil, sin posibilidad de respirar. Si sólo hubiera vacío y días indoloros, y fugitivos, cualquier vida desaparecería, igual que el vapor que empaña el espejo del cuarto de baño.

Mi pasado está compuesto de partes llenas, compactas e indivisibles, girando y golpeándose unas contra otras en un vacío diáfano; duros átomos de dolor, de placer, de vergüenza, también de amor, que permanecerán errantes en la oscuridad cuando, sin haber llegado a comprenderlos, yo haya atravesado la fría corriente con mi moneda en la boca. La música también está hecha de sonido y silencio, salvo la dirigida por Verónica. En ajedrez, antes de la primera jugada, hay el mismo número de casillas vacías y casillas ocupadas: treinta y dos piezas en sesenta y cuatro casillas. El desarrollo de la partida va creando más espacio vacío, y así más posibilidades de amenazas y combinaciones, aunque al final sólo vas a necesitar tres piezas: una para sacrificarla y dos para dar mate. Como hizo ayer Nica conmigo.

Siempre les he preguntado a los matrimonios cómo se

conocieron. A todo el mundo le gusta responder, a pesar de que en muchos casos provoque un titubeo, una expresión de incredulidad o de arrepentimiento. Es uno de esos espacios llenos que no podemos olvidar, aunque tampoco sepamos cómo abrirlo para encontrar su sentido. Y si lográramos dividirlo, ¿no nos explotaría encima, como la fisión nuclear?

Vestidos de romanos, éramos figurantes en el rodaje de una película. Paco y Marisa, que mira al horizonte, ¿recordando al joven Paco con toga? ¿A sí misma con una falda demasiado corta, tal y como el cine se imagina a las voluptuosas prisioneras traídas de la Galia?

Enseñando un piso, cuando trabajaba en una inmobiliaria, al final Juanjo lo compró y nos instalamos en él; y con mi comisión nos fuimos de viaje de bodas a Mallorca. Virginia y Juanjo, que considera apropiado ponerle una mano en el muslo, como si quisiera evitar algo que podría ponerle en evidencia.

En un furgón policial, nos detuvieron en una manifestación. Álex y Delia, que vuelve la cabeza, quizá para no ver en qué se ha convertido aquel héroe de la lucha contra la dictadura.

Paco y Marisa, Virginia y Juanjo, Álex y Delia. Fueron nuestros amigos, hacíamos cenas de matrimonios, pero ahora, como diría Nica, ya no están entre nosotros.

Me toca a mí subirme a una silla para alcanzar la estantería más alta y sacar el viejo álbum con las amarillentas fotos, sin saber qué voy a encontrar: algunas seguirán siendo espacio lleno de materia; la mayoría ya se habrán quedado vacías.

Aquí está la foto en blanco y negro, tomada al atardecer en el jardín de un palacete de la calle Almagro. Al dorso, escrito con tinta azul: «Madrid, Embajada de Filipinas, 1969». En el centro de la imagen está Catalina, con una copa de martini en la mano y un vestido blanco muy escotado. Cuatro hombres la están mirando, pero ella mira hacia un punto lejano, fuera del marco de la fotografía. Uno a cada lado de ella, ambos fumando puros; otro un poco más alejado, y el cuarto en una esquina. Ese soy yo, o mejor dicho, era yo, con veintipocos años, un traje bien cortado por mi padre y una ancha sonrisa, tan deslumbrado por el resplandor de

aquella mujer como por el hecho de haber llegado hasta allí, a ese universo radiante apartado de la vida oscura y trabajada que compartíamos el resto de los españoles. Entonces percibí por primera vez el aroma embriagador de la riqueza cosmopolita (tan diferente, aunque a la postre no mejor, de la plutocracia autóctona, ramplona y avarienta). *Pecunia non olet,* el dinero no huele, dicen que decía Vespasiano, aunque sería más acertado afirmar que el dinero, incluso oliendo a perfume, no tiene memoria: nunca recuerda de dónde ha salido —ni siquiera cuando viene de las cloacas, como el del impuesto sobre la orina que recaudaba el emperador—. Esa misma tarde tomé la decisión de aprender francés. Y otras dos decisiones: convertirme en uno de ellos y acostarme con esa mujer del vestido blanco y el collar de perlas. Como me pareció lejana y misteriosa, y tenía ojos verdes, me dirigí a ella en inglés. Y sin embargo era de Oliva, Valencia. Tardé tres años en hablar un francés correcto, cuatro en hacerme rico, y cinco días en acostarme con Catalina. Ahora sé que lo que le atrajo de mí fue aquello de lo que más me avergonzaba entonces: mi ignorancia petulante, mi falta de clase y de caudal, y mi juventud. En aquella época la juventud no se consideraba atractiva, todos los jóvenes preferíamos ser como esos señores cuarentones que paseaban con elegancia y desenvoltura por el jardín que fue de los duques de Santo Mauro, con una copa en una mano y un puro en la otra.

Yo no tenía ninguna experiencia con mujeres, me había acostado con una francoespañola y una *Fräulein* alemana, porque en aquellos tiempos resultaba más fácil para un español irse a la cama con cualquier extranjera que con una compatriota.

Cati tenía encanto, era cinco años mayor que yo, conocía bien París, Roma, Londres y Nueva York, no sabía cocinar ni coser, nunca madrugaba y era propensa al uso de la ironía. A los pocos meses nos casamos y compramos el ático en el paseo de Rosales. En el 70 nació Gonzalo.

Que yo sepa, nadie tomó fotografías en aquella recepción en la embajada, pero puedo ver esa vieja foto con bordes dentados en cuanto cierro los ojos.

Paso la página de cartón negro y se desprende otra foto (no

están pegadas con goma arábiga, sino sujetas con cantoneras adhesivas), y me pregunto por qué reclama tanta atención, y pide que le dé la vuelta, ya que ha caído —como las proverbiales tostadas— boca abajo, con la emotiva mantequilla sobre la aséptica formica de este mobiliario clínico. Al dorso pone: «La Casa Gran, Oliva, 1974». Era, y quizá siga siendo, un exclusivo restaurante oculto entre naranjos, al que sólo se podía acudir con reserva (que nunca aceptaban de desconocidos). Nosotros siempre teníamos mesa disponible: aquel huerto era propiedad de la familia de Cati. Cuánto me ha gustado formar parte —siempre a través de mi mujer— de la gente atractiva y distinguida; tanto como ahora disfruto de ser una más de las anónimas y acobardadas personas mayores, los que hemos sido separados de nuestras propias vidas, y sin embargo estamos convencidos de que la única salvación para nosotros tendrá que ser para todos juntos.

Pongo la foto boca arriba y aparece la mantequilla sentimental: el mantel blanquísimo por el flash y el fondo de oscuras hojas de naranjo, las copas de Veuve Clicquot (así éramos, cenábamos con *champagne* cuando aún no lo hacía casi nadie), el humo de los cigarrillos y los veraniegos escotes de los vestidos. De la foto anterior le entrego ahora a Cati el collar de perlas, que aquella noche no llevaba puesto. Todos estamos de frente a la cámara, y yo en el centro, el único que no se movió de su silla. Cati se puso a mi izquierda, Juanjo a mi derecha y Virginia al lado de Cati. Virginia sonríe, Cati no, Cati está seria, mirando hacia el interior del huerto o de sí misma. Juanjo y yo estamos relajados, sin estar alegres. Juanjo llevaba un blazer de confección y yo un traje de lino blanco. Esta foto —que nunca hizo ninguno de los camareros— es para mí el momento en el que el conjuro se convirtió en conjuración. Tras los postres, Catalina, todavía igual de hermosa, y ya resuelta en bosque petrificado, parecía otra: sombría, con un brillo negro como el carbón en las pupilas y un temblor intermitente en esos labios que tanto me habían besado y con los que les estaba diciendo a Virginia y Juanjo que estaba preocupada por su hijo, que ya no se atrevía a dejarle a solas conmigo. Dejé de mirarla, me concentré en Juanjo —daba por

hecho que Virginia sería propicia a creerla—, que mostraba un gesto de asombro y disgusto, en silencio, esperando a que terminara de hablar. Yo no sabía a cuento de qué venían aquellos disparates, llegué a pensar que era una muy elaborada broma, y que de pronto diría: ¿Os lo habéis creído?, y estallaría en una carcajada. No fue así. Dijo que sólo me ocupaba de mí mismo, y que un niño necesita afecto, y no un padre distante, educado y rígido. Entonces me pregunté por qué me estaba pasando eso a mí. Cuando Cati se calló (por fin), Virginia le cogió una mano, Juanjo encendió un cigarrillo y pidió un whisky, y sólo tras dar un trago dijo: Cati, querida, habría preferido no intervenir, pero no me dejas otra opción. Virginia seguía apretando la mano de Cati, a la que ahora volví a mirar: resplandecía, estaba sonriente, los ojos otra vez helechos mojados por la lluvia, con la inocencia del niño que ha hecho una travesura y ya ni se acuerda. ¿Quién decide qué es ser un buen padre?, preguntó Juanjo: Estoy convencido de que lo hace lo mejor que puede, aunque no sea suficiente, y añadió: Nunca lo es.

—No tiene importancia —dijo Cati—. Perdonadme, he tenido un mal día.

Todos nos sentimos aliviados y pedimos la última copa, menos por ganas de beber que por apresurar la despedida.

Sólo volví a hablar una vez del asunto con Juanjo, un mes más tarde, en el Cock, en la calle de la Reina, poco antes de que muriera en su despacho, víctima de uno de esos infartos fulminantes que en aquella época siempre les daban a los consejeros delegados, salvo que lo hubieran canjeado antes por la úlcera de estómago. Virginia desapareció en los años ochenta, en la carretera de Valencia, estampada contra las ruedas delanteras de un camión que transportaba naranjas, parece que o se quedó dormida o desmayada, o se suicidó.

3

He soñado con un pájaro que mi hijo dibujó de niño con lápices Alpino. Le he visto mover las alas y levantar el vuelo desde aquel cuaderno parecido a este en el que escribo. A poca altura, describía círculos sobre mi cabeza, mirándome con esos ojos amarillos de pupilas rojas que le había pintado Gonzalo. Me desperté de golpe, antes de que se lanzara sobre mí. Un dedo de ginebra consiguió tranquilizarme.

Ayer tuve una erección, se llama Ramona. No como las que tenía cuando conocí a Catalina, esas en las que la polla, como un bauprés desbocado o una botavara vehemente, daba golpes bajo mi ombligo; esas de una dolorosa dureza, esas con un copioso y glorioso desenlace entre el latido de los labios de su vagina, en su blanca mano delicada, en sus nalgas lunares, en su boca húmeda o entre sus turbulentas tetas —y sobre el collar de perlas que transporto de foto a foto—. No, no fue como entonces, pero fue suficiente, dadas las circunstancias. Ramona es de la República Dominicana, morena, cantarina y carnosa; parece pintada por Rubens y luego coloreada con un lápiz marrón por un chaval soñador. Cuando volví de desayunar, la encontré haciendo mi cama con sábanas limpias (había visto en el pasillo un carro con las sucias), y me disculpé: La dejo trabajar, dije, voy a dar un paseo. No, señor, acabo ahorita mismo, respondió. Me senté en el sillón de orejas. La miraba trajinar, alisando sábanas y ahuecando almohadas, con el culo (irrebatible) en pompa, y el movimiento pendular de los pechos (inconcusos), e imaginaba la extensa y oscura areola rodeando el pezón, y de pronto me di cuenta de que estaba empalmado. No como antes, pero lo suficiente. ¿Necesita algo más, señor?, me preguntó. No, muchas gracias, Ramona, respondí. ¿Qué iba a decirle? ¿Que, como santa Teresa, ya no hallo

remedio en nada para mi deseo?

En cuanto cerró la puerta, evoqué a Ramona (y añadí la teta luminosa vista de perfil en La Carolina), y conseguí, si no remedio para mi tribulación, alivio para la melancolía; y además salpicarme los pantalones. Hacía tiempo que el único resultado que obtenía era semejante a la cera rebosando de un cirio ancho y chato en una pequeña capilla lateral. Empujadas por el viento, las hojas de mi encina me ofrecieron una modesta y merecida ovación.

Cuando cumplí sesenta, con Gonzalo ya viviendo su vida, pensaba que, con esa edad, las mujeres se desvanecerían de mi horizonte, y que mi afán, mi empeño desquiciado, mi avena loca, se extinguirían como se deshoja el cantueso con un soplo de viento, y que podría vivir en paz e incluso tratarlas con afecto y respeto, sin sentir deseo, sin disgustos ni pérdidas de tiempo, que podría dedicarme con serenidad a leer a los clásicos o estudiar latín, a cultivar un huerto y a pintar acuarelas, incluso hice propósito de fumar con una apacible pipa, un Sísifo liberado de empujar la enorme piedra hasta la cima de la montaña, para que una y otra vez rodara hacia el valle.

Pues me equivocaba, me he convertido en un viejo verde, patético, indigno, risible; pero quizá lo único decente que se puede ser a mi edad. El afán, el empeño, la avena loca, no aminoran, y el dolor aumenta, y la pesadumbre y la vergüenza.

Tras la alegría madrugadora de Ramona, escuchamos a través de las ondas el anuncio: la peste, desde Spoleto, ha llegado a la península. En toda la línea de costa hay buques amarrados en los puertos con la bandera amarilla de cuarentena. Hay infectados por todo el territorio, en los fértiles valles y en las ásperas montañas, en las cabañas y en los palacios, en las aldeas y en las metrópolis. Los fallecidos se cuentan por cientos, como si cada día cayera al suelo —abatido por enemigos invisibles— un avión de pasajeros. A los contagiados, para evitar la combustión, los mantienen en decúbito prono en cámaras frigoríficas, bajo costillares de buey colgados en ganchos. Casi todos echan el alma por la boca en cuestión de horas o días: por congelación, de pura rabia, asfixiados (no quedan respiradores, salvo para unos pocos) o por desinterés

hacia las cosas de este mundo. Dicen que en Grecia hay islas y pueblos del interior en los que todos los habitantes fallecieron en un solo día, y a los que nadie se atreve a entrar, ni siquiera para desconectar las teles y las radios, que siguen retransmitiendo mesas de debate y avances informativos para los impávidos cadáveres.

A mediodía, sin previo aviso, aparece Gonzalo con cara de que sus complicaciones, lejos de resolverse, han aumentado: ojeras amoratadas, mejillas macilentas, ojos vidriosos y una mirada de aflicción que me conmueve. Intento abrazarle con la torpeza de mi brazo inútil y de la falta de práctica. No sé cuántos años hace que no nos abrazamos. Quiere llevarme a comer, tiene prisa. Deja mi mochila en el asiento de atrás. No da muestras de asombro cuando le aseguró que es una auténtica mochila wayú. Es un hombre de mundo. Atravesamos el pueblo y me entran ganas de proponerle que nos quedemos en el Maype. No digo nada, seguimos por una carretera secundaria hasta que toma un desvío y, dando bandazos por un camino de tierra, llegamos a un solemne caserón de piedra rodeado de robles, con un letrero de madera que pone La Muñoza. El interior es clásico y lujoso. Mi hijo es un cincuentón gordo y bastante calvo, se mueve despacio y arrastrando los pies, y habla con parsimonia. Un tipo de adulto que nunca he conseguido comprender, por mucho que quiera a Gonzalo. Tiene un carácter semejante a un tablón de aglomerado: plano, sólido y compuesto de fragmentos de ideas malentendidas e informaciones innecesarias, prensadas y mezcladas con alguna sustancia pegajosa y sentimental procedente de no se sabe qué lecturas, o quizá de esas redes sociales en las que, según me cuenta, tiene mucha actividad. Nos instalamos en un hermoso patio interior en el que hay cinco mesas muy separadas entre sí. Es temprano, tomaremos un aperitivo, nos indica mi hijo a mí y a un camarero de traje oscuro y corbata de pajarita. Pido un martini con Tanqueray Rangpur helada y Noilly Prat; Gonzalo, un whisky de malta de la misma edad que podría tener su amante —quizá sean esas sus complicaciones— y ceniceros. La sensación de sosiego —hay una fuente en el centro y macetas con grandes arbustos entre las mesas — contrasta con la impaciencia de Gonzalo, que fuma y mira hacia

todas partes como si temiera encontrarse con alguien. Dirige hacia mí la conversación y, sin necesidad de mentir, le digo que me encuentro muy a gusto en Los Carrascales. Después hablamos de las circunstancias, que a ninguno nos interesan gran cosa: a mí, porque ya he perdido la fe en el tiempo, como un pez sin memoria en su pecera. A él, porque sus complicaciones —sean las que sean — le asustan más que la plaga. Le dejo la elección de menú y el trato, siempre fastidioso, con el petulante maître y el pomposo *sommelier,* que me recuerda un poco a Nica, no es más que otro buhonero que hace un uso intimidatorio de palabras en francés. Gonzalo pide un *esgarraet,* navajas a la plancha y unos tacos de atún, con vino blanco valenciano, y carrilleras —quizá en atención a mi dentadura— con el mejor Valbuena de la carta. Está bien educado, tanto por su madre, mientras pudo, como por mí; sabe pedir lo que le apetece, sin dejarse amedrentar por la pedantería y la insolencia del maître y el sommelier, tiene buenos modales y ha aprendido que, mientras se come (y en general casi siempre), no hay que hablar de nada de importancia, sólo asuntos amables y triviales —las comidas son, como la vejez, otra representación teatral—, así que hablamos de un buque embarrancado en el canal de Suez que ha interrumpido el comercio internacional, de la alegría que dan los frondosos castaños de París, de sus lecturas, todas de actualidad; y de las mías, todas desfasadas y caprichosas. Ninguno queremos postre y pasamos a los licores. ¿Cuánto hacía que no pedía un calvados? Puede que treinta años, me lo han sugerido los castaños a la orilla del Sena. Mi hijo pidió otro de sus maltas veinteañeros y un Cohiba Siglo V, que le trajo una chica preciosa con falda negra muy corta y un delantal blanco. Decido facilitarle las cosas: ¿Qué está pasando, Gonzalo?, pregunto. Se me ha complicado la vida, dice. El único argumento de la vida son los problemas que tenemos, expongo, y la única diferencia entre una persona y otra es la solución que elige, ese es el pequeño intervalo ético que podemos aprovechar para llegar a ser quienes queremos ser o para darnos cuenta de que todavía no somos nosotros mismos. Bebe en silencio, está bien educado, escucha hasta el final, como si los demás habláramos en latín o en alemán y hubiera que

esperar a que la frase termine para encontrar el verbo o esa partícula que modifica el sentido. Pide otro whisky y un calvados para mí. Tienes razón, dice, y a mí me da pena de pronto lo desamparado que está, a sus cincuenta años, y pongo mi mano sobre la suya, siento la necesidad de tocarle, como cuando era niño y le llevaba en brazos. Me he ido de casa, dice. ¿Con un par de maletas, como yo?, no puedo dejar de preguntar. Sí, una en cada mano, responde, y se ríe: No sabía qué meter, cogí el móvil y me dejé el cargador, puse tres camisas pero ningún calzoncillo, olvidé el cepillo de dientes y me llevé un libro de yoga que era de Leti, yo jamás he hecho yoga. Me enorgullece que conserve el sentido del humor, aunque sienta compasión por él, casi ganas de llorar. Del álbum que llevo en la cabeza cae otra foto amarillenta. «Madrid, 1975» pone al dorso. Es una sombra temblorosa, el bulto de un hombre demasiado joven para caminar tan encorvado. Ya está al otro lado de la puerta —que se cerrará a sus espaldas—, con una pequeña maleta en cada mano, sin ganas de vivir ni de volver la vista atrás. Ese fue el día en que Catalina me echó de casa.

Si necesitas algo, dímelo; si quieres contarme algo, te escucho, le digo. Necesito ir a Las Tajas por una temporada, hemos decidido darnos un poco de espacio y de tiempo, me responde. Le digo que no tiene que pedirme permiso, es su casa, tiene las llaves. No sé cómo estará la casa, llevo años sin volver, añado. Gracias, papá, dice.

¿Darnos un poco de espacio y de tiempo? No sé cómo puede creerse esa chiquillada, será que lee novedades editoriales. La actualidad, cada vez estoy más convencido, es enemiga de la cultura —y no pocas veces también del sentido común—. Mi hijo no parece estar disfrutando de espacio ni de tiempo, y tampoco parece haber decidido nada en común con Leticia. Más bien se diría que esté sufriendo el estupor de que su vida desaparezca tras una puerta cerrada. ¿Y Lucas?, pregunté. Está bien, su madre le ha dicho que estoy de viaje, me dice, lo que implica que no pudo despedirse de él. Admite que Leti le echó de casa en cuanto se despertó. Pienso que por fin ha elegido —o se ha sentido capaz de — contármelo todo, pero añade: Ella sospecha que hay otra

persona.

Acabáramos: cosas de chicos y chicas, que es en lo que siempre se nos va la vida entera, difíciles de comprender, ilusiones ópticas que cambian de tamaño con el tiempo o según las mires desde dentro o desde fuera.

No digo nada, enciendo un cigarrillo y bebo calvados.

—Sí hay otra persona, pero a Las Tajas voy solo —dice.

—Es tu casa —repito—, lleva a quien quieras y no hace falta que me lo cuentes.

—Gracias, papá —repite—. Es José Ramón el que no puede venir.

—¿Quién es José Ramón?

—La otra persona. Está casado.

Reprimo la reacción propia de un hombre de mi edad y digo con tono amable y cariñoso:

—Me encantará conocerle, que comamos juntos algún día.

—Gracias, papá. —Van tres agradecimientos seguidos, y ahora es él quien me aprieta el brazo con la mano.

Propongo tomar otra copa, pero me recuerda que tiene que conducir. Le pido que me deje en el pueblo, le digo que suelo pasar allí un par de horas todas las tardes.

—¿Qué pueblo es?

—No sé cómo se llama.

—¿Vas todas las tardes a un pueblo y no sabes cuál es?

—Así es. —No me había dado cuenta hasta ese momento—. Conduce de vuelta a la residencia y te lo indico cuando lleguemos.

No he visto ningún cartel con el nombre, ni siquiera en algún establecimiento. Podía haber preguntado, pero no se me ocurrió y ahora ya es tarde: me siento tan conforme con un pueblo abstracto, un arquetipo pensado por Platón, que contiene a todos los pueblos habidos y por haber, que le pedí a Gonzalo que, si acaso viera una señal o letrero con el nombre, se abstuviera de decírmelo: prefiero no saberlo, para que siga siendo para mí el universal platónico de un pueblo.

Me deja en la plaza. Vuelve pronto, hijo, le digo, y añado: Tráete a José Ramón. A ver si Joserra puede, dice, y sale del coche

para ayudarme. Me alcanza la carísima mochila y me da un abrazo.

Ayer nos tocamos demasiado, por eso me pregunto de qué teníamos miedo. ¿Cada uno de una cosa distinta? ¿A los dos nos asusta lo mismo?

Las complicaciones de mi hijo eran bastante más enrevesadas de lo que me esperaba, reconocí en el Maype, en presencia de un vaso de ginebra con un hielo y una rodajita de limón.

¡Joserra! Manda huevos. En toda mi vida sólo he conocido a un José Ramón, el empleado de la farmacia que había al lado de la sastrería de mi padre, así que mi árida imaginación sólo es capaz de presentarme a Joserra con el aspecto de aquel mancebo de farmacia, al que recuerdo como un cuarentón escuchimizado con bata blanca, de tez oscura, desabrido y con un bigote que le tapaba los labios. En cuanto me distraigo, me asaltan espantosas imágenes de mi hijo con aquel José Ramón de la farmacia de Espoz y Mina, cogidos de la mano, besándose, remando juntos en una barca del estanque del Retiro, en la cama de un hotel discreto —he conocido tantos— para adulterios bilaterales. Mi fantasía será muy seca para lo que yo necesito, pero qué fértil puede ser para lo que me mortifica. Es asombroso que dos cincuentones casados hagan esas cosas a escondidas de sus mujeres, si es que las han hecho. Por otra parte, ¿por qué daba por sentado que Joserra era de la edad de mi hijo? Igual es un joven deportista de treinta años o un banquero de sesenta y pocos. Me pregunto por qué nunca me di cuenta de nada. Quizá porque no puse suficiente atención a la juventud de mi hijo. Quizá porque en su juventud no había nada, a lo mejor Gonzalo descubrió algo inesperado sobre sí mismo después de casarse y de que naciera Lucas. Una vocación tardía, todo lo contrario que santa Teresa o Catilina. Me pregunté en el Maype cuánto sabría o sospecharía mi nieto, qué pensaría de su padre. ¿Y qué pensaría Leticia? Lo que no me pregunté es qué pienso yo. Todavía no lo sé.

Ayer le gané dos partidas a Nica: con blancas (apertura inglesa) y con negras (defensa siciliana). Me felicitó, no sin añadir a continuación que un pajarito le había dicho —cómo detesto esa expresión de acusica de patio de colegio— que yo había sido un pez gordo en negocios del petróleo y también que había

abandonado a mi mujer. Nunca he tenido nada que ver con el petróleo y fue Catalina la que me echó de casa, pero no tenía por qué contestar a Nica. Con el ademán de quien espanta una mosca con la mano, le respondí: Chismes de portera, a lo que él opuso el gesto del que ni se deja engañar ni va a soltar su presa. Ya tengo por fin mi propio expediente abierto en nuestro diligente Ministerio de la Verdad.

Después de la cena —del menú de tres primeros, segundos y postres, elegí lo menos repelente: judías verdes con tomate, lubina y flan—, me senté en mi sitio, con la santa de Ávila y su sofocante sintaxis, y un vino blanco, a escuchar la música del silencio dirigida por Vero. Al fondo hablaban por la tele de la peste, plaga, fiebre amarilla o lo que quiera que sea, y que ya ha convertido en cementerios el Indostán, la Patagonia y la ciudad de Pernambuco. Dicen las autoridades que tomarán medidas en breve, pero debemos estar tranquilos: nuestros centros sanitarios son un ejemplo para todo el planeta.

Vero dirigía lo que me pareció la quinta de Brahms, una sinfonía crepuscular que siempre me ha gustado.

Casilda exclamó de pronto:

—¡Cada comisura del cuerpo espera en la oscuridad la lengua de un desconocido!

Me incliné de nuevo a darle la razón, lo mismo que sus boquiabiertas compañeras de tute, Belén y Nati: estamos todos tan solos.

¿Qué estará haciendo ahora Gonzalo en Las Tajas? La casa debe de estar muy deteriorada tras años de abandono. Habrá gatos por todas partes. Al abrir el portón, tienen que haber salido corriendo de la maleza que cubre la mesa de piedra del jardín y gran parte de las sillas, del tejado deshecho tras sucesivas nevadas, de las ventanas con el cristal roto, de la leña apilada en la pared y del columpio oxidado que habrá caído al suelo sujeto a la rama partida de la encina. Allí ha pasado mi hijo muchos años, cuando el jardín, la piscina y el huerto estaban bien cuidados. Habrá tenido que abrirse paso a través del cerrado matorral de amarantos y jaramago, malvas y amapolas, cenizos y correhuelas. Los tres

escalones de piedra estarán cubiertos de hojas secas, podridas por la lluvia y la orina de los gatos. En cuanto abra la puerta, el polvo se levantará del suelo para recorrer el salón en remolinos y volver a posarse en la tapicería de los muebles, en el canto de los libros y sobre el tablero de ajedrez. ¿Habrá subido a su habitación, con dos camas y una mesa de pino, en la que dormía a menudo alguno de sus compañeros de colegio?

—¡Que Dios se apiade de los inocentes, pero también de nosotros! —dijo a voces Casilda, interrumpiendo la partida de tute.

Es una casa de piedra, con dos plantas y un desván que convertí en mi estudio. Mi ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo, Tina, no llegó a ser mi para siempre, siempre, siempre; tardé apenas un mes en darme cuenta de que necesitaba alejarme de ella, así que compré Las Tajas, en la cima de un cerro, muy aislada, pero a menos de una hora de la capital. Allí estarán mis botas de montaña, mis libros de bolsillo, mis chaquetas de tweed y alguna botella de ginebra, además de mis recuerdos de la juventud de Gonzalo. ¿Le sucederá a él lo que a mí con su ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo, ese tal Joserra al que no puedo imaginar sin una bata blanca?

Con las cartas en la mano, como un abanico, Nati me dirige miradas coquetas. Puede permitirse ese escote, tiene unos pechos llamativos que todavía no se desmoronan. Le devuelvo la mirada, pero ambos nos sobresaltamos cuando Casilda lanza otro de sus galimatías:

—¡Bajad la cabeza los libres de pecado y que un impuro os tire la primera piedra!

La única que no se volvió a mirarla fue Vero, que continuó con su sinfonía muda. Hace tiempo que sé que es sorda como una tapia. Anoche puse atención y empecé a incorporarme con tiempo suficiente. Conseguí aplaudir de pie y, aunque no me oyera, me vio y me dedicó una inclinación de cabeza. Ya que estaba de pie, metí a santa Teresa en el bolsillo, me terminé el vino, saludé a las Tres Gracias y me fui con mis ridículos andares de compás descuajeringado.

Mi hijo me necesita, igual que yo necesitaba el recuerdo de

mi padre —que ya nada podía hacer por mí— la primera noche que pasé en la residencia. Mi hijo me necesita y no sé cómo ayudarle.

Así como tantos dioses —verdaderos o ídolos, benévolos o iracundos— ocultan su nombre y prohíben a quien lo conozca pronunciarlo o escribirlo, el tiempo (ese dios en fuga) se resiste a ser medido; ningún minuto acepta durar lo mismo que el anterior, hay horas que transcurren en segundos y otras que se prolongan durante meses; y siempre hay ese instante que nunca acaba de pasar y sigue sucediendo —sin alcanzar su desenlace, como la gota de lluvia suspensa en el canto de la hoja de roble— a lo largo de una vida entera. Por eso ya no me pregunto cuánto tardará el final y la gota mojará el suelo, ni cómo acabará Gonzalo: sé que ya ha sucedido para los dos, quizá desde hace muchos años; lo que aún no ha llegado siempre ha estado presente, y sólo intento encontrarlo en el pozo de mis recuerdos.

4

Hemos tenido otro *exitus,* Eugenia, la embajadora, una señora elegante y discreta que bajaba de vez en cuando a estirar las piernas, hablaba en susurros y se sentaba en la cafetería para leer las esquelas del *ABC,* costumbre muy extendida entre las personas mayores, tal vez porque esperamos encontrar a alguien conocido y recuperar un resto del pasado. Entre toda la prensa nacional, el *ABC* es el maestro indiscutible de las esquelas: son abundantes y también muy elaboradas, llenas de pormenores sugerentes: la edad, la causa del óbito, las condecoraciones civiles y militares, los santos sacramentos, los cargos desempeñados y el recuento exhaustivo de todos los familiares que sobreviven al difunto. O exitus, como dice el personal sanitario, para no hablar de muerte, aunque todos sepamos que un exitus —una salida, un desenlace— es siempre un *exitus letalis.*

Lo de Eugenia, por la que sentía gran cariño, podría ser distinto de lo que nos han contado: que se murió mientras dormía, de un infarto fulminante, y que no se enteró de nada. Después de que la sacaran por la puerta de atrás, metida en un saco de plástico cerrado con cremallera, viene Benja con su andador y me dice que nos están ocultando algo:

—Hace tres días le cambió la voz. Ella, que siempre hablaba tan bajito, se puso de repente a usar una voz ronca y de hombre, como de estibador que desayuna aguardiente y fuma tabaco negro. Daba un poco de miedo.

Me asegura que Belén y Nati pueden corroborarlo.

Eugenia ya no está entre nosotros; la peste, sí, acaba de llegar.

Era muy educada y había dulzura en sus ojos acuosos, en sus orejas grandes y en los lóbulos colgantes en los que se columpiaban, como niños traviesos, unos pesados pendientes de

azabache; y en la inquietante lentitud de todos sus movimientos. Me dijo que era viuda del embajador Gamboa, al que identifiqué al instante: el caballero cuarentón que está a la izquierda de Catalina en aquella foto. Borja Gamboa no era entonces embajador, pero lo fue un par de años después, en Liberia —donde hizo negocios bastante lucrativos, puede que hasta pingües, con no sé qué minerales tal vez estratégicos—, y luego recorrió medio mundo con un puro en una mano y una copa en la otra. Le conté a Eugenia que había tenido el honor de conocerle en una recepción en la embajada de Filipinas, en el 69. Me pareció un hombre encantador, añadí, lo cual no era del todo cierto: era arrogante y autoritario.

—Se lo agradezco mucho —respondió—, aunque los dos sepamos que no fue así. Nunca, o sólo en momentos imprevistos y fugitivos, he sido feliz con él, pero me sentía protegida, a salvo de todo.

—La felicidad no es tan importante como dicen. La vida es mucho más grande.

Asintió con un gesto concesivo y agradecido, y añadió con su hilo de voz:

—Ahora en cambio me ayuda mucho, hablo con el embajador todos los días.

—¿Le llama embajador?

—Siempre le he llamado embajador en la intimidad, a él le gustaba. Cuando me siento sola, atemorizada o contemplativa, escucho su tos de fumador, que tanto me irritaba y ahora me enternece, y su voz cavernosa que me dice: Cuchi, tú no agaches la cabeza: recuerda quién eres. Y siento su mano sobre mi hombro. Le quiero más que antes. Le necesito más que antes.

Asentí con la cabeza (a mí todavía me sucede lo mismo con Cati, después de tantos años) y le pregunté:

—¿La llamaba Cuchi?

—En la intimidad.

No me atreví a profundizar en aquella intimidad de Cuchi y el embajador, así que pregunté si recordaba aquella recepción en la embajada de Filipinas.

—Por supuesto —susurró—, fue un rayo de luz en la

oscuridad de aquellos años, vinieron diplomáticos franceses y actores norteamericanos. Perdone que no le recuerde, había tanta gente. ¿Sabe qué? Me puse un poco celosa por una morena de ojos verdosos a la que el embajador le dedicó demasiada atención.

—Hizo usted muy bien —le dije, porque pensé lo mismo aquella lejana tarde: ¿qué hacía ese pelmazo con la mujer que estaba destinada para mí?

—El embajador siempre fue muy faldero, no tenía importancia entonces, ahora menos todavía —dijo, con un estremecimiento que hizo oscilar los pendientes de azabache.

—Gracias, embajadora, me ha hecho muy feliz saber que una tarde estuvimos juntos en el jardín de un palacete.

—Lo mismo digo, siento no recordarle cuando usted era joven, la imagen me vendrá en cualquier momento, le avisaré.

—Yo haré lo mismo —dije, pero no he recordado a Eugenia tal y como fue entonces, ni ella a mí, y ahora ya es tarde.

Me tendió la mano y acerqué mis labios a su piel de nácar.

Desde ese día me sentí unido a ella, era mi testigo de descargo, podía dar fe de que Catalina había sido una mujer atractiva, capaz de encandilar al embajador Gamboa, y quizá la embajadora también podría dar testimonio de que yo había sido un joven agradable. Ya no tiene remedio.

Si en los próximos días sus hijos o nietos no ponen una esquela como Dios manda en el *ABC,* la pondré yo, qué menos.

Pensar en el saco de plástico y en la cremallera me produce abatimiento. Gamboa, el muy prepotente don Francisco de Borja Gamboa Tribuleque, murió en los años noventa en una clínica, de cáncer de pulmón, lo leí en la prensa, aunque no llegué a ver la esquela en la que aparecería su «desconsolada viuda», su Cuchi, mi querida Eugenia, ahora convertida en exitus por fallo cardiaco o víctima de la plaga.

La embajadora se acordaba de Cati cuando ella era buena. ¿Qué habría pensado si la hubiera visto aquella noche en La Casa Gran?

Antes había percibido señales intranquilizadoras: olvidos (dónde estaban sus zapatos; dónde, su abrigo; dónde, su pañuelo

de seda), cambios de humor, cierta rigidez mental, la de quien se encuentra poseído por alguna poderosa idea poco compatible con la realidad que compartimos los demás; un altivo distanciamiento hacía mí y, por extraño que parezca, también hacia nuestro hijo. Hubo indicios obstinados, signos en el firmamento, pronósticos en las entrañas de aves sacrificadas, desbordamientos de ríos y cambios de órbita en algunos satélites, pero hasta esa cena los pasé por alto, como a estrellas fugaces o a un nublado pasajero; a partir de esa noche ya no pude mirar para otro lado. Comprobé las botellas para vigilarla: no estaba bebiendo más que de costumbre, incluso algo menos, aunque su conducta cada vez fuera más errática. Las salidas de pata de banco, los gritos y las espantadas fueron cada vez más frecuentes. Mi vida se convirtió en una pesadilla. Me acusaba de poner en peligro a Gonzalo, de esconderle cosas, de conspirar con nuestros amigos para anularla con medicamentos o electrochoques. Me queréis fuera de juego, gritaba. No sabía qué pensar. ¿Me odiaba? ¿Y por qué incógnita razón? ¿Había otra persona en su vida? ¿Quería apartarme de nuestro hijo para disfrutarlo o sufrirlo en exclusiva? ¿Era víctima de un encantamiento, como tantas princesas de los libros de caballerías, obra de hechiceros y malandrines venidos de lejanas tierras con ese único propósito?

Hablé con ella decenas de veces, pero a Cati le daba miedo ser convencida, así que rechazaba el uso de la razón y desconfiaba de las palabras, que para ella sólo ocultaban o tergiversaban los hechos. No había nada que yo pudiera hacer o que pudiera decir; hacerla cambiar de idea —en el caso de que fuera posible— constituía un ultraje mayor que arrebatarle el alma y remplazarla por la de un guardia civil de Motilla del Palancar.

Ahora a veces pienso que tenía razón, y que cualquier obstinación mía en el error revela más de mí que mis escasos aciertos, que siempre proceden de los demás.

A mí no me pasa lo mismo, yo cambio de opinión según con quien hable o según lo que se lleve. En los sesenta las solapas eran anchas, luego fueron estrechas, así que no hay más remedio que cambiar de ropa (tomando la precaución de guardar la chaqueta de

solapas anchas, porque todas las modas acaban por volver). Con los puntos de vista sucede lo mismo, en los años setenta había que defender el derecho a la autodeterminación de los pueblos, pero hacerlo ahora es como conservar aquellos pantalones de campana que cortaba mi padre para los chavales de Manoteras o La Elipa. Ahora los nacionalismos son poco menos que la antesala de una dictadura fascista. No tengo confianza en mis ideas, siento decirlo —siempre he sido capaz de cambiarlas sin reparo por las de mi interlocutor—, menos aún en lo que llaman opiniones o puntos de vista, que se los doy de barato a quienes los hayan menester.

Ya sé lo que pienso de Gonzalo. Lo que él decida bien hecho estará, y tendrá mi apoyo y mi simpatía. Puede que me deje influir por las ideas hoy dominantes —que además me convienen, estoy a favor de mi hijo—, tan distintas de las que imperaban en mi juventud (hoy inadmisibles). Puede, pero creo más bien que se debe a la vejez que, a cambio de sus muchas tribulaciones, es el reino de la libertad, un tiempo ya —¡y ya era hora!— sin prejuicios, sin dogmas, sin creencias e incluso sin intereses (creados, imaginados o inducidos). Podría afirmar, como aconseja la ortodoxia contemporánea, que sólo me importa la felicidad de mi hijo —ya estoy oyendo los aplausos—, y lo diría de buena gana, si no fuera porque (como he mencionado) la felicidad no es para tanto; más valor tiene la vida y cómo la desdicha nos enseña quiénes somos y quiénes podemos llegar a ser, cómo da forma a nuestro carácter; así que preferiría decir: sólo me importa que mi hijo haya encontrado a una persona con la que enfrentarse juntos a la desdicha a la que todos estamos destinados, y salir de ella, si no airosos, indemnes y con un horizonte que no quede a sus espaldas.

Por fin un día Cati me vació en el Ritz una copa de vino en la cara y salió corriendo. Qué iba a hacer, me sequé con la servilleta, encendí un cigarrillo y ofrecí una explicación a mis invitados: No sucede nada, cosas de mujeres. Pensé que mi cliente, un inversor saudí (con el que contacté, por supuesto, a través de Cati), no le daría la menor importancia. Su mujer no estaba autorizada a expresar ninguna opinión (tal vez ni siquiera a tenerla). Ya no recuerdo su nombre, pongamos Abdulá, había colocado diez

millones de pesetas en nuestras manos y había obtenido un beneficio del 10 %. Esa noche estaba dando un paso al frente hacia mi propia riqueza: a espaldas de mi jefe, por mi propia cuenta, le había ofrecido un 15 % por la misma cantidad. Si Abdulá aceptaba, me despediría al día siguiente de Inversiones Arambarri y daría de alta mi propia agencia. Conocía a los árabes: les gustaban los chanchullos, las operaciones bajo cuerda, las pequeñas traiciones: lo tenía en el bote. Eso pensaba, pero había algo que no había tenido en cuenta: ningún árabe hace negocios con un hombre que no es capaz de controlar a su mujer. No aceptó un habano y de inmediato inició la retirada, la propuesta era interesante, pero tenía que consultarlo con sus socios —recién imaginados, a los que acababa de sumar a la operación—, se pondría en contacto conmigo. Qué iba a hacer, caminé cabizbajo hacia un bar con mostrador de zinc y camarero con delantal a rayas verdes y negras, donde pedí un vaso de ginebra, medio limón y una cuchara. Exprimí el limón en la ginebra, lo revolví y di un largo trago. Al día siguiente volvería a Inversiones Arambarri, a mi despacho con vistas a la calle Velázquez. Era bueno en mi trabajo, que sólo consistía en tomar decisiones. Teniendo toda la información y suficiente tiempo, cualquiera puede tomar la decisión correcta. Sin tiempo disponible y con información limitada (a menudo también inexacta y fragmentaria), yo tomaba la decisión acertada en la mayoría de las ocasiones: por eso me pagaba tanto Arambarri. Veía con claridad dónde invertir, es cierto, pero ¿de qué me valía si no podía entender a la mujer que amaba?

Pedí otra ginebra y entonces lo primero que noté fue aquel intenso y desagradable perfume que olía mitad a capilla, mitad a burdel. Era Tina, al otro extremo de la barra: el ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo.

Cuando llegué a casa en taxi desde el hotel Victoria, Catalina dormía, de medio lado, con los pies juntos, hecha un ovillo, las rodillas casi pegadas al pecho, los brazos por encima de la cabeza, y uno de ellos bajo la almohada, y olía, como siempre, a azahar, a amanecer en el monte cuando el viento agita las ramas, a armario recién abierto donde hay lavanda y limones sobre las sábanas bien

planchadas. Entré en la habitación de Gonzalo y, al verlo, me di cuenta de que no estaba dormido: se hacía el dormido. Respiraba hondo con regularidad y mantenía los ojos cerrados apretando los párpados con ayuda de las cejas. Le di un beso en la frente, ante el que se comportó como una estatua de pórfido. Prefería seguir haciéndose el dormido.

Me acosté al lado de Cati, espalda contra espalda, como llevábamos haciendo desde hacía meses. Me dormí en el acto.

En la almoneda —o anticuario según los vecinos del pueblo— compré una petaca forrada de cuero para la ginebra y por un euro dos libros del cajón: una policiaca para Conchita, *La sanción del Loo,* de Trevanian; y para mí uno que me gustó por el título, *Teogonía. Trabajos y días,* de un griego, Hesíodo. Trabajos y días, eso fue lo que me atrajo. Teogonía tuve que mirarlo en el diccionario: es nada menos que la narración del origen y genealogía de los dioses. Es uno de esos libros que se desencuadernan en cuanto los abres demasiado, una edición de 1975, de Bruguera, y en la contraportada aparece impreso el precio: 60 pesetas. A lo mejor resulta que después de todo Fernando sí es un legítimo anticuario.

El pueblo platónico está silencioso y con menos personas por la calle y en los bares. No vi a la chica del escote axilar. ¿Habrá habido también allí, en el mundo de las ideas, algún exitus? Da sensación de inminencia, como si todos estuviéramos esperando a que se desencadene una tormenta.

Cuando le entrego a Conchita el libro, antes de la partida con Nica, se emociona un poco. Juego una siciliana con negras y me derrota sin despeinarse con algo que no conocía. El ataque Bowdler se llama, según me explicó luego. Si no paras de inmediato al alfil con un peón, cae sobre ti una ofensiva imparable.

Por la tele dicen que la forma más frecuente de contagio se produce a través del conducto auditivo. Transportado en la saliva de un infectado, el patógeno, microbio o lo que sea, llega desde el oído al cerebro, donde se multiplica a tal velocidad que en pocas horas la víctima pierde la razón.

—¡Tanto penar para morirse una! —exclama en pie Casilda, y

a mí me suena a algún poema que ya he olvidado.

Las autoridades aseguran que la situación está controlada y que por el momento no consideran necesario el uso de tapones de goma o de cera, basta con que tomemos las precauciones más elementales: no contar secretos al oído, no besarse en la mejilla (menos aún en la sien) y no lamer, añade el locutor, «en esos momentos de pasión arrebatada», lóbulos de oreja, por mucho que nos apetezca.

—No yacerás con empleados de banca ni tampoco a cielo raso con la mujer de un comerciante, ¡es abominación! —nos advierte Casilda.

Al parecer la muerte se produce entre los tres y cinco días siguientes; en la mayoría de los casos por combustión espontánea, si bien algunos mueren desangrados, por asfixia o por gangrena gaseosa.

Casilda se animó a darnos otro consejo:

—No estarás nunca a menos distancia de ocho varas y media de quien consulte a los muertos, ¡también es abominación!

Después de la cena aparece en la cafetería —por primera vez desde que estoy aquí— Conchita, con el libro en la mano, y se acerca para decirme que está disfrutando mucho: el comienzo es extraordinario, no puedo dejar de leerlo, añade con una sonrisa intrigante, como si quisiera insinuar algo más o algo distinto de lo que dice.

¿Disfrutando mucho? Si no recuerdo mal (hará treinta años que lo leí), la novela empieza con la agonía, bastante atroz, de un hombre que ha sido empalado. No pongo en duda que, como lectora, tiene agallas. Mientras seguía con Hesíodo la miraba por el rabillo del ojo: parecía disfrutar, en efecto.

Cuando aparece Vero, y tras golpear tres veces con la batuta invisible el imaginario atril, comienza el concierto, y le digo a Conchita, sin temor de que Vero pueda oírme: Es la sinfonía 41 de Mozart, vale la pena, y acompaña a la lectura.

—Pero no se oye nada —se asombra.

—Por eso mismo. Es lo mejor para leer.

—Eso también es verdad. —Se ríe y me guiña un ojo, y los

dos volvemos a la lectura, ahora más acompañados.

Cuánto consuelo, cuánta esperanza repentina encontramos siempre en el buen humor y en la benevolencia hacia los demás.

Logré levantarme a tiempo para aplaudir, y Conchita, también de pie, se unió a mi ovación. Además de la inclinación de cabeza, Vero nos dedicó una sonrisa dulce y agradecida antes de salir, muy derecha y con mucho esfuerzo, hacia su habitación.

Sin leer la introducción (cosa que nunca hago antes de empezar un libro, y pocas veces después de terminarlo), parece que son dos poemas traducidos en prosa. Mejor, desconfío de las traducciones del griego en verso, dada la lejanía y disparidad de la métrica griega y la nuestra. Comienza con el propio Hesíodo presumiendo de que las musas le entregaron un cetro de laurel y le infundieron voz divina. Sin embargo, él sigue haciendo el zascandil en lugar de ponerse manos a la obra con la preceptiva invocación a las musas. «¡Ea, tú!», se dice a sí mismo para salir del marasmo, y añade:

> Comencemos con las Musas que a Zeus padre con himnos alegran su inmenso corazón dentro del Olimpo, narrando al unísono el presente, el pasado y el futuro.

A mí nadie me ha entregado un cetro ni de laurel ni de cartón, ni me ha infundido voz divina —dadas las circunstancias, cualquier cambio de voz, por muy divina que sea, resultaría alarmante—, pero sí creo que mi vida, como la de todos, sólo se volverá comprensible cuando pueda narrarse desde el punto de vista en el que suceden a la vez el pasado, el presente y el futuro.

Por eso me estoy convirtiendo en ese pez absorto que da vueltas en su acuario.

Como el novio antiguo que alguna vez he sido, acompaño a Conchita a su habitación, en la última planta, la tercera. En el amplio ascensor, seguimos uno al lado del otro, y al llegar, le doy un beso en la mejilla. Se ruboriza. A la puerta de una habitación hay una maleta cerrada. Al lado está la terraza grande, con sillones y ceniceros, en la que se puede fumar. Tiene unas vigas por encima para abrir un toldo cuando da el sol. Salgo a disfrutar del aire

fresco, con un trago de la ginebra de la petaca y un cigarrillo. Al fondo, bajo la luna temblorosa y mojada, en algún punto del piedemonte de aquel cordal oscuro, estará mi hijo Gonzalo, en la casa de su padre.

5

No me ha llamado Gonzalo. Le llamé un día y se mostró evasivo, acaso arrepentido de haberme contado sus complicaciones, «a quien dices tu secreto, das tu libertad», como advertía Celestina. Además he estado unos días indispuesto. Son cosas de la vesícula, de la que nunca hice caso, pláticas de familia.

Durante tanto tiempo me he dedicado a mí mismo, sin prestar atención a mis órganos internos, que un buen día, sin previo aviso, se hicieron oír como un pueblo oprimido que toma conciencia y se levanta en armas, y sentí en la nuca un dolor intenso y frío, como si hubiera caído sobre mí a gran velocidad la hoja de la guillotina. Era el ictus revolucionario. Pasé una semana sin conocimiento, en el limbo, pero salvé la cabeza —no sin entregar el uso de un brazo y una pierna— y elegí un discreto exilio aristocrático en Los Carrascales. El tercer estado se apaciguó, convencido de que había conquistado el poder, lo que no impide (puesto que sigue igual de sometido) que grupos de jacobinos en la sombra —la vesícula de todos los demonios, a veces el malgastado corazón— den golpes de mano, sin otra finalidad que recordarme que están ahí y que son capaces de hacer daño. Conchita ha venido a verme todos los días, siempre con una flor para mi mesita de noche, siempre durante poco rato —como le ha indicado la doctora Robles— y siempre con una sonrisa encantadora. Ramona también me trata con cariño y me regala su bendito y trastornador contoneo. Por distintas razones estoy un poco enamorado de las dos. O mejor enamoriscado, como se decía cuando yo estaba en edad de esas cosas. Y también, sin ninguna razón, puesto que ni siquiera le vi la cara, de la chica de La Carolina, a la que he decidido llamar Clara, en recuerdo de la Clara de Viedma del *Quijote*, la hija del oidor, que cuando estaba sola en casa, y su pretendiente solo en la casa de enfrente, no le

concedía otro favor que «alzar un poco el lienzo o la celosía y dejarme ver toda», de lo que el vecino, como me pasó a mí, «hacía tanta fiesta que daba señales de volverse loco».

No hay noticias, no ha habido ningún exitus y sobre la plaga bíblica o peste babilónica siguen los rumores de siempre y las indecisiones de las autoridades. Ayer ya me trajeron comida de personas —filete a la plancha a mediodía y revuelto de trigueros por la noche— y esta mañana me darán el alta. Tengo ganas de verlos a todos: a las Tres Gracias, a Benja el alma de cántaro, a Verónica y su música callada, a Nica el buhonero ajedrecista... Paciencia, a las diez vendrá la doctora y me sacará del calabozo.

¿Tendré también que rescatar a mi hijo o debería dejarle en paz? ¿Y de qué debería rescatarle, si puede saberse?

Aquella noche, cuando entré y le di un beso que él ignoró, y eligió hacerse el dormido, pensé que rechazaba mi ayuda. Me dormí de espaldas a Catalina y me desperté a las nueve. Me sentí a gusto, algo que todavía me sucedía con frecuencia. Cati ya se había levantado. Fui desnudo al baño de la habitación y después me puse el pantalón del pijama. Al entrar en el salón la vi dormida en el sofá con la manta escocesa; entonces recordé que al llegar a casa me había acusado de haberme acostado con Tina. Todavía no me acordaba demasiado de la noche anterior —eso vendría más tarde, con inesperados detalles vergonzosos y una sensación general de abatimiento—, pero estaba seguro de no haber admitido nada, era mi regla de oro: negarlo todo. La contemplé, tumbada boca abajo, destapada y desmadejada, con el camisón subido por encima de las nalgas. Si me pongo cariñoso, pensé, le pido perdón y echamos un polvo, ¿no se solucionaría todo sin necesidad de levantar la voz, sin llantos ni gritos, sin promesas ni arrepentimientos? ¿Por qué no podíamos ahorrarnos el tedioso melodrama que ya habíamos representado tantas veces?

De pronto, Cati se despertó como si un ruidoso mercancías acabara de atravesar el salón, entre la mesa baja y el sofá, a toda máquina. No te acerques a mí, no me toques, advirtió, alzando una mano. *Noli me tangere,* me vino de pronto a la cabeza, y casi sin que me diera cuenta, ella ya se había sentado y se había envuelto

con la manta, como si fuera una toga, para que, además de no tocarla, tampoco pudiera ver su cuerpo. De pie, descalzo y con el torso desnudo, me sentí indefenso y ridículo, un primate aturdido que se tambalea tras los barrotes de su jaula. Cati, el rostro erguido, inmóvil como un mascarón de proa, se mantuvo en silencio hasta que me di cuenta de lo que iba a ocurrir. No habría reproches ni alegatos, ni una voz más alta que otra; ella también había resuelto prescindir del vodevil de la reconciliación, pero no para volver atrás, como si nada hubiera sucedido, sino para dar un salto adelante hacia el folletín de la separación, y que nada volviera a suceder entre nosotros. Sentí ganas de llorar y miré aquella manta que años atrás llevábamos en el coche, el sillón de cuero en el que me gustaba leer mis libros escogidos al azar (o casi al azar) y beber ginebra inglesa, el tocadiscos y hasta la porcelana (Dafne convirtiéndose en árbol) a la que siempre había considerado merecedora de hacerse añicos contra el suelo (como en efecto sucedió más tarde); y sin verla, percibí en mis hombros el peso de la puerta entornada de la habitación de Gonzalo, que estaba dormido. O debería estarlo. O que de nuevo fingiría dormir.

—Cálmate, te traigo un café y hablamos con tranquilidad —dije, a sabiendas de que el único que estaba nervioso era yo.

Me fui a preparar café, y además unas tostadas y zumo de naranja. Me llevó bastante tiempo encontrar el exprimidor, que casi nunca había utilizado. Cuando volví al salón, con la chaqueta del pijama puesta, Cati ya estaba vestida con unos pantalones negros y una blusa blanca, sentada muy derecha en una silla del comedor. Me sentí traicionado. Mientras buscaba el exprimidor, a mis espaldas, sin ser oída, había ido con sigilo al dormitorio para, entre bambalinas, elegir en los bastidores la ropa con la que aparecer en escena para representar el segundo acto. Dejé la bandeja en la mesa y soporté su mirada desdeñosa y condenatoria a mis pies descalzos, todavía demasiado zoológicos.

—Catalina —dije—, déjame que te explique lo que ha pasado.

—No quiero que tú me expliques nada más. Ya es tarde. Sólo quiero que te vayas de esta casa. Ahora.

Entre los dos, sobre la mesa, rozando las lágrimas de vidrio de

la lámpara, se formó una nube pálida, despeinada por el viento, que sólo yo veía —Cati se había puesto de perfil, con la taza de café en la mano— y en la que se dibujaba el contorno de un borroso infortunio; distinguí cristales rotos y afilados, un cubo de basura con varias botellas de ginebra, la invitación a una desconocida en un bar, camisas tendidas en perchas para no plancharlas, la incomprensión de Gonzalo, el alejamiento de las parejas de amigos, las lágrimas de una mujer que, sin mirarme, se desabrocha la blusa con dedos temblorosos. A medida que la nube, empujada por el viento de atrezo, iba cambiando de forma, aparecían imágenes que me hacían daño, y no dejaba de preguntarme cómo había llegado de pronto a mi vida tanto desorden y tanto dolor, hasta que la nube, tras adquirir el aspecto de un anciano solitario con bastón, se deshizo en una sombra temblorosa, una humareda que me dejó en los labios sabor a ceniza.

—Cati, no estás siendo razonable.

—Lo sé —dijo sin mirarme, con toda su atención dirigida al estampado de las cortinas, unas flores inventadas con enormes y laberínticos tallos verdes que se entrecruzaban, y que igual podían proceder de un bosque tropical que del fondo submarino del capitán Nemo—, sólo quiero que te vayas.

—De acuerdo, será mejor que nos demos un tiempo —dije, conciliador.

Aunque no mencioné el espacio, era la misma chiquillada que dice ahora mi hijo.

—El lunes, entre las doce y las dos, puedes venir a por tus cosas. Y por supuesto no quiero volver a ver a esa zorra.

Entonces me di cuenta: mi cuerpo olía a ese perfume pesado y desagradable, entre sacristía y barra americana. Luego supe que se llamaba Myrurgia Joya. ¿Habría sido todo diferente si me hubiera duchado antes de acostarme? Sinceramente creo que no: como las bombonas de butano, los carlistas o las ollas a presión (y algún presbítero demente), Cati sólo estaba esperando una oportunidad para estallar.

No quería discutir, mucho menos descalzo y en pijama.

Además en aquellos tiempos los problemas domésticos nunca se resolvían en el lugar del crimen, era obligado cenar fuera, dar un paseo por un parque o tomar una copa en un lugar discreto con precios abusivos. Esa era la costumbre. Me duché y me vestí. En dos maletas pequeñas metí lo indispensable: un traje, camisas y corbatas, el diccionario, una fotografía enmarcada, analgésicos, el libro de Gibbon sobre la decadencia y caída del Imperio romano, un cartón de tabaco, un encendedor y un peine (aún lo necesitaba entonces), mis zapatos hechos a medida en Londres, mi agenda de teléfonos, dos botellas de ginebra y, entre otras cosas inútiles, no sé por qué, un cuaderno en el que mi hijo había dibujado con lápices de colores un pájaro, un caballo y una casa en un monte, en la oscuridad, pero con luces anaranjadas en todas las ventanas, como si estuviera en llamas.

Iba a caer el telón, pero aún me esperaba la actuación estelar de Catalina en el último acto.

—Dame las llaves de la casa. No quiero que entres aquí sin mi autorización —dijo, y me recordó las horas a las que podía ir a recoger mis cosas y a ver a mi hijo.

Sus ojos verdes tenían el color del carbón.

Le di las llaves —y conservé las del coche— y la puerta se cerró detrás de mí, con mi hijo dormido en el interior. O haciéndose el dormido.

En la calle me sorprendió un sol cegador. No había traído las gafas oscuras. Tampoco había metido en el equipaje calzoncillos ni camisetas, cepillo de dientes, la maquinilla de afeitar ni calcetines. Más tarde supe que había dejado muchas otras cosas atrás, no todas materiales.

Metí mi equipaje en el maletero y me fui a un hotel, el más rocambolesco que se me pasó por la cabeza, el Mindanao, un sitio impersonal, anodino, especializado en convenciones, congresos, banquetes y conspiraciones políticas. Tal y como me esperaba, aquella habitación sin madera ni cuero, con plástico y fibras sintéticas, me ayudó a darme cuenta cabal de mis tribulaciones, lo que me condujo a la cafetería, repleta en ese momento de protésicos dentales —asistentes al congreso de su asociación— y de

intrigantes que habían acudido a un acto (de cándida apariencia) de Amigos de la Unesco (o algo semejante) para formar alianzas y camarillas ante la inminente desaparición física de Franco (a la que entonces se aludía con la expresión «el hecho biológico»). Entre los protésicos predominaban los argentinos; entre los conspiradores, los demócratas cristianos. También había unos cuantos adustos y circunspectos señores de provincias, fáciles de identificar porque llevaban la hebilla del cinturón por encima del ombligo, pero de los que era difícil decidir si reconstruían dentaduras o recababan frágiles apoyos para conservar, tras el inevitable hecho biológico, sus escaños de procuradores. A esa hora, once de la mañana, putas no había. Me bebí un par de ginebras (puede que tres, no lo recuerdo) y tomé una decisión repentina: ir a ver a mi padre.

Mi madre había muerto el año pasado, creo que sin saber cuánto la quería. Según me contó mi padre, le dio un ataque mientras cosía una camisa cantando *La falsa moneda.* Cayó redonda al suelo, el diagnóstico, tan común en aquella época, fue de apoplejía.

Cada vez que oigo a alguien decir que hay que vivir cada día como si fuera el último de tu vida, además de pensar que quien lo dice es idiota, me confirma que es todo lo contrario: hay que vivir como si cada día fuera el último de la vida de todos los demás. Así yo habría evitado que mi madre desapareciera sin saber cuánto la quería. Lo de la imbecilidad —cada vez más frecuente, por desgracia— casi no requiere explicación. Si alguien de verdad pensara cada día que va a morir mañana, ¿quién se cepillaría los dientes, tendería la ropa, seguiría una dieta o pondría lentejas en remojo para guisarlas al día siguiente? Hay que ser, en efecto, bastante bobo para hacer esa recomendación.

Mi madre era alegre y bondadosa, nunca se quejó de nada, nunca tuvo un catarro ni hizo ningún viaje, salvo para acudir a solemnes entierros en su diminuta aldea extremeña; nunca nos llevó la contraria ni a mi padre ni a mí, nunca le reprochó nada a nadie; trabajó sin descanso, cantando coplas con entusiasmo, y su mayor placer —y su único lujo— fue tomar el aperitivo los domingos por la mañana en el bar Muñoz, debajo de casa, adonde

iba del brazo de mi padre, maquillada y emperejilada, con un vestido estampado de flores y pendientes de oro, y una sonrisa radiante, y donde pedía una clara de limón, una sola, mientras mi padre se permitía dos vermús, ni uno más, y compartían las tapas, aceitunas con la primera ronda y anchoas con el segundo vermú de mi padre.

Me recuerdo en un taxi volviendo a la casa de mi padre (no quería aparcar el coche en el centro), tal y como acaba de hacer mi hijo en circunstancias semejantes, y por eso pienso que escribo para recordar, buscando por debajo de los hechos los hilos invisibles que nos sujetan a unos con otros, como un motivo que reaparece en una sinfonía y es el esqueleto oculto que la mantiene en pie. Hilos de oro o telas de araña que nos atraviesan y unen el pasado, el presente y el futuro.

También pienso en la falsa moneda que mi madre tenía entre los labios cuando cayó al suelo. Si alguien te da un billete y, al llegar a casa, te das cuenta de que es falso, ¿qué haces tú? ¿Lo destruyes o se lo pasas a otro? Casi todos nos libramos de él, y de mano en mano va (como la falsa moneda). Así la víctima de un engaño deja de serlo: haciendo víctima a otra persona, que recibe el billete y se da cuenta, demasiado tarde, de que es falso; y esa cadena podría ser infinita, como una fuga de Bach, salvo que la rompa quien decida, a sus expensas, destruir el billete. En un extremo de la cadena —o del hilo invisible— está el falsificador, que no es víctima de nadie y actúa por propia voluntad; a lo largo del recorrido en cambio hay un número indeterminado de personas que son víctimas y se convierten en victimarios, que han sido engañados y engañan a otro. En el extremo final del hilo habrá —confiamos en que lo haya— una víctima de la falsificación que decida quemar el billete, y ya no provoque otra víctima, y quizá deje de serlo merced a ese acto liberador, también por voluntad propia. Los demás reaccionamos sin elegir, sin ningún acto libre, nos basta con dejar de ser la víctima y endosarle a otro el billete, nos justificamos, nos damos la absolución a nosotros mismos y los unos a los otros, como nos dábamos la paz en misa cuando se iba a misa. Este mecanismo ciego, ineluctable, da forma a muchas de

nuestras conductas —y a nuestro carácter— los malos tratos, el autoritarismo, el adulterio, el abuso contra el más débil. A veces me pregunto qué falsa moneda le habré entregado a mi hijo, y de quién la recibí yo. ¿Y qué hará con ella Gonzalo?

Aunque tenía las llaves, llamé a la puerta de la casa de mi padre, que no acababa de levantar cabeza desde la muerte de mamá: le oí arrastrar los pies a lo largo del pasillo y me costó mucho convencerle de que bajara a tomar algo al Muñoz. Era sábado y él llevaba medio siglo sin salir más que el domingo. El negocio de cortar para los modernos y los macarras de la periferia desfallecía, y ya no sentía tanta necesidad de expresar opiniones, se conformaba con leer la enciclopedia y hacer crucigramas. Se puso un traje de lino blanco, corbata y zapatos de dos colores, crema y tabaco. Le dije que no era necesario, para qué se esforzaba tanto. Por respeto, respondió.

Nada más entrar, fue saludado con afecto por la mayoría de los clientes y recibido por Arturo con un vermú de grifo. Le echaban de menos, y él, por respeto a ese cariño, no podía bajar sin un traje impecable, pensé. No lo entendí y deduje que era por respeto a sí mismo y a su posición como sastre de almirantes, próceres y subsecretarios. A mí me gustaría haber ido de etiqueta, para que no tuviera que avergonzarse de su hijo, pero iba, como se decía entonces, en mangas de camisa, y al menos con tres de los cinco sentidos se percibía de lejos que sereno, lo que se dice sereno, no estaba: olía a ginebra, mi voz era rasposa y vacilante, y tenía los ojos como los de los atónitos besugos en el mostrador de la pescadería. Pedí otro vermú, pero con un chispazo de ginebra. Empujando mi codo con delicadeza, mi padre me guio hacia la parte de atrás, donde había cuatro mesas. Sólo una de ellas estaba ocupada por jugadores de dominó, que saludaron a mi padre con inclinaciones de cabeza. Nos sentamos lo más lejos posible.

Ahora he logrado entender qué era lo que respetaba mi padre. Todo el mundo le saludaba y repetían cada domingo las mismas bromas y los mismos gestos, los mismos comentarios sobre el Atleti, y esa repetición era reconfortante y protectora, porque en ella había no sólo cariño, sino el convencimiento —y el

consentimiento— de formar parte de un destino común; cosa que yo jamás había encontrado en ninguna recepción de embajada ni comida de negocios ni entre mis compañeros de trabajo. He tenido que esperar demasiados años, hasta llegar a Los Carrascales, para aceptar agradecido que comparto la misma suerte que mis semejantes, a quienes no he elegido, ni ellos a mí, pero estamos juntos; y saberlo nos hace a todos menos desdichados y más alegres: ninguno estamos solos, ninguno somos por nuestra cuenta.

Ya me he aseado y me he vestido, y espero con impaciencia la llegada de la doctora Robles, que insiste en que la tutee y la llame Eneko. Nunca había oído ese nombre, me parece ucraniano o nicaragüense, pero ella tiene un marcado acento gallego.

Ha despuntado el sol sobre la cima de las montañas y las hojas de mi dulce encina reciben pinceladas amarillentas, arenosas, con destellos rojizos y sombras verdes y azules. Del suelo se levanta esa niebla fugitiva que arrastra hacia las estrellas o hacia el éter nuestros arrepentimientos y esperanzas, que sin embargo descenderán otra vez sobre nosotros con la veloz noche negra; así se unen entre sí nuestros días y nuestros trabajos, para devolvernos una y otra vez al lugar en el que estábamos.

Mi padre pinchó una aceituna con un palillo, la sumergió con delicados movimientos de orfebre o relojero (o los del sastre que había sido) en el vermú y se la llevó a la boca, dio un tímido sorbo, se limpió los labios con una servilleta de papel, y sólo entonces rompió el silencio:

—Si quieres, cuéntame lo que te está pasando —dijo.

—Catalina y yo atravesamos un mal momento —respondí—, necesitamos tiempo.

Me preguntó si me había ido de casa y le dije que sí, que lo habíamos decidido juntos. Percibí un gesto de escepticismo.

—Desembragar para poder cambiar de marcha, ¿no es eso?

—Esa es la idea general —admití, y me levanté para pedirle a Arturo otro vermú y una ginebra con una rodaja de limón para mí. ¡Marchando!, exclamó con la exaltación propia de una victoria del Atleti, el equipo de fútbol cuyos banderines, bufandas y escudos decoraban los espacios libres entre las botellas.

Al volver a la parte de atrás vi esa nube de humo oscuro que entonces coronaba los bares y tiznaba las paredes, una nube tan espesa que parecía ocultar en su interior a alguna diosa o dios griego —tutelar o vengativo—, vigilando furtivamente las vidas de los minúsculos mortales de la calle Leganitos; oí el estrépito de las fichas de dominó golpeando la mesa, admiré el calendario con una estampa de Romero de Torres —*La chiquita piconera,* esa morena sublime, musa de mis masturbaciones juveniles—, y en una esquina vi a mi padre, con las piernas cruzadas exhibiendo la raya impecable del pantalón, y entonces pensé que era una mala imitación de lo que él consideraba distinguido, semejante a un secundario de teatro de aficionados que hiciera de aristócrata inglés con acento extremeño, algo que sólo podía resultar verosímil en el bar Muñoz. Sentí pena por él. Cuando me senté, me sorprendió que mi padre me pusiera una mano en el brazo, como si fuera yo el que le diera pena a él. Iba a decirme algo, pero se interrumpió cuando llegó Arturo, que depositó en la mesa las bebidas y el tan celebrado plato de anchoas.

—Todos los matrimonios hemos pasado por problemas —me confesó.

—No me lo cuentes, prefiero no saberlo —le advertí, porque no sabía si iba a ser capaz de conocer ningún detalle íntimo de la vida de mi madre y mi padre.

—De acuerdo, lo comprendo —aseguró—. ¿Lo sabe el chico?

—A estas horas ya debe de saberlo.

Sin duda sacó la conclusión de que no había podido despedirme de mi hijo.

—¿Hay otra persona? —preguntó.

—Sí. La hay. Voy a pedir la última, tengo que resolver un problema esta misma mañana.

Al volver de la barra mi padre seguía pareciendo un actor acabado, que ya sólo puede representar su elegante personaje en giras por remotas provincias.

Ahora he comprendido su valor: eligió aceptar el destino común, ser uno más, como he hecho ahora yo, sin renunciar a mis lecturas, como él no renunció a sus trajes ni a sus corbatas. No

quería parecerse a ellos, sino estar a su lado.

Esperé a que llegara Arturo. Las tapas siempre seguían un orden ascendente y pensé que mi padre, que nunca había pasado del segundo vermú, tendría curiosidad por saber qué había más allá, cuál era la valiosa recompensa correspondiente a la tercera consumición.

Un torrezno para cada uno, ese era el continente virgen, el reino que le tenían prometido.

—Se llama Tina —le dije cuando estuvimos a solas.

—¿Quién es Tina?

—La persona que nos ayuda en casa.

Al decirlo me sentí avergonzado, no tanto por el hecho en sí, cuanto por ese eufemismo que entonces sólo utilizábamos nosotros, los que ya cenábamos con champagne cuando nadie lo hacía, y que ahora es moneda corriente para evitar chacha, chica, criada, sirvienta, limpiadora o asistenta.

Cuánto miedo o cuánta vergüenza nos da revelar —y admitir ante nosotros mismos— cuál es nuestra relación real con los demás.

6

Un fantasma recorre los domicilios de la clase acomodada, plancha camisas, friega la cocina, encera los suelos, limpia la taza del váter con lejía y guantes de goma, hace las camas y pasa el plumero por estanterías, muebles y lámparas: es el solícito y silencioso espectro de «la persona que nos ayuda en casa». ¿Quién será esa generosa persona que, a cambio de nada, se pone a trabajar en la casa de otros?

Desde 1973 el fantasma Tina empezó a aparecerse en nuestra casa, con una bata azul en lugar de una sábana blanca, arrastrando un cubo y una fregona en lugar de cadenas, de lunes a viernes, a partir de las nueve de la mañana. Como cualquier fantasma que se respete, movía muebles pesados, cambiaba cosas de sitio, hacía sonar los cristales, rompía algunos platos, no se reflejaba en los espejos, comía sola y sin ser vista en la cocina y, a las seis de la tarde, como por encantamiento, se esfumaba, supongo que atravesando las paredes con el resoplido de un globo que se desinfla, para refugiarse en alguno de los remotos albergues espectrales protegidos por descampados y vertederos; en su caso, en Villaverde Alto, calle Sargento Barriga 7.

En cuanto al propósito de sus apariciones, no sé si vagaba entre los vivos para expiar una culpa, para terminar algo que dejó inacabado o para hacernos alguna advertencia. En mi caso, no tengo duda de que cumplía la misión de entregar un mensaje, por eso se me apareció aquella noche oscura en el bar de Atocha, después de que Cati diera la última espantada en el Ritz. El aviso debía de estar cifrado, porque apenas he empezado a comprenderlo ahora, tantos años después.

Me he despertado cuando soñaba un «concepto inconcebible»: un guardia civil, pistola en mano, de uniforme y con tricornio, de

pie, frente a una mujer desnuda a cuatro patas que daba vueltas a su alrededor, jadeando con ademanes lascivos.

Ayer bajé con ilusión a la cafetería, pero por las mañanas no hay nadie. Di un paseo por el jardín, alrededor del edificio y, en el lado opuesto al de mi habitación, vi una dehesa verdosa y húmeda, con grupos de encinas separados entre sí, igual que los chavales en el recreo; y también había unas vacas que se desplazaban con la solemne lentitud de obispos o cardenales en una procesión. En el horizonte, otras montañas, semejantes a las que se ven desde mi ventana. Me pregunto si forman parte del mismo cordal, si acaso habrá un circo de granito rodeándonos, sea para protegernos o para impedirnos salir. Desde mi ventana veo montes conocidos, sé que por allí, en algún sitio, está Las Tajas —y mi hijo en la casa—, pero no identifico el punto exacto. Las montañas son así, en cuanto cambias de posición, si las miras desde otro ángulo o desde la otra vertiente, ellas adoptan una forma distinta para confundirnos. Igual que nosotros: cuando nos desplazamos y vemos a los demás desde otro lugar, ya no parecen los mismos, se convierten en desconocidos, a veces muy sorprendentes.

El pueblo sigue algo vacío y silencioso, casi expectante. Ciertas de esas buenas personas oficiosas (cada día abundan más) llevan tapones en los oídos. Por mucho que las autoridades insistan en que no son necesarios, las buenas personas siempre necesitan ser mejores que el resto. Con mi legítima bolsa wayú hice la compra de artículos de primera necesidad —ginebra, tabaco, salchichón, un libro de bolsillo y un mapa donde Eduardo y una carta de marear donde Fernando— y ocupé mi mesa (no asignada en propiedad, es una deferencia que no merezco) en la terraza del Maype, con vistas a las montañas. Desplegué mi mapa escala 1:25.000 y pedí una ginebra. Me trajeron de tapa un poco salchichón, que es mi descubrimiento tardío: nada mejor para acompañar la ginebra inglesa. Estábamos tranquilos bebiendo en paz y en silencio, y de pronto un ruido de tacones nos agita a todos. Muchos vuelven la cabeza, pero yo seguí con mi mapa, por eso no le vi la cara, si bien en cuanto me rebasó la reconocí: al fin y al cabo sólo la había visto de espaldas. La seguí con la mirada —

¿con qué otra cosa la iba a seguir? ¿Con mi pierna medio inútil, mi brazo en cabestrillo y mi ridícula bolsa indígena?—, era Clara de Viedma, pero vista de pie parecía otra: altísima (un poco más que yo, aun descontando los tacones), con un culo apretado y rítmico, una ancha espalda de nadadora y la misma melena rubia que tenía cuando estaba sentada. Decidí, no sé por qué, que era rusa. Podía ser rumana, checa, finlandesa o andaluza, o incluso del pueblo, pero me hace más ilusión una auténtica mujer rusa, que como es sabido son tan difíciles de satisfacer. Ahora la llamo Klara, a veces Karla. Desapareció por la bocacalle que da a la única iglesia de mi pequeño y platónico pueblo. Las rusas son así, fogosas, sentimentales y muy creyentes.

De vuelta a Los Carrascales, me encontré por fin con mis compañeros, a los que tanto echaba de menos encerrado en mi habitación.

La cafetería estaba vacía, pero en cuanto me senté oí acercarse el andador de Benja, que me saludó con un brazo en alto y ocupó un asiento a mi lado.

Mírela, mírela, me ordena, ahí la tiene, y señala con el dedo a una cuidadora de uniforme. Es una chica de unos treinta, con gesto de amargura y un corte de pelo desalentador: una larga coleta y las sienes afeitadas.

—Se llama Silvia, menuda es. El otro día me ayudó en la ducha, no me apaño bien —confesó, como si no fuera evidente, el alma de cántaro o cabeza de chorlito—. Me desnudó, me sentó en un taburete, abrió el grifo, ajustó la temperatura y me dijo con su cara de vinagre: Enjabónate, Benjamín. Eso hice y cuando terminé va y me dice que me la chupa por cincuenta euros.

—¿Y usted qué hizo?

—¡Qué iba a hacer! ¡Regatear! Le ofrecí treinta y se ofendió. Luego se le bajaron los humos y me ofreció una paja por veinte.

—¿Aceptó usted?

—A ver, a nuestra edad. Lo hizo bastante bien, aunque eso sí: sin dejar de poner esa cara de antipática que tiene.

No supe qué decir y me pregunté por qué había tenido tantas ganas de volver a ver a Benja.

Nica me libró de la incómoda compañía y de las embarazosas confidencias de Benja. Traía el buhonero un chaqué con pantalones a cuadros, botines, un pañuelo verde al cuello y una arrugada camisa amarilla. Elegante pero informal, diríamos: sólo le faltaba un bombín. Dejó sobre la mesa el tablero, la caja de los trebejos y el reloj de la almoneda o anticuario, y se acercó a saludarme, magnífico, grave y autorizado. Me felicitó por mi pronta recuperación y manifestó su alegría de verme bueno y sano, y me invitó a jugar. Trasladó mi copa de vino a su mesa y, tras extender con delicados ademanes los faldones de la chaqueta, tomó asiento y sorteamos colores. De los puños cerrados que me presentó elegí el izquierdo: un peón negro. Puso en marcha el reloj, veinte minutos para cada uno. Avanzó dos escaques su peón de rey, e4, a lo que respondí con una siciliana, con mi peón de alfil de rey en c5. Él avanzó dos casillas su peón de dama, d4. Me comí su peón sin titubear. Los gambitos siempre se aceptan, me enseñaba en mi juventud el maestro Cifuentes, y luego ya veremos lo que pasa. El chamarilero hizo un movimiento sorprendente, me ofreció otro peón, el del alfil del flanco de dama, movió c3. Sin pensarlo, me lo comí también, y apreté el botón del reloj. Entonces me di cuenta, era el gambito Morra (o Smith-Morra), y ahora tenía que aguantar el chaparrón. El blanco o buhonero entrega dos peones a cambio de desarrollo y de abrir líneas para un ataque peligroso. Ceder material y ganar posición: la esencia de cualquier sacrificio. El segundo peón no se debe aceptar: te quedas desprotegido, como si el blanco o vendedor ambulante hubiera tirado de un hilo hasta descoser toda mi ropa y dejarme en pelotas o in púribus. Se lanzó sobre mí como un terremoto y en quince jugadas más tuve que rendirme. Nos sobró tiempo a los dos. Escuece, ya lo creo que escuece, porque no se juega contra las piezas del adversario, sino contra su ego. El momento que más disfruto en una partida, decía Bobby Fischer, es cuando por fin consigo destruir su ego. O su alma, o su amor propio, diría yo, que soy tan reacio a Freud como a las espinacas. Bien jugado, le felicité, como dicta la cortesía del tablero. Siempre he sido lo que se conoce en español como un paquete, un *patzer* en inglés, el último tablero de cualquier equipo,

pero tengo un alma que salvar y que no merece ser maltratada por un buhonero.

No contento con eso, va Nica y me dice:

—Otro pajarito me ha mencionado que se fugó usted de casa con la chacha, y que luego ella le sacó los cuartos.

Mi expediente iba engordando en los lóbregos sótanos del Ministerio de la Verdad.

—Mire, Nica, es usted el que tiene la cabeza a pájaros. O a pajaritos, si lo prefiere. Jamás he tenido una chacha. Ni muchos cuartos, si a eso vamos.

¿Yo? ¿Chacha yo? Qué va, sólo personas que ayudan en casa, fantasmas subrepticios, sombras pegadas a la pared, espectros iridiscentes con un estropajo en la mano.

—Eso lo veremos. No se enfade tanto por haber perdido.

—En absoluto. ¿Me concede la revancha? —tuve que decir, para no ser tildado de mal perdedor.

Jugamos una italiana que se dejó ganar, esa impresión me dio. Después de todo, a lo mejor el buhonero también tiene su corazoncito. Me dio la mano y se retiró a su habitación, con su chaqueta de pingüino, la cabeza muy alta, sus trastos de ajedrez, su mezquindad y su hipotético corazón, y sin el sombrero hongo que su desvarío indumentario estaba pidiendo a gritos.

Después de la cena leí mi libro de bolsillo. Las Tres Gracias ya estaban empezando a jugar al tute cabrón. Así se llamaba en mi casa, jugábamos algunas tardes, papá, mamá y yo, y era la única ocasión en la que una palabrota resultaba admisible. Se juega entre tres y pierde el que, al contar los puntos, se quede en medio, así que hay que elegir, o juegas a menos, a hacer pocos puntos, o juegas a más, a hacer muchos puntos. Hay una regla adicional, tanto si alguien hace todos los puntos como si no hace ninguno, pierde. Es costumbre no barajar entre partida y partida, lo que hace el juego más complicado o, como su propio nombre indica, verdaderamente cabrón. En otras palabras, no se juega para que haya un ganador, sino un perdedor, y pierde siempre el que no se decide, el que se queda entre dos aguas, el que no consigue hacer ni un solo punto o el que no puede evitar hacerlos todos.

Las *Meditaciones* de Marco Aurelio me tienen un poco aburrido, ayer pensaba que las simples reglas del tute cabrón hacen meditar más que esas sentencias propias de calendario de taco o de esos libros que llaman «de autoayuda». Sé que es uno de los grandes libros y bla, bla, bla, pero a mí de momento me resulta un poco pamplinero. Yo leo como un terrorista, indiscriminadamente, a mano armada y sin arrepentimiento.

Llega Conchita, con su enredadera de venas azuladas y un vestido de organdí a través del que no quedaba más remedio que contemplar una faja, unas bragas cintureras y un espacioso sujetador que quizá fuera recomendable para lactantes. Lleva una flor en la mano —creo que es una candileja—, de la que me hace entrega, con un beso en la mejilla, antes de sentarse a mi lado, como si tomara posesión de una herencia largamente esperada.

Siento vértigo y ganas de salir corriendo, cosa que no está a mi alcance. Casilda considera oportuno comunicarnos algo:

—¡Necios, no sabéis cuánto más valiosa es la mitad que el todo! Ni qué gran riqueza se oculta en la modesta acelga.

Dicho esto, arrojó sobre la mesa una sota de espadas, con la que ganó la mano, aunque llevándose menos puntos que Nati, que también iba a menos pero había ganado su mano con un as de copas, y acabó perdiendo otra vez, siempre en medio, como el jueves.

—Está un poco fuera de la realidad —me susurra Conchita al oído.

—Pues no sé qué pensar —respondí, mirando sus transparencias, su piel de quebradiza porcelana, su pequeña cabeza de tortuga, su sonrisa alelada y su inagotable suministro de flores.

—Es tan prudente, usted le habría gustado mucho a Melchor.

No hace falta preguntar quién es Melchor. A mi edad, la mayoría de las señoras son viudas y, como la embajadora, todas se comunican con su difunto, sienten su presencia y desde dondequiera que esté, su ilustre finado las protege y las vigila, no las deja de su mano, les da consejos, les infunde ánimo y sigue llamándolas, en la intimidad de ultratumba, Cuchi, Peque o Gordi.

Aunque me mantuve en silencio, ella no pierde la

oportunidad de añadir:

—Era todo un caballero, se habrían llevado muy bien los dos.

—No lo dudo —dije, por decir algo.

Por la tele aseguran que un vector de transmisión muy peligroso son los gorriones, esos alegres y saltarines *Passer domesticus,* que tienen su hábitat en las poblaciones, por lo general en las terrazas de los bares. Son gorriones gorrones, *Passer mendicus,* tan adaptados al medio urbano que, si los soltaran en plena naturaleza, no podrían sobrevivir, ya no saben cómo alimentarse, después de generaciones comiendo cáscaras de gambas, patatas de bolsa, granos de paella, tabaco que arrancan a picotazos de las colillas, migas de pan y ganchitos de queso; y sin beber otra cosa que salpicaduras de vino, de bien tiradas cañas, de coñac o whisky, o de los refrescos carbonatados de los más pequeños. Ellos no padecen la enfermedad, pero transportan el microbio (o lo que sea) y, al volar a nuestro alrededor, lo depositan en los oídos.

Otra vez pierde Nati, que ahora me mira con despecho, como si sintiera celos de Conchita. No toma precauciones, casi siempre juega a menos, pero no gana una mano al principio ni se guarda un triunfo para utilizarlo al final.

—Enderezad vuestros discursos, ¡devoradores de regalos! —nos advierte Casilda, mientras aparece Vero con su toalla en la cabeza y su partitura en la mano.

Se acerca a mí y me dice que se alegra de mi recuperación. Le respondo que me alegro de volver a verla. Ella sonríe, señala su collar y me responde que no son auténticas perlas. Está en efecto muy teniente. Se sitúa en el puesto de director, recibe una ovación imaginaria y comienza el concierto.

Me gustaría levantarme, Conchita me está poniendo la cabeza como un bombo. De tanto en tanto le hago una seña a Nati, para deshacer el malentendido, indicándole que no tengo ni quiero tener nada que ver con esta señora cotorra. Nati me responde, ora guiñando un ojo, ora sacando la lengua, o más a menudo mostrando la mano cerrada con el dedo corazón hacia arriba. Confusas señales de las que no acierto a sacar conclusión alguna.

Conchita ya ha admitido que habla a diario con Melchor. No esperaba otra cosa de un capitán de la Guardia Civil.

—Un patriota, por eso le amargaron la existencia. Ahora, desde que ya no está entre nosotros, he aprendido a respetarle. Me dice que no tenga miedo, que allí se está la mar de a gusto.

—¿Allí? ¿Dónde?

—Es un cielo especial sólo para españoles. Hacen paella los domingos. Y cocido todos los jueves, imagínese usted.

Al tratar de imaginar el «cielo especial» sentí un ardiente deseo de ir al infierno.

—¿Y ahora le respeta más?

—Claro, ahora he entrado en razón —dijo, por inverosímil que parezca—. Antes le faltaba muchas veces al respeto. Le solicitaba cosas que no son concebibles en un matrimonio decente, usted me comprende, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, casi ruborizado, y me acordé de esos «conceptos inconcebibles» de los que hablaba —y perseguía— Hegel, y para cambiar de tema le pregunté cómo le habían amargado la existencia al capitán Melchor.

—Por patriota, por buen español —respondió.

No le hice notar que yo no le había preguntado por qué —eso ya lo había explicado ella antes—, sino cómo.

—¿Qué le hicieron? —pregunté, a ver si así lo entendía.

—Le sometieron a juicio, ¿le parece poco? ¿Sabe por qué? Se lo digo yo: por defender a España cuando más peligro corría.

Me hice una idea, un 23 de febrero de 1981 el capitán Melchor había participado, a las órdenes de su teniente coronel Tejero, en un golpe de Estado.

—¿Le condenaron? ¿Hubo cárcel?

—Por supuesto que no, ¡ni que fuera un bandido! Fue mucho peor: le obligaron a abandonar el cuerpo, que era toda su vida. ¿Se imagina usted a un guardia fuera de su cuerpo?

No tenía que imaginarlo: el capitán Melchor ya estaba fuera de su cuerpo y tan campante, hablando a diario con su viuda, que por fin había aprendido a respetarle, sin demandas indecorosas o impertinentes.

—Eso fue lo que le amargó sus últimos años —concluyó Conchita—. Bueno, eso y la gastroenteritis, que no le daba tregua.

Casilda tenía algo que advertirnos:

—Al empezar la jarra y al terminarla, sáciate; a la mitad, haz economías; pero es miserable el ahorro al llegar al fondo.

No me pareció mal: ahora ya estaba dispuesto a apurar el vaso sin bajar la cabeza.

En cuanto reconocí que las manos de Vero indicaban el final de la sinfonía, me incorporé para aplaudir de pie. Ella me regaló una de sus ceremoniosas inclinaciones de cabeza. Le di la mano a Conchita, le saqué la lengua a Nati y me fui a mi habitación. Vi la misma maleta a la puerta de la habitación 22. Escondí el mapa por dos razones. Una, que con las curvas de nivel no lograba reconocer ninguna montaña. La otra, más importante: no quería enterarme del nombre de mi platónico pueblo.

Tantas ganas de verlos a todos y luego, ¿para qué?

Pensé en la falsa moneda y la parábola de los talentos, que eran una moneda imaginaria (como si no lo fueran todas), y que desemboca en el conocido «efecto Mateo»: «Al que tiene se le dará más todavía y tendrá en abundancia, pero al que no tiene se le quitará aun lo que tiene» (Mateo 13,12). Así funcionan la economía capitalista, el matrimonio, la escuela, las empresas y muchas otras cosas.

7

Gonzalo parece más ágil, como si fuera feliz, se mueve con energía y sin arrastrar los pies. Me disponía a dar la vuelta al edificio para contemplar la dehesa y esas otras desconocidas montañas, cuando irrumpió en el vestíbulo, con una americana azul y pantalones blancos. Se había afeitado la cabeza (como yo, pero sin aspecto de maleante). Con su cara de luna llena, mi hijo siempre parece el payaso bueno y simpático al que le tiran todas las tartas en la pista del circo. Te invito a comer, me dice. Intento abrazarle con un solo brazo, como el célebre sonido del aplauso con una sola mano. Hoy no parece tener prisa. Señala el libro que llevo en el bolsillo y me pregunta qué estoy leyendo. Un poco a Keats, le digo, y otros ratos a Marco Aurelio. Siempre a la última, papá, me dice. Keats me da ganas de volver a leer a Espronceda, le confieso. Luego recito:

His phantasy was lost, where reason fades,
In the calm'd twilight of Platonic shades.[1]

—¿Te lo aprendes de memoria? —pregunta con asombro.

—Para eso sirve la poesía. Es muy fácil porque las sílabas están contadas, los acentos en el mismo lugar y además rima. Se aprende sin querer.

—Entiendo las palabras —admite Gonzalo, que conoce muy bien el inglés, estudió en Stanford—, pero no sé qué quiere decir.

—Un poema no quiere decir: dice.

—¿Tiene que ver con la caverna de Platón?

—También. O con la vejez, ¿por qué no? Un poema le dice algo distinto a cada lector. Incluso puede ser diferente en cada lectura.

—No digas eso, papá, tú estás en plena forma. Mayor sí; viejo

no.

Mi hijo es partidario de una «actitud positiva», da la impresión de que no acabe de creer del todo en la realidad, salvo como un punto de partida que puede ser modificado a voluntad. Ahora muchos son así: están dispuestos a convertir un cáncer de pulmón en un aprendizaje para volverse mejores personas y aprender a valorar las cosas que de verdad importan en esta vida. A mí me sucede lo contrario: siento un amor incondicional (y no correspondido) por la realidad tal y como es. Hablo de realidad material, la única que hay. Le pregunto qué anda leyendo él. Un libro sobre las grandes tendencias que dominarán este milenio, dice. No esperaba menos. Trabaja en una asesoría, hace campañas para candidatos, escribe discursos, opina sobre la línea política, analiza la situación internacional y esas cosas. Ha publicado un libro de mucho éxito, *Hacia una nueva topología política,* en el que habla de China, de geopolítica, de criptomonedas, de matemáticas, del islam, del cambio climático, del pensamiento líquido y también de los mercados financieros. No sé cuánto sabrá de China y de todo lo demás, pero me consta que su visión de las finanzas es superficial y poco informada. La idea central del libro, si he leído bien, es en el fondo la misma monserga que repiten los cantamañanas de las tertulias: la decimonónica oposición entre derecha e izquierda ya no es operativa, pero Gonzalo habla de «política binaria», de «juegos de suma cero» y del principio de indeterminación de Heisenberg, aunque —como todos los charlatanes— se toma los detalles al pie de la letra y el conjunto en sentido figurado. Eso le proporciona un gran prestigio en los medios de comunicación. Me alegro mucho por él, como también me alegra —y me tranquiliza— que gane tanto dinero.

Cuando salimos veo el coche de Gonzalo y a un joven recostado en el capó.

—¡Sorpresa! —dice alegremente mi hijo, y el joven se pone de pie.

¡*Ecce homo,* Joserra! No tendrá ni treinta años. Vaqueros negros ajustados, camisa blanca muy poco abrochada, patillas, largo pelo rizado y un bigote de los setenta, algo parecido al

mancebo de la farmacia, pero más parecido a Mark Spitz, ganador de no sé cuántas medallas olímpicas en natación. También podría formar parte de la funda del elepé *Y.M.C.A.,* de Village People. Tiene el detalle de quitarse las gafas de sol para saludarme. Son Ray-Ban, el modelo de aviador, con cristales verdes en forma de pera. O bien Joserra va al gimnasio todos los días, o bien ha sufrido un prolongado internamiento penitenciario: esa musculatura sólo se obtiene de una de esas dos formas. Mi hijo me acomoda en el asiento delantero, Joserra se pone al volante, y Gonzalo se sienta detrás. Tenía muchas ganas de conocerle, dice Joserra. Lo mismo digo, dije yo, y me inclino por la reclusión: ¿dónde, si no en la cárcel, iba a aprender un joven a tratar de usted a los mayores? No le voy a pedir que me tutee, nunca lo hago. Tampoco voy a preguntar nada, salvo una cosa, mi pregunta de siempre. Por lo demás, que me cuenten lo que me quieran contar. Joserra arranca y acelera, el coche derrapa un poco y luego salimos a toda velocidad, en dirección contraria al pueblo. Vamos a un sitio que le gusta mucho a Joserra, me informa mi hijo, El Rancho de Teodoro. Aunque sin sirenas, nuestra velocidad es la de una ambulancia que transporta a un agonizante, adelantamos a cualquier vehículo, a pesar de las señales de prohibición, y el cambio de marchas no tiene descanso: parece un rally. Mi hijo sonríe encantado en el asiento de atrás, Joserra sigue adelantando con cara de fanático, como si jugara a los marcianitos, con algunos bocinazos e interjecciones dirigidos a quienes se creen con derecho a compartir carretera con él (¡Aparta, niñato! ¡Mujer tenías que ser! ¡Que es para hoy, mameluco!, cosas así). Por fin llegamos al famoso rancho, que es un asador con mesas al aire libre. Nuestra mesa está en el fondo, bajo un entoldado, entre otras dos mesas con familias tan numerosas que hay cochecitos de bebé entre las sillas. Mi cómica forma de andar siempre provoca regocijo entre los más pequeños; mientras maniobraba con dificultad para sentarme, un chaval de unos diez años, en la mesa de la izquierda, avisó a su madre:

—Mira, mamá, ¡es un zombi!

Me hizo gracia, y no le faltaba razón.

—¿Qué es zombi? —preguntó el hermano pequeño.

—¡Un muerto viviente! —informó el listillo con dramático acento—, es cuando sale fuera de su tumba y sigue andando.

El crío apuntaba maneras de lexicólogo, me había calado.

Apareció entonces un hombre ventripotente —pero de culo escurrido y piernas como palillos, como suelen ser en mi país los fanfarrones borrachos—, con la cara enrojecida, vestido con vaqueros, botas, ancho cinturón y una camisa de cuadros que le quedaba estrecha (quizá se tratara de indumentaria ranchera), que de inmediato intercambió abrazos con Joserra y con mi hijo. Era evidente que Gonzalo había frecuentado aquel rancho con Joserra. Era el mismísimo Teodoro —¡el ranchero!—, que según dijo nos había preparado unos entrantes «de dos pares de cojones» y luego el previsible, el insoslayable «corderito para chuparse los dedos». Me permití pedir una ginebra con hielo y rodaja de limón. Joserra encargó, sin consultar a Gonzalo, dos copas de orujo. A mi hijo le pareció bien.

—Mira, mamá, el zombi lleva un libro en el bolsillo —denunció el chivato lexicólogo a mi derecha.

—No señales con el dedo, que está feo —aconsejó la prudente señora.

—¿Y con qué señalo?

—Siempre en secreto.

—Vale —se conformó la criatura.

El hermano pequeño preguntó:

—¿Para qué se trae un libro desde su tumba?

—¡Es un arma de destrucción! —le reveló su hermano mayor.

—Vale —se conformó también el pequeño.

En la otra mesa familiar, a la izquierda, se discutía a grandes voces sobre el comportamiento, la doblez y los propósitos ocultos de cierta tía Matilde que se había llevado a su casa a la yaya, en lugar de internarla en una residencia, como ellos habrían preferido. Esa —estaban ya en la fase de trato pronominal— siempre lleva pan en la gorra, dijo la madre. A mí me da caramelos, opuso la niña de unos diez años. Esa barre para casa, aseguró el padre. Pues tiene muchas tetas, opinó el niño de unos doce, que fue

recompensado con un coscorrón materno, seguido de un valioso consejo: No son tetas, niño, se dice pechos. Esa lo que quiere es arramblar con los ahorros de la yaya, afirmó el padre. La yaya ahorra muchas galletas en el armario, y también azúcar y arroz, reveló la niña. Siempre arrima el ascua a su sardina, sentenció la madre. Y tiene unos pechos muy gordos, aportó el chico, lo que le valió otro vigoroso coscorrón. No me atreví a intervenir y sugerirle: Se dice caudalosos senos, chaval, así te quitas de problemas con tu madre. Gracias al niño, sentía hacia esa, la tía Matilde, la atracción irremediable que provocan las mujeres malvadas con escote de palabra de honor.

Los más pequeños, en ambas mesas, como apenas sabían hablar, se dedicaban a retorcerse como gusanos aburridos sobre aquel inhóspito y austero mobiliario de asador castellano, a darse golpes unos a otros y a lloriquear a intervalos regulares, cada vez que les picaba un mosquito (o simplemente para fastidiar). En nuestra mesa ya habíamos despachado cuatro rondas de orujo y dos de ginebra, más los entrantes, que aparte de los dos pares de cojones (o sea, cuatro cojones en total), no contenían más que unos mustios espárragos, un poco de jamón y lomo, unos calamares descongelados (y desangelados) y unas hojas verdes sacadas de alguna maceta de las que estaban en el alféizar de la ventana. Llegó, precedido por una ominosa botella de vino tinto, el cordero. Mi hijo me lo cortó en trozos pequeños para que pudiera comer con una sola mano. A mi izquierda, en la mesa de la tía Matilde, la niña dijo:

—¡Mamá, es el capitán Garfio!

Cuánta razón tenía, por eso me convierto en pez; el tiempo, el mío, el que estaba en el latido de mi muñeca, el que morirá en nuestros brazos, se lo tragó un cocodrilo y se lo llevó a las profundidades de la mar océana.

Las familias numerosas ya estaban en el postre, apaciguadas, con los niños somnolientos y los padres aturdidos por los licores. Tras chuparse los dedos, como era de precepto, Joserra y mi hijo pidieron tarta de Santiago y sendas copas de pacharán; yo, otra ginebra (no disponían de calvados).

Entre las mesas, los gorriones gorrones picoteaban restos de espárragos, de cordero y de pares de cojones, cáscaras de cacahuetes, residuos de torrezno, migas de embutido, grasa de chuletones y aceitosas espinas de anchoas; luego bebían en pequeños charcos de vino o en expectoraciones anisadas y emprendían un vuelo a media altura, sobre nuestras indefensas orejas, repartiendo microbios y patógenos; pero nadie hacía caso y todos parecían felices, como si no hubieran visto nunca la tele.

Sobre todo mi hijo.

Sólo pensaba hacer una pregunta, mi pregunta, así que cuanto antes mejor:

—Y vosotros —dije—, ¿cómo os conocisteis?

Hubo entre los dos intercambios de miradas: cómplices, tiernas, recriminatorias, suspicaces, dulces o amenazadoras. Luego se rieron a coro.

—Fue en una coctelería, el Cock, en la calle de la Reina. Éramos dos hombres solos, cada uno en un extremo de la barra, que no teníamos ganas de volver a casa —decía mi hijo—, pero nos mirábamos con curiosidad.

—Buscábamos algo que no sabíamos qué era —añadió Joserra.

—Algo que, sin saber lo que era, echábamos de menos —completó Gonzalo.

Así que eso se contaban a sí mismos. Ante tanto exceso de azúcar, me dieron ganas de pedirle al ranchero una inyección de insulina (o sus calzones de cuero). Me conformé, empero, con otra ginebra, como se conforman los niños con cualquier respuesta. ¿Ninguno de los dos se dio cuenta en esa barra de que había veinte años de diferencia entre ellos? ¿Era un hecho irrelevante?

—Le invité a una copa, a través del camarero —prosiguió Joserra.

—El camarero vino y me dijo: De parte del caballero de aquella esquina —confirmó Gonzalo.

Por lo menos el sombrío caballero de la esquina rosada invitó a una copa. Gonzalo, por cortesía, se acercó a brindar con él, eso dijo.

—Lo demás vino solo, como una fuerza de gravedad recíproca —explicó Joserra.

—¡Orbitamos! —exclamó mi hijo, que evidentemente había abusado del pacharán.

Joserra también estaba, más que azufrado, a dos luces, así que íbamos a morir los tres en el viaje de vuelta, ellos también lo sabían, sin duda, nada tenía ya importancia, éramos casi póstumos, por eso Joserra dijo con tono cariñoso:

—Fue mi osito.

—Y tú mi tiburón, tiburón —respondió Gonzalo.

—Tiburón, tiburón, tiburón a la vista —canturreó Joserra entre risas.

—Me tomaría otra ginebra —supliqué—, al fin y al cabo no tengo que conducir.

Ellos pidieron otros dos pacharanes. Por debajo de la mesa, se dieron la mano. Nunca había visto a Gonzalo tan feliz, tan reconciliado consigo mismo y con la realidad.

Ahora me lo pregunto: ¿soy yo el que ama la realidad o es Gonzalo? Mis libros, mis citas, mis cuadernos, mi ironía, mi buen gusto, mis privilegios, ¿tienen algo que ver con el mundo real? ¿No es lo real también lo chabacano, lo hortera, lo cutre, esa masa palpitante, pulposa, informe; ese trozo de vida incomprensible —ruido y furia—, pero al que es necesario querer para poder quererse a uno mismo?

Vino el ranchero con las copas y una para él, y se sentó a nuestra mesa. Nos dijo que a la última invitaba la casa. Los chicos —uno de ellos de más de cincuenta años— seguían cogidos de la mano, sonrientes. El ranchero Teodoro pasó con cariño la mano por la espalda de Gonzalo.

—Os deseo lo mejor —dije, alzando mi copa para brindar.

—¡Por los campeones! —dijo el ranchero.

Brindé con todos, cerré los ojos y bebí en la oscuridad.

En la mesa de la izquierda la madre cogió a un niño en brazos, se desabrochó y sacó una teta inflamada (o seno caudaloso), y empezó a amamantar. Me dio vergüenza mirarla, pero no podía dejar de hacerlo. Quizá sea el único sobre la tierra,

pero a mí ver ese blanco, venoso y enorme pecho con el pezón en la boca del bebé me excita. Sé que es un acto natural, un hecho tan biológico como la muerte de Franco, y que debería fingir que no le veo ningún contenido sexual. Pues no es así, siento el deseo inmediato, urgente, de acostarme con la madre, una vez que la criatura, ya saciada, duerma en su cuna. Quizá sea una pulsión de corregir la realidad y convertirme en padre sobrevenido de ese bebé al que he visto mamar. O quizá había bebido demasiada ginebra, no lo sé, pero me pasa cada una de las pocas veces que veo a una madre amamantar, qué le voy a hacer.

Pagó Gonzalo y, tras intercambiar apretados abrazos con el ranchero Teodoro, nos tambaleamos hacia el coche. Conduce tú, dijo Joserra, el piloto de rally y tiburón, tiburón. Mi hijo circuló lo más despacio posible, aunque no tan despacio como para llamar la atención de la Guardia Civil. Ha sido una comida estupenda, dije: Gracias a los dos. Papá, dijo Gonzalo con cierta prosopopeya, nos vamos juntos a Las Tajas. Le he puesto una demanda de divorcio, confirmó Joserra desde el asiento de atrás. Ya no la soporto, añadió, ni siquiera tenemos hijos, me tendrá que pagar una pensión compensatoria. En las siguientes curvas de la carretera me fui enterando, sin preguntar nada, de que la mujer de Joserra se llamaba Inma, y era la única heredera del dueño de unos laboratorios farmacéuticos. El abogado creía que el tiburón, tiburón, tenía derecho a cobrar dinero y a quedarse con la mitad de la casa, un inmueble de trescientos metros cuadrados en la calle Serrano. El propio Joserra se definió como «parado de larga duración», al parecer no encontraba ningún trabajo. Por eso no te preocupes, le dijo Gonzalo: Muy pronto se te valorará. ¿Qué había de valor en Joserra? Eso me lo aclaró mi hijo: Eres un gran percusionista, Joserra, le dijo.

Se había hecho un poco tarde para visitar el pueblo y le pedí a mi hijo que me dejara directamente en la residencia. Cuando aparcamos, Joserra se había quedado dormido en el asiento de atrás, con las gafas de sol puestas. Te acompaño, dijo Gonzalo. Le pregunté cómo iban las cosas con Leti.

—No ha adoptado una actitud muy positiva, la verdad. Lo ve

como una situación en la que hay buenos y malos, pero no se trata de repartir culpas, sino de seguir adelante.

—Y del bienestar de Lucas —añadí.

—Por supuesto, eso es lo primero —se apresuró a decir—. El domingo estuve con él, fuimos al cine y cenamos pizza. Está bien.

—Me gustaría verle.

—Y él también tiene ganas, lo traigo el día menos pensado.

Le pregunté si se iba a divorciar. Me dijo que sí.

—¿Tienes un buen abogado?

—No queremos plantearlo como un enfrentamiento, intentamos ponernos de acuerdo.

—Un divorcio sin asesoría legal es como sacarse una muela sin dentista, en tu cocina y con ayuda de unas tenazas —le explico, escandalizado por su ingenuidad, porque una cosa es encandilar con vacuidades a periodistas y políticos, y otra muy distinta pleitear con tu mujer.

Se ríe. Me dice que todo va a salir bien. Le cuento que al amanecer escribo en cuadernos.

—No hay mejor terapia —afirma.

¿Terapia? Yo creía que era una penitencia o un castigo. O trabajos de amor perdidos.

Abracé a mi hijo y, con un solo brazo en su espalda, sentí que abarcaba en mi mano el universo entero, lo real, el relato chirriante, desafinado y en llamas, lleno de ruido y furia, sin significado alguno, contado por un idiota —ese debo de ser yo—. Esperé hasta verle salir, como es mi costumbre, y me fui a la cama con la duda de qué sería un percusionista.

8

He soñado con la casa pintada por mi hijo de pequeño, y en el sueño era Las Tajas, que compré después de que él hiciera ese dibujo, es como si la hubiera adivinado. En las ventanas, la luz anaranjada de los lápices de colores. El cielo nocturno, azul oscuro, con nubes negras. Fuera de la casa hay dos figuras masculinas, una alta y otra pequeña: mi hijo y yo. Dentro de la casa, que tiene la puerta cerrada, hay una silueta de mujer, rodeada de fuego. Tiene que ser su madre, Catalina. No pide socorro, no intenta escapar, sólo mira hacia fuera, inmóvil.

Así debió de sentirse Cati: prisionera en el interior de su cabeza que ardía, sin salida.

Recibí la llamada de su padre, Mariano, a los seis meses de irme de casa. Tenía un tumor cerebral y estaba hospitalizada. Acudí a la clínica, pero no se la podía ver. Le pusieron un casco de hierro en la cabeza, para irradiarla sólo donde creían que estaba el cáncer. El médico me dijo que era cosa, como mucho, de un par de meses. Fue menos de un mes. El padre de Cati y yo volvimos a casa, donde estaba Gonzalo al cuidado de su abuela, Vicenta. Gonzalo parecía echarme la culpa de la situación de Cati; los padres, también. Ellos se fueron a su apartamento de la calle Ferraz y me quedé solo con mi hijo, convertido en un extraño en mi propia casa.

Cuando pude verla, unos días después, no me reconoció, me habló como si fuera un sacerdote (sin duda había recibido molestas visitas de alguno), y me advirtió que no quería confesarse. No tienes por qué hacerlo, estás libre de pecado, le dije.

—Huele a trementina. O aguarrás, no lo sé —explicó—, y yo me estoy convirtiendo en árbol.

No sabía quién era yo, pero tampoco quién era ella. Algunos

días me reconoció durante un breve intervalo, y hablamos el uno con el otro, pero siempre regresaba a su laberinto delirante y éramos dos desconocidos; me convertía en enfermero, en un novio que tuvo de joven o en su abuelo muerto hacía veinte años; y ella era la niña que fue con quince, una famosa actriz o una mujer indefensa acusada de un delito que no había cometido. Fuimos una multitud, una mujer y un hombre en representación del resto de la humanidad, que ya había desaparecido de nuestra vista. Hasta que dejó de hablar y se convirtió en árbol. Tampoco podía ver y, sin estar seguro de que me oyera, le decía cosas. Te pondrás bien, volveremos pronto a casa, no te sueltes de mi mano, no tengas miedo. Cosas que se dicen, qué iba a decir. No tengas miedo, le repetía. Las raíces de sus venas todavía alimentaban en vano, obcecadas, su cerebro declinante. No la vi morir, recibí la llamada del hospital un jueves por la noche. Con ayuda de Mariano, muy versado en el género obituario, redactamos una pomposa esquela para su publicación en el *ABC* (esa fue la primera vez que apareció mi hijo en letra impresa) y la enterramos en Oliva. En cuanto volví a casa, lo primero que hice fue estampar contra el suelo la porcelana de Dafne, que se hizo añicos (como era su obligación y su destino manifiesto). Tuve que recoger los trozos con una escoba, pero sentí cierto alivio. Hicimos un funeral y después vinieron a casa los padres, a quienes les había ofrecido enviarles los objetos, recuerdos o enseres que quisieran conservar. No fueron cuatro cosas, tuve que contratar un camión de mudanzas (que transportó incluso el sillón en el que yo solía leer). Nos despedimos de los abuelos de Gonzalo, que recibió besos, abrazos y promesas de próximas visitas; yo tuve que conformarme con sobrios apretones de manos. Cerré la puerta y nos quedamos solos mi hijo y yo: ninguno de los dos sabía cómo ayudar al otro. ¿Sería en esa época cuando, al volver la vista atrás, sorprendí a mi hijo mirándome con ira? No lo recuerdo, qué más da, antes o después ocurrió. No sé de qué me acusaban mis suegros, ¿de la muerte de Cati? ¿De que me echara de casa? ¿De que la hubiera abandonado, como quizá les había contado ella? Da lo mismo, nunca me perdonaron.

Debo de ser poco cristiano (devoto tal vez de un dios

prehistórico, anterior a la escritura), porque no creo en el perdón: no hay más perdón que el olvido, que borra lo que sucedió, pero en el que permanece vivo el sentimiento de agravio, ya sin causa reconocible. En cuanto a Gonzalo, todo el mundo tiene algo que echarle en cara a su padre, y el hecho de que todos los padres nos sintamos culpables de antemano facilita las cosas. La culpa, ahora me doy cuenta, es esa falsa moneda que cantaba mi madre, la que nos pasamos de uno a otro, porque nadie es capaz ni de quedársela ni de destruirla.

Esta culpa, en cambio, me pertenece. Si hubiera sabido que su conducta se debía a su enfermedad, me habría comportado de otra forma. ¿Cómo podía saberlo? ¿Cómo no me di cuenta? Eso da igual, me sentía y aún me siento culpable. Esto no tiene remedio.

Mi encina ya tiene flores, unas amarillas y otras, más pequeñas, rojizas. Según me dijo Nati, las amarillas (que están en la copa) son masculinas, mientras que las otras son femeninas. Le dije que no sabía que hubiera flores femeninas y masculinas —o no lo recordaba, debí de saberlo en el bachillerato—, y me respondió con una sonrisa pícara: Hasta las flores necesitan alguna actividad sexual. Me mostré de acuerdo.

En La Maliciosa compré un libro de bolsillo, de Tusquets, por el título, *El nacimiento del tiempo,* y porque el nombre del autor me sonó a griego, Ilya Prigogine. No he entendido nada de lo que llevo leído y lo interpreto a mi manera, un privilegio de las personas mayores cuando leen. El amigo Ilya, que no es griego clásico, sino ruso y premio Nobel, habla de «estructuras disipativas». Por lo visto, hasta finales de los cuarenta, la termodinámica se utilizaba en sistemas en equilibro, pero Ilya se dio cuenta de que, si se aplica a situaciones lejanas al equilibrio, la cosa es muy distinta:

> En situaciones de equilibro, cada molécula ve sólo lo más próximo que la rodea. Pero cuando nos encontramos ante una estructura de no equilibrio, como las grandes corrientes hidrodinámicas o los relojes químicos, tiene que haber señales que recorran todo el sistema, tiene que suceder que los elementos de la materia empiecen a ver más allá, y que la materia se vuelva «sensible».

Eso es lo que hacen los disipativos, que somos por supuesto las personas mayores. Cuando se pierde el equilibrio —por peste, por cólera o por plaga, o por revolución, pongamos por caso—, conseguimos que cada persona aislada vea más allá de su vida cotidiana, y también más atrás y más lejos; enviamos señales que recorren todo el sistema y ponen en relación a unos con otros, transformados ya en materia sensible. No sé qué será un reloj químico, y las grandes corrientes hidrodinámicas me exaltan, me suenan a película de vaqueros, como los grandes espacios abiertos, pero el químico moscovita añade:

> Cuando estamos lejos de las condiciones de equilibrio, las ecuaciones no son lineales; hay muchas propiedades posibles, que son las distintas estructuras disipativas accesibles. En cambio si nos acercamos al equilibrio, la situación es la contraria: todo resulta lineal y no hay más que una sola solución.

Nosotros, los disipativos, estamos a mano, accesibles y desocupados, y cada uno podemos ofrecer una solución diferente para unir a cada persona aislada con todas las demás, y el pasado con el presente y el futuro.

En esas estaba, en la terraza de La Carolina, cuando vi por primera vez de frente a Karla. Tiene ojos azules que se mueven con frialdad y lentitud, como los glaciares, labios grandes y unos pechos o senos aún más caudalosos que vistos de costado. Se sienta en una mesa paralela a la mía y pide con acento extranjero una cerveza. El acento no me parece ruso, pero no pierdo la esperanza. Cuando le traen el tercio, saca de su bolso un libro. Es la primera persona que veo leer en los bares del pueblo, y siento que a los dos nos une un lazo íntimo, que también nos separa del resto de la humanidad no lectora. ¿Qué estará leyendo? Desde mi mesa no puedo ver el título, pero ella está a la distancia de una voz. ¿Me atrevo? Sí, me atreví: Perdone mi curiosidad, ¿qué está leyendo? No sonríe, pero acerca un poco la portada hacia mí y dice: *El coleccionista. The Collector,* distingo. Es un gran libro, un clásico, le digo. Lo sé, dice. No me pregunta qué leo yo, vuelve a abrir el libro. Eso fue todo, siguió leyendo, y cuando terminó la cerveza,

pagó, se levantó y se despidió de mí con un movimiento de cabeza. Estaba leyendo en inglés, es cierto, pero eso no quiere decir que no pueda ser rusa, insisto, no se me quita la idea de la cabeza.

Si no me engaña la memoria (como suele hacer), el libro de John Fowles trata de un tipo joven de clase trabajadora que mira a las chicas ricas, estudiantes que coquetean con jóvenes badulaques en los jardines de una escuela de arte. No entiende por qué a él ni le miran, como si fuera transparente o un mueble viejo arrumbado en una esquina, que no merece atención, hasta que un día decide secuestrar a una de ellas y encerrarla en el sótano, bajo llave, para que ella tenga por fin la oportunidad de conocerle a fondo y se enamore de él, cosa que será coser y cantar en cuanto ella sea capaz de apreciar sus muchas cualidades. No funciona, acaba mal, quizá por la testarudez de la chica rica —y encima con sensibilidad artística—, quizá por un error de perspectiva del trabajador manual, no lo recuerdo.

El Ministerio de Sanidad ha nombrado a un portavoz, que se dirigirá todos los días a la población. Es el jefe de la heroica lucha contra la plaga, un tal Matías Felguerosa, pequeño y esquelético, con aspecto de empleado de Correos, ojos saltones, calvo y con melena despeinada, lleva vaqueros y un jersey de lana; dan ganas de invitarle a un bocadillo de calamares, pero al parecer es una eminencia planetaria en pestes babilónicas. Dice que todo está bajo control, que no hay motivo de inquietud y que no considera necesarios los tapones para los oídos. Aunque le parecieran imprescindibles, daría lo mismo, no queda un solo par de tapones en ningún establecimiento comercial. En la tele salen imágenes de policías disparando a los gorriones con escopetas de balines. No aciertan ni a la de tres, salvo en los tobillos de los clientes de las terrazas, a los que se ve aullando a la pata coja. Hay muchas reclamaciones. Algunas personas van con extintores atados a la cintura, por si se produce una combustión espontánea en su presencia. En los comercios hay acaparamiento, sobre todo de papel de váter, arroz, compresas y pañales, cerveza, aceitunas en lata y bebidas energéticas, como el whisky y el vino tinto. Esto pasa en las ciudades, en el pueblo no se nota casi nada, y el

suministro de tabaco, ginebra y libros de bolsillo parece garantizado. También el de salchichón.

—Hagámonos una sola carne y una sola hierba, una sola voz en el desierto, una sola mirada panóptica, que nos permita ver todo el interior desde un solo punto —propuso Casilda.

Nati se acercó y le pregunté lo de las flores, me dijo que había crecido en Extremadura y sabía de encinas, de guarros y de olivas. ¿Se me está insinuando? No lo sé, veremos dónde acaba esto. Las Tres Gracias reparten cartas, Nica pone en marcha el reloj. Aparece una nueva residente, con la misma mirada suplicante y recelosa que debí de tener yo el primer día. Nica detiene el reloj y se levanta para presentarse, como hizo conmigo. Hago torpes maniobras intentando incorporarme, pero el mercachifle la trae hacia la mesa. Consigo levantarme y nos presenta. La nueva disipativa parece joven, no creo que se acerque mucho a los setenta, y se llama Juana. Tiene ojos oscuros y mirada inquietante, tetas firmes, pocas varices y tobillos finos, y una sonrisa desganada y breve. Ojalá, cuando esté a solas en su habitación, no sienta ni miedo ni dolor. Nica me derrota con autoridad, creo que lo que me hace es un Sistema Londres, ya casi no recuerdo nada de aperturas. Veo a Silvia, con su cara de vinagre, que me mira como el perista que calcula cuánto podrá obtener de un reloj robado. Poco después oigo el traqueteo del andador.

—Me he sacado un abono —dice Benja.

—¿Para los toros?

—Quite usted, ni de broma. Un combinado con Silvia, dos pajas a la semana y una mamada los jueves, ¿qué le parece?

—Depende —respondo con prudencia.

—Me lo deja en setenta euros, yo sé negociar.

—¿No será mucho?

—¿El precio? Ni hablar, es una ganga.

—Digo el esfuerzo, ya no somos unos críos, Benja.

—Hable por usted. Además hay unas píldoras.

—Pues entonces muy bien, ¡ancha es Castilla! —le alenté.

Escuchamos noticias de la peste, en las ciudades los contagiados, perdida la razón, corren por las calles intentando

infectar a alguien, casi siempre a mordiscos; apenas circula transporte público, porque las autoridades han requisado los autobuses para llevar cadáveres a los vertederos de las afueras; las tiendas tienen pocas mercancías y a menudo son víctimas del saqueo. Por las noches, jaurías de perros asilvestrados (que han sido abandonados por sus dueños, incapaces ya de alimentarlos) recorren las calles y atacan a cualquiera que lleve una bolsa de la compra. No obstante, por la tele insisten en que se trata de casos aislados, no tenemos motivo de preocupación.

—¿Qué significa el ardor de esta enorme cólera? —preguntó Casilda y ella misma se respondió en el acto—. ¡Os habéis prosternado ante dioses que no conocíais! ¿Qué esperabais?

Puede que tenga razón.

No sé qué pensar de Benjamín. Me provoca tanto rechazo como un mal olor, algo podrido en la despensa, un vómito reciente en una acera o la proximidad de un muladar, sobrevolado por los buitres, cercado por las hienas, acechado por los zorros. Después pienso en su soledad y su desvalimiento, y me siento ligado a su infortunio, a cómo ha sido avasallado, a lo indefenso que se encuentra, y me pregunto qué hay de malo en ese único —y torpe, es verdad— consuelo que ha encontrado. Al fin y al cabo, somos de la misma edad, y el raro soy yo, que nunca me he ido de putas. Para el resto de mis contemporáneos era la cosa más corriente del mundo. Aquí no hay ninguna superioridad moral, para mí no es una cuestión de principios, simplemente no me gusta, igual que no me gusta beber a morro de la botella. En la mili tres compañeros me llevaron a un tremebundo bar de carretera en el que el propietario nos indicó que tomáramos algo mientras se «desocupaba» Sagrario. Alguien propuso que echáramos a los chinos en qué orden nos «ocuparíamos» con la tal Sagrario. Muguruza, Sevilla, yo y Zamora en último lugar, eso es lo que salió, con la denominación, bien por el apellido, bien por la procedencia, que tanto caracteriza a la onomástica cuartelera (remoquetes aparte, claro está). Ni siquiera me hizo falta ver a Sagrario para darme cuenta de que aquello me disgustaba. Pagué lo que debía y volví al cuartel. Con los años he estado, por motivos

de trabajo, en lugares nada tenebrosos, incluso elegantes, he visto señoritas de compañía en hoteles y he sido invitado a fiestas donde las chicas estaban pagadas por el anfitrión, y siempre he sentido el mismo desagrado. Es como ciertas verduras —acelgas, brócoli, algunas otras—, a las putas, da igual si son finas o arrastradas, no puedo soportarlas.

Ya se critica mucho a Felguerosa, el primer día en el cargo, su aspecto de estudiantón pobre, al que a los cuarenta aún le queda el Civil de segundo curso —abundaban en mis tiempos en las universidades de provincias—, sus guedejas alborotadas y sus indecisiones y contradicciones: conviene no estar con mucha gente, pero se puede acudir sin riesgo a manifestaciones multitudinarias (siempre que sea a favor de alguna causa noble); tapones no, tapones sí; se transmite por aire, pero a lo mejor también al tocar cualquier superficie, lo cual no quiere decir que haya que utilizar guantes de látex. Con él nadie sabe a qué carta quedarse. Los tertulianos le instan a que se agencie un asesor de comunicación. A mí me parece que se ha puesto al servicio de las autoridades: no se le permite decir lo que debería decir, así que dice lo primero que se le ocurre, por lo general una bobada; de poco le serviría un asesor, que sin duda le suministrará bobadas más grandes, y también más huecas y ampulosas.

—En mi lado de la cama, la almohada está más fresca, acercad la cabeza, ahí ya no se puede dormir, sobre las ascuas vivas de vuestro arrepentimiento —nos aconsejó Casilda.

Le doy la razón, quizá por eso me levanto tan temprano.

Después de la cena Vero nos obsequió con el cuarteto de las disonancias de Mozart, que escuché al lado de Conchita, que me trajo otra nueva flor que no sé de dónde habrá sacado. ¿Será un lirio o una cañaheja? Aplaudimos.

Luego se puso a llover, aunque llovía sin ganas, como quien cumple un encargo inútil. Las flores mojadas de la encina parecen carne perfumada y temblorosa. Orbayaba dulce y lentamente, con gotas tan finas como si fueran rocío, y decidí salir a la terraza de los fumadores, con mi petaca de ginebra, me apetecía empaparme del agua limpia que cae sobre todos nosotros, sobre nuestras

cobardías y nuestros deseos, para los que no hallamos remedio en nada. Volví a ver la maleta de Reme, a la puerta de su habitación, la número 22. Ramona me ha explicado que hace todas las tardes la maleta, convencida de que al día siguiente vendrá su marido a buscarla. Tienen que convencerla y le preguntan dónde vive su marido. En Burgos, dice. ¡En Burgos!, le responden, pero, mujer, ¿es que no se ha enterado? ¡No se puede salir de allí, hay veinte metros de nieve! La dócil Reme deshace la maleta y al día siguiente la vuelve a poner a la puerta, su marido está a punto de llegar, pero ahora está en Alicante. ¡Alicante! Pero ¿no sabe que ha habido un maremoto en Alicante? Y Reme vuelve a deshacer su maleta, y así un día tras otro. Son muchas y muchos los que esperan ser rescatados, y miran por la ventana a ver si llega su ser querido, aunque (como es el caso de Reme) lleve años enterrado.

Tengo ya veinte botellas de ginebra en el armario y cinco salchichones enteros, por si acaso, yo también defiendo el derecho a una muerte digna.

Me acosté con la cabeza mojada. Oí ruido de pasos como lluvia repicando en la ventana. Los tacones de Cati, los zapatos de mi hijo, las deportivas de Tina, el calzado elegante de mi padre, las zapatillas de mi madre. Esperé para oír mis propias pisadas, pero me quedé dormido sin que vinieran hacia mí, aunque llegaran con bastón y cojeando.

9

¿Dónde está mamá? ¿Qué se puede responder a esa pregunta que me hacía Gonzalo? ¿Que se ha ido al cielo? ¿Que está en un lugar seguro donde nos reuniremos muy pronto con ella? ¿Que es muy feliz entre los astros y nos mira desde arriba? Ya no está, le dije, pero la seguimos queriendo y nos acompaña siempre.

Mamá se ha muerto, ahora se alimenta de estrellas, no bebe más que luz crepuscular, orina lluvia, siempre sonríe, defeca granizo y a veces escarcha, gira alrededor de la Tierra y, cuando pasa por encima de nosotros, nos manda besos soplados en la palma de la mano, camina por la espaciosa bóveda celeste, en la que resuena el eco de sus tacones, lleva el collar de perlas, recorre el firmamento (a pasito lento), duerme cada noche en un satélite distinto o en pequeños planetas sin atmósfera, y los días azules en asteroides errantes y helados, se lava con pedazos de nubes que arranca con las manos o con los dientes. Los domingos en el cielo el desayuno es arco iris de todos los sabores; en verano se despendolan, montan en meteoritos, desvían rayos a patadas, provocan lluvias de estrellas para los más pequeños, a menudo sobre El Escorial.

Ahora bien, no hay nada de conversación, no hay deseo, no hay libros ni rencores, ni siquiera hay tribulaciones, muchos no lo aguantan y se suicidan de vuelta a la vida; se tiran desde el filo de algún cuerpo celeste, suelen estrellarse en el Mediterráneo, donde caen en pateras, naufragan y vuelven a donde estaban. Una y otra vez. Cuando Catalina se suicida, siempre aterriza en mis sueños. Una y otra vez. En cambio su esqueleto, sus huesos descarnados y confidenciales están bajo tierra —reposan, como dicen algunos—, en Oliva, mirando al mar, y durarán más que nosotros; su hermosa calavera aún nos sonríe, aunque su cerebro, con el que tanto te

quería, hijo (y a mí también), haya sido deshecho por el cáncer y los gusanos; no tiene ojos, aquellos ojos verdosos, no tiene lengua ni labios, no tiene glúteos ni tetas ni esa tripita trémula que tenía; pero sigue pendiente de nosotros, no nos quita la vista de encima. A mí se me aparece por las noches. ¿A ti no, hijo?

Espero que no se le aparezca, conmigo tiene bastante.

Viene como era, con su carne resucitada, alzada del suelo, aunque sin los huesos de la parte superior del cráneo, como si hubieran abierto de par en par la sutura sagital para arrancar los parietales y dejar el cerebro palpitante a la vista, parece una medusa, una seta esponjosa llena de filamentos venenosos, un pulpo que agita sus tentáculos. Me dice cosas, me acaricia y se acuesta a mi lado en la pequeña cama de la residencia, y su cerebro se extiende por la almohada como una gelatina. Tantísimos años muerta y sigue viniendo cada pocas noches. Tócame, me dice, con la misma rabia con la que una vez me dijo: No me toques. Le pongo la mano en el muslo, tibio como si tuviera fiebre, un ascua que todavía arde. Ella me acaricia la polla con los dedos, hasta que se me pone tan dura como cuando nos conocimos. Me está haciendo una paja y estoy a punto de correrme, pero su cerebro avanza por la almohada como una planta carnívora, las hojas me rodean el cuello y me abrazan, las hambrientas flores se adhieren a mi nuca y a mi espalda como ventosas. Entonces me despierto, muerto de miedo, sin ninguna erección y sin haber eyaculado.

Nunca he hablado de esto con Gonzalo. Él sintió miedo cuando su madre desapareció; yo lo siento cada vez que vuelve por la noche.

Cuando Catalina murió, yo tenía poco más de treinta años. Me instalé con mi hijo en Las Tajas. Le cambié de colegio, a uno en un pueblo cercano, donde se adaptó enseguida, iba contento a clase, hizo grandes amigos y siempre sacó unas notas excelentes. Dejé el despacho de Arambarri, tenía dinero y me bastaba para mantenerlo con una docena de clientes. Intenté viajar lo menos posible y contraté a una limpiadora que también se hacía cargo de Gonzalo. Tomé precauciones, era una señora de unos cincuenta años, casada con un albañil y, por lo que a mí respecta, desprovista

de cualquier atractivo tentador. Era muy cariñosa y adoraba a mi hijo. No hice ningún voto de castidad. El dictador ya estaba muerto y enterrado bajo una gigantesca cruz de granito, la podíamos ver desde nuestras ventanas, y tras el hecho biológico, que tanto se había retrasado, el país se vio inmerso en una ola de erotismo —así la llamaban— que multiplicó otros hechos biológicos: todo el mundo estaba deseando acostarse con todo el mundo. Hice lo que pude, si bien había tomado la decisión de no llevar a casa a ninguna mujer, no quería que Gonzalo pudiera sentir que remplazaba a su madre por otra. La única excepción fue Demetria, la tata Deme, como la llamaba Gonzalo. Leían juntos, primero tebeos, luego libros, cocinaban juntos, recogían flores, y Demetria le enseñaba cosas que yo no habría sabido contarle, el nombre de las montañas y los árboles, por dónde solían bajar los gabarreros los troncos hasta el valle, cómo saber qué tiempo haría mañana con sólo mirar el cielo. Un día le llevó al horno del panadero, Javi, que era primo suyo, y volvieron a casa con un bollo de pan que mi hijo había ayudado a hacer y que compartimos Demetria, él y yo con una alegría eucarística. Desde entonces me convencí de que la cultura es siempre lo que saben los demás. Para la tata Deme yo era un hombre de gran cultura; a mí en cambio me asombraba lo que ella sabía y yo ignoraba. Enseñé a Gonzalo a montar en bicicleta, a jugar al ajedrez y a escribir poemas con rima, cómputo silábico y los acentos en su sitio, pero él ya se sabía de memoria romances que le había recitado Demetria: entonces entendió por qué le había resultado tan fácil aprendérselos. Quiero creer que Demetria y yo colaboramos, que ambos fuimos necesarios para Gonzalo. Otro día hubo que levantar un pequeño muro para proteger el huerto en el que Demetria y mi hijo, que ya tenía doce años, plantaban tomates, pepinos, calabacines y algunas lechugas. Vino Maxi, el marido de Demetria, y aquel domingo, desde primera hora, Gonzalo se constituyó en el ayudante de Maxi. Terminado el muro, con mi hijo y Maxi empapados de sudor, comimos los cuatro juntos tortilla de patatas y filetes empanados. Con los licores y los cigarrillos le entregué a Maxi lo acordado.

—Señor, si no le parece incorrecto, este mozo ha trabajado

bien y se ha ganado su jornal —dijo Maxi.

—Estoy de acuerdo —respondí, y me llevé la mano a la cartera.

—¡Alto ahí! —ordenó Maxi—. Usted y yo teníamos un trato. Si me traigo un peón para que me ayude es cosa mía.

Y le entregó a Gonzalo un billete de quinientas pesetas.

—Gracias —dijo el chico.

—De nada, es lo justo —explicó Maxi—. El trabajo se paga, y el buen trabajo se paga mejor, no lo olvides.

Gonzalo le miró con afecto y algo abrumado, y me ofreció el billete.

—Ni hablar —dije—. Maxi tiene razón, tú te lo has ganado.

Y así fue como Gonzalo se metió en el bolsillo el primer dinero obtenido con su trabajo.

Yo me sumergí en la ola de erotismo y cuando me quise dar cuenta, mi hijo ya tenía dieciocho años. Era un chico inteligente, si bien poseído —como todos los gorditos de cada clase de bachillerato— por el terco afán de gustar a todo el mundo, a cualquiera, a quien se dejara querer o, más a menudo, a quien se dejara invitar. Nadie era más amable que él, ninguno sufría tanto como él. No esperaba nada de los demás, así que desde joven tuvo que aprender a vivir deliberadamente, él no podía dejarse llevar, como hacían los otros, se vio obligado a crearse una juventud premeditada. No me sorprendió que decidiera estudiar periodismo y en el extranjero. Tampoco que, de adulto, estuviera deseando perder el control.

Ese año, 1988, murió Virginia, estrellada contra un camión que transportaba naranjas.

No se había vuelto a casar, aunque había tenido sus líos, discretos y poco duraderos, entre otros uno conmigo, un fin de semana en un hotel de Oporto. Nunca volvió a trabajar en la agencia inmobiliaria, Juanjo le había dejado suficiente para el resto de su vida, a la que ella puso fin acelerando en línea recta. O se durmió al volante. O se desmayó.

Cerré el cuaderno y bajé a mediodía a la sala de la tele, en la que sale Felguerosa. Tiene ojeras, como si acabara de suspender

otra convocatoria del Civil de segundo. También están a su lado un general de artillería, otro de la Guardia Civil y el jefe de la Policía Nacional. Al parecer le hemos declarado la guerra a la peste. Habrá operaciones militares, reclutamiento obligatorio, se fusilará a los desertores, y las mujeres, en la retaguardia, tendrán que coser uniformes y calcetines de lana para los soldados que luchan en el frente. Ya le hemos declarado antes la guerra a diversas abstracciones: la droga, el maltrato, el hambre, la esclavitud infantil, el cáncer. A todas esas potencias enemigas les hemos enviado por escrito un ultimátum y, ante la ausencia de respuesta diplomática, hemos desplegado nuestros efectivos y abierto el fuego. No hemos ganado ninguna de estas contiendas, pero qué ejemplo luminoso le hemos dado a todo el mundo. Detrás de Matías Felguerosa está mi hijo, con un traje impecable —me pregunto quién le corta— y una sonrisa telescópica de vendedor a puerta fría. ¡Es el asesor que reclamaban los tertulianos! No me puedo creer que se haya dejado contratar para esta pantomima. ¿Ha sido idea suya rodear al infeliz Felguerosa de altos cargos de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, todos con uniforme de gala? ¿Acaso mi hijo cree que a los ciudadanos nos dan seguridad los policías y los militares? ¡Si les tenemos miedo! Pero si todos cambiamos de acera al ver a un policía, y mucho más deprisa si es un militar. Felguerosa parece amedrentado, como si fuera el reo en un consejo de guerra, y las caras de los militares —firme el ademán— sugieren que podría ser fusilado al amanecer. Tras ciertos carraspeos y balbuceos que ya conocemos, el doctor Felguerosa anuncia un nuevo objetivo militar: tenemos que «doblar la curva», una expresión que parece creada por mi hijo, porque nadie entiende de qué está hablando (dado que las curvas ya están dobladas); lo único importante ahora es doblar la curva, insiste, y los uniformados, en posición de firmes, fruncen el ceño. Mi hijo asiente satisfecho: es cosa suya. A mi modo de ver, si estuviéramos en alguna curva, habría que doblarla, ¡no vamos a seguir acelerando y acabar en un sembrado de trigo! Dice también que sigue sin considerar esenciales los tapones para los oídos; sin embargo, anuncia —con su célebre incoherencia— que ya se ha

firmado un acuerdo para la compra de cien millones de unidades procedentes de Camboya. De Camboya, corrige, y también en parte de Nueva Caledonia. Sólo se ha autorizado la presencia de cuatro periodistas, y uno de ellos pregunta a qué precio y con qué intermediarios. ¡El intermediario es totalmente español!, afirma Felguerosa con orgullo. Añade que su identidad, el precio y las comisiones correspondientes son secreto de Estado, lo que parece agradar a los generales. El periodista menciona la Ley de Transparencia, y tras unos instantes de desconcierto, el jefe de la policía da un paso al frente y le responde que esa ley se suspendió temporalmente hace dos días. Luego vuelve atrás y se cuadra. Es verdad, yo lo leí en el periódico, en letra pequeña. Felguerosa nos recuerda que evitemos las aglomeraciones, aunque también nos insta a que permanezcamos todos unidos para vencer al enemigo. Se despide hasta mañana. Los uniformados saludan con la mano en la visera, mi propio hijo hincha pecho y endereza los hombros, y Felguerosa saca una mano del bolsillo del vaquero y la agita en el aire, como si despidiera a un tren desde el andén. Parece un teleñeco, y me alegro mucho de que por lo menos sea chistoso, ya que, estando presente Gonzalo, tendré que ver a diario este programa de dibujos animados. Conchita se levanta para despedir a los generales con toda la marcialidad que le permite su artrosis. El buhonero parece enternecido y algo excitado por los uniformes, como las solteras de provincias de mi época. Las Tres Gracias cuchichean entre risas, y me acerco para escucharlas. Dice Belén que el general de artillería, en sus tiempos de capitán, le puso un piso en Brunete. Cuando el capitán se iba de maniobras (imagino que montado en su tanque), a ella se le caían encima las paredes de aquel apartamento tan opresivo, y solía encontrar compañía, siempre de alférez para arriba, ya no estaba al alcance de suboficiales ni de la clase de tropa. Las tres se fueron a dar un paseo, así que salí a la terraza de fumadores. A esas horas suelo dormir una siesta, antes de la comida, y después voy al pueblo, pero la presencia de mi hijo por la tele me hace cambiar la rutina y tomar un aperitivo de la petaca mientras miro el paisaje y fumo un Ducados. Al aire libre hay ocho disipativas (dos de ellas con

andador) y tres disipativos (los tres con bastón); unos dan paseos de presidiario, de esquina a esquina; otras les echan migas de pan a los gorriones, como si no fueran letales vectores de transmisión, sino lo que han sido siempre, pájaros alegres y juguetones, como el *«passer, deliciae meae puellae»* de Catulo, que aún recuerdo del rudimentario latín de mi bachillerato (sin duda por la particularidad de que *deliciae* no tiene forma singular y se traduce como «delicia», y no en plural). Gorrión, delicia de mi chica. Hacen bien, no tienen miedo. La vejez nos quita muchas cosas valiosas, la dentadura, la memoria, la autonomía, las erecciones, los dientes, el oído y el pelo, entre otras, pero por fortuna también nos quita el miedo. Nosotros, ¿de qué vamos ya a tener miedo? Y así nos hace por fin libres.

Lo que nos impide ser libres es el miedo. Miedo a la muerte, al dolor, a los dioses que hemos inventado, a los poderosos contra los que no nos rebelamos, y sobre todo miedo a la libertad (por eso nos procuramos tantos otros miedos). Según mis clásicos de bolsillo —Epicuro, Lucrecio y otros sabios severos— es necesario conocer la realidad —*de rerum natura*— para perder el miedo, y no pongo en duda que sea posible (aunque trabajoso). La vejez quita el miedo, igual que lo disipa el humor: nada que nos dé risa puede asustarnos, nada que consigamos tomarnos a broma nos infunde temor, nada que pongamos en ridículo nos amedrenta. A mí me parece, por lo tanto, que es saludable y liberador perderle el respeto incluso —o en primer lugar— a lo más sagrado. Por eso me gusta estar aquí, con mis semejantes, tomándonos a cuchufleta las instrucciones de las autoridades.

Este sería mi mensaje a los jóvenes —la generación mejor preparada de la historia de nuestro país, según dicen—: llegad a viejos lo antes posible y perded el miedo, así seréis libres y os reiréis hasta de vosotros mismos, que es sin duda lo más sagrado que conocéis.

Elijo espaguetis y huevos al plato, sin postre, y me voy con mi mochila indígena, autóctona y telúrica —y demasiado esdrújula— a mi platónico pueblo, que está tranquilo, pero menos vacío que otros días. Todavía hay gente tomando el aperitivo en la terraza

del Maype, quedan gorriones dando saltos y nadie les ataca. Hay sin embargo unas cuantas personas —turistas de la ciudad— que van con tapones en los oídos y guantes de látex, y se apartan de los pájaros (o los apartan a patadas), y nos miran a los demás y murmuran, echándonos en cara con santa indignación que les estamos poniendo en peligro con nuestra irresponsabilidad. Ni rastro de Karla, quizá haya sido secuestrada con una furgoneta por algún incomprendido trabajador rencoroso que necesita ser amado. ¿Sería yo capaz de secuestrar a una mujer, por ejemplo a Karla? Ahora no, salta a la vista, mi frágil salud no me lo permite, pero ¿a los cincuenta años? ¿Por qué no? Me la habría llevado a Las Tajas, al sótano, le habría puesto una cama con una colcha de colores alegres, tomaríamos un aperitivo y oiríamos música juntos, a ser posible rusa, y después de cenar beberíamos vodka. Lo que pasa es que, a los cincuenta, yo viajaba con cierta frecuencia, mientras mi hijo estudiaba en Estados Unidos. Tendría que insonorizar el sótano y poner un candado en la puerta. Y aun así se escaparía, siempre lo hacen. Por cada princesa cautiva en la mazmorra de un ogro, hay siete caballeros andantes (y mucho más jóvenes que el ogro) decididos a rescatarla o morir en el intento. Y si no consiguiera escapar, ¿se habría enamorado de mí? Me parece que no.

Tina no se enamoró de mí, todo lo contrario. La llamé al bar en el que le cogían recados, el Basi —Bar el Basi, respondió alguien al teléfono—, pensaba dejarle un mensaje, pero quiso mi mala fortuna que estuviese *in situ*. La invité a comer, me interrogó, admití que ya no iba a volver a trabajar en casa y ella puso el grito en el cielo: por mi culpa se había quedado sin su medio de vida (así lo dijo, medio de vida). Si quiere algo, me indicó, tendrá que venir a buscarme a mi casa. Acepté y así fue como conocí la pavorosa vivienda en la calle del Sargento Barriga, número 7, planta de calle, en Villaverde Alto, un barrio de cuya existencia no tenía entonces noticia. Recuerdo que golpeé la puerta (no había timbre), y oí un chillido idóneo para reventar vidrio: ¡Ya voy! Ya venía, así que me abroché el botón de la chaqueta para recuperar algo de dignidad. Aquella primera noche que habíamos estado

juntos no ocurrió lo que me había propuesto, ya que no se me puso dura, por más que ella me la chupara e intentara hacerme una paja, así que fuime y no hubo nada, aunque a mí me costó mi matrimonio.

Era un edificio de dos plantas, con una fuerte escora a estribor que amenazaba ruina tanto para sí mismo como para la construcción colindante a su derecha. Tras un gemido de cerrojos herrumbrosos, apareció Tina con una falda muy corta y un escote muy amplio, y un robusto —y tal vez alusivo— plátano en la mano, al que le dio un insolente bocado, antes de decir: Adelante, está en su casa. Dejé atrás la escalera que conducía a la planta superior y entré, con atentados pasos y el corazón encogido, en aquella zahúrda de poco más de quince metros cuadrados, donde estaba toda su vida y su memoria —y acaso su destino—, su ropa tendida en una cuerda, unos sujetadores grandes y unas bragas minúsculas sobre la cama deshecha, una sola mesa en la que haría todas sus comidas, no había nevera ni lavadora, aunque sí una desnuda bombilla de cuarenta vatios colgando de un cable, una cocina de leña con una olla encima, tres arrugadas revistas procedentes de un cubo de basura, algo de ropa colgada de unos clavos (reconocí la bata con la que venía a trabajar a casa) y un estante en el que reposaban tres libros muy manoseados de la colección Reno, de Plaza y Janés *(La carne,* de Malaparte; *Los Buddenbrook,* de Thomas Mann; y *Sentencia secreta,* de Vicki Baum), y una cartulina que reproducía un famoso y terrible cuadro de la época azul de Picasso, *Mujer planchando*. Todo el cuerpo azul de la mujer está deformado por el esfuerzo y el cansancio, con ángulos inverosímiles y las dos manos presionando sobre la plancha. La cabeza cuelga hacia abajo, en ángulo recto, los ojos apenas se ven, como si hubiera recibido un puñetazo o fueran oscuros cuévanos vacíos, sin globos oculares, y da dolor la curva imposible de su espalda. Años más tarde supe que debajo de la pintura había otro cuadro sobre el que Picasso pintó a esa mujer, cosa muy corriente, sobre todo en 1904, cuando salía más barato pintar encima de un cuadro sacado de la basura o de un mercado callejero que comprar un lienzo y un bastidor. Una vez radiografiado, apareció un

elegante señorito bien vestido y con una mano que reposa con indolencia sobre una cómoda. Entonces no sabía eso, pero me sentí culpable, qué le voy a hacer. Usted dirá, dijo ella. Lamento mucho lo que sucede, respondí. ¡Naranjas!, me dijo y añadió que la tenía que indemnizar, quería su sueldo durante un año. Casi me sentí extorsionado, pero me mostré de acuerdo, qué iba a decir, sólo quería follar con ella: ¡ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo! Incluso en aquel zaquizamí. Sin embargo, ella me recordó que la había invitado a comer, así que hubo que comer. Elegí un restaurante italiano cerca del Mindanao. Luego subimos a mi habitación y, aunque no me faltó capacidad, tampoco sentí el placer que esperaba, sino el breve alivio de una necesidad que ni siquiera estaba seguro de dónde procedía. No de mi corazón, eso sí lo supe. Le pagué lo que le correspondía de la semana pasada y la llevé de vuelta a Sargento Barriga. No era una cantidad grande y además era a cambio de su trabajo, siempre le habíamos pagado a semana vencida.

Nunca se enamoró de mí, como tampoco lo hará Karla, ni aunque la raptara. ¿Está Karla en peligro? La echo de menos y me pregunto si alguien la tendrá secuestrada. Para que se enamore de él. Para pedir rescate. Para llevar a cabo rituales satánicos. Quién sabe.

Con mi mochila en bandolera, cargada con ginebra, dos libros de bolsillo y un cartón de tabaco, emprendí el regreso a casa. Así llamo desde hace tiempo a Los Carrascales. El trayecto es bastante llano, un poco más cuesta abajo a la vuelta. Salgo del pueblo por el extremo oeste, recorro unos cincuenta metros de carretera comarcal, andando por el arcén, y cojo una vereda; desde allí en un cuarto de hora estoy en la residencia. Es un atajo, Gonzalo me llevó por la comarcal pero es mucho más largo, y conduce a la entrada principal, mientras que el camino de tierra va a dar a la parte de atrás. A la derecha del sendero hay un muro de piedra no muy grande; al otro lado del muro, encinas, unas pocas hayas y algunos toros taciturnos. Contra el muro, al borde del camino, crecen arbustos y plantas: peonías con rosas silvestres, jaras pegajosas, la perfumada lavanda y el bienaventurado enebro, con

el que se hace la ginebra que me mantiene vivo. Al lado izquierdo sólo hay chalés de piedra y tejado a dos aguas. Es un paseo agradable en el que es raro encontrarse a alguien. Si sucede, hay que dar las buenas tardes. En otros tiempos, en un cóctel, Catalina le preguntó a un reputado geólogo: ¿Qué es el campo, como lo describen ustedes? Interesante pregunta, señora, respondió el catedrático, voy a darle la respuesta técnica: el campo empieza a partir del punto en el que, cuando se cruzan dos desconocidos, se saludan. Estoy en pleno campo, en la paz del sendero.

Al llegar a casa, con mi copa de vino, me siento a salvo. Le gano a Nica, mueve la reina y entonces lo veo: tengo con mi caballo una horquilla con la que le doy jaque al rey y me llevo la dama. Pocas cosas dan más felicidad sobre un tablero que las horquillas de caballo (o de alfil o de peón), ya son bastante dicha cuando ganas la calidad, pero si capturas la dama, no hay nada que más te exalte.

—Me ha dicho un pajarito que su hijo es famoso —me dice el buhonero y ministro de la Verdad.

—¿No se ha enterado de que los pájaros transmiten la peste? Y mucho más si permite que le digan cosas al oído.

—Mis pajaritos son héroes, sólo ayudan a arrancar las caretas.

Por fortuna Casilda interrumpió la conversación para aconsejarnos:

—La mejor defensa es no parecerse a ellos.

Me fui a mi mesa, donde pedí otro vino. Iba a leer, pero apareció Juana, la nueva.

—No se levante, por favor —me pidió.

—No, faltaría más.

—Me sentaré yo, si me lo permite.

Estaba menos atemorizada y mucho más guapa. Quizá desde su habitación también veía mi dulce y alegre encina, que le daba, como a mí, consuelo y compañía. Le pregunté si se encontraba a gusto aquí, ella agitó una mano como un abanico y dijo:

—En cualquier sitio, da lo mismo, mi vida entera va conmigo a donde me lleven. ¿Me reconoce usted?

Tuve que disculparme, no sabía quién era. Juana repitió el

gesto de abanicarse con la mano, desdeñando mis palabras:

—Eso da igual. El dilema es este: no quiero que aquí se sepa nada de mi vida anterior. No sé cuál es su posición; si tampoco quiere dar a conocer su pasado, puedo recordarle de qué nos conocemos, sin que nadie sepa nada. Quizá le ayude.

—¿En qué me puede ayudar?

—A saber quién ha sido usted.

La miré con zozobra. ¿Así que este es el argumento de la vejez? ¿Saber por fin qué ha hecho cada uno con su vida? ¿Enterarse también de lo que ha provocado en la vida de los demás?

—De acuerdo —me resigné—, hablaremos mañana.

—¿Aquí?

—Me gustaría invitarla en el pueblo, es un paseo muy corto, lo que usted prefiera.

—Se lo agradezco, caminar es saludable.

—A las tres y media, después de comer.

—Agachad la cabeza y mirad, ¡ya no hacéis sombra sobre el suelo, cadáveres insepultos! —nos comunicó Casilda.

Juana me tendió la mano para que se la besara, cosa que hice. Ocupaba una habitación cerca de la mía, me dijo. Veía la encina, mi encina. Se fue y yo me quedé mientras Vero dirigía su concierto inaudible con la toalla de manos liada a la cabeza. La aplaudí de pie.

10

Nunca sueño que vuelo, me parece un poco infantil, aunque soy consciente de que una gran cantidad de adultos vuelan en sueños. Allá ellos, a mí no me interesa demasiado la locomoción aérea. Veía el río, el mismo río soñado, aguas abajo, como si lo viera desde arriba, pero estoy seguro de que no volaba. Así son los sueños. El río, en este cauce medio, es más caudaloso y lento que en el alto. Es el mismo río que en la montaña se despeña con estrépito y forma por erosión un estrecho valle entre las piedras. Ahora hay vegetación de ribera: juncos, carrizos, espadañas, algunos alisos y sauces. El agua es más oscura, arrastra sedimentos. Veo un puente de piedra tras el que hay un pueblo por el que pasa el río. Es más profundo, aunque tengo la certeza de que, si intentara vadearlo, no perdería pie nunca de orilla a orilla. Salvo que haya una poza, me digo en el sueño, y me pongo a buscarla, desde arriba, a poca distancia del agua. Veo peces sumergidos e inmóviles. Me extraña que estén tan quietos, como al acecho. ¡Ahí está la poza!, donde el río se remansa por unas grandes piedras y porque el lecho está dos o tres metros más abajo. Tengo cuarenta años, soy un buen nadador. Me lanzo y desciendo a gran velocidad, como si estuviera siendo succionado. Me queda poco aire en los pulmones, debo de haber bajado más de diez metros, me rodea un cardumen que me deja a oscuras, hay peces que pasan entre mis piernas, siento sus acezantes cabezas y el roce áspero de las escamas en el cuello, por la espalda y en las nalgas, estoy desnudo y tengo miedo de que me muerdan en la polla. Tienen tres filas de dientes, también tres o cuatro ojos y aletas afiladas como cuchillas de afeitar. Me parecen peces prehistóricos, pero sé que no es así: están fuera del tiempo y son a la vez instantáneos y eternos. Una de esas criaturas acerca los labios a mi polla, siento el tacto de sus

dientes, cierra la boca... Entonces me desperté, la almohada estaba empapada de sudor. Me puse de pie y me la miré, estaba entera y sin daño. Blanda y penduleante, pero intacta. Oriné y me serví una ginebra.

He escrito más arriba que el río desconocido pasa por un pueblo desconocido. ¿Por qué hablo así? Los ríos no pasan por pueblos ni atraviesan ciudades; son las ciudades y los pueblos los que se construyen cerca de los ríos. No es el Pisuerga el que cambia de curso para pasar por Valladolid, ni el Tajo el que se desvía para poder acercarse a Toledo, sino todo lo contrario: los ríos ya estaban allí. Somos nosotros los que elegimos vivir cerca de los ríos, en la corriente del río del tiempo, bajo el agua en movimiento que contiene lo que somos, lo que fuimos y lo que seremos. Remontamos la corriente aguas arriba y encontramos al niño que fuimos, aceleramos aguas abajo y allí nos espera el anciano que llegará a ser ese hijo que ahora tiene cincuenta años. Me estoy convirtiendo en un pez abisal, nadando a ciegas en el río con el que sueño, sin saber si me dirijo al pasado o al futuro. Y a veces hundiéndome en el espanto de una poza inesperada.

Desayuno café y galletas, ya no me ponen yogur, tuve que explicarles que nunca he tomado un yogur en mi vida, y que a mi edad no quiero correr riesgos. Volví a la habitación para completar el desayuno con dos dedos de ginebra y un poco de salchichón, y me encontré a Ramona trasteando de buen humor, como siempre; y volví a sentir la misma atracción por su cuerpo rotundo, pero también algo imprevisto, un sincero afecto por ella, por su alegría (frente a mi aflicción), por las canciones que tararea (en lugar de mi silencio desdeñoso y protector), por su actitud humilde y valerosa (cuando yo soy presumido y pusilánime), por su conformidad, al contrario que mi descontento, que es el de quien piensa que se le debe algo, que no se ha sido justo con él, que merece más de lo que tiene: el incansable acreedor que nunca conseguirá reconciliarse con la vida (ni con los seres vivos que le rodean). Me abstuve de la ginebra y el salchichón por respeto a Ramona, y le pregunté si tenía familia aquí o en su país. Dos hijos, me dijo que tenía, los dos aquí, viven en Colmenar, el mayor es

sargento del ejército; el pequeño, celador en un hospital. Ambos buenos y trabajadores, me aseguró. El padre de esos chicos se había quedado allá, añadió, sin más horizonte en esta vida que beber ron de la mañana a la noche, acostarse con quien se dejara y sacarle lo que pudiera a los turistas. Intenté no sonrojarme, parecía mi vivo retrato. Le dije que estuviera orgullosa de sus hijos. Son toda mi vida, señor, respondió.

—Espere un segundo —le pedí cuando ya tenía la mano en el picaporte.

—Mande.

—Esto no es para usted, Ramona. Quiero que ayude a sus hijos en lo que necesiten.

Le tendí un billete de cincuenta euros. Ella no sólo me dio las gracias, sino que me bendijo en la frente con el pulgar y luego estampó un beso sobre aquella bendición.

—Que mi buen Dios le cuide, señor, se lo voy a pedir todas las noches. —Tenía lágrimas en los ojos.

Nunca me he sentido más miserable. Para mí cincuenta euros no es gran cosa, y con eso, ¿pretendo revestirme de bondad? ¿Con una cantidad que para mí no significa nada? ¿Ese dinero compensa la amabilidad, la simpatía y la abundancia del corazón con la que ella me trata? ¿Ahora estamos en paz, a tan poco precio? ¿He saldado mi deuda?

Siempre he sido así, ahora me doy cuenta —hice lo mismo con Tina—, un señorito, alguien que todo lo arregla con dinero.

Llego un poco temprano a los dibujos animados. Los escorpiones venenosos invaden las ciudades de Egipto y Mesopotamia, huyendo de la peste y de las lluvias. Se trata de una especie mortífera —«supermortífera», es lo que dice el tertuliano—, *Androctonus crassicauda,* algo así como el asesino de hombres que tiene la cola gorda. Tras la picadura, mueres en menos de una hora, salvo que te administren el antídoto. Ya hay cientos de muertos. ¿Se contagian de la peste también los escorpiones y por eso huyen? ¿Pueden transmitir la peste a humanos?, se pregunta otro tertuliano y él mismo se responde: Eso lo deben aclarar los científicos. Pues muy bien. Si te pica un escorpión que además

tiene la plaga, dice Benja, mejor morir del veneno, ¿no? Todos estamos de acuerdo con él. Sobre el golfo de Valencia ha caído un «enjambre de rayos» (así lo llaman), más de dieciséis mil en un solo día, de los cuales dos mil quinientos impactaron en tierra y el resto cayeron en el mar. Me pregunto si alguno de ellos habrá calcinado los huesos de Catalina que estaban descansando en paz. Creo que no, siento su presencia. Su reluciente calavera azucarada sonríe bajo tierra, nos contempla y nos espera, hijo, ¿qué vamos a hacer tú y yo con ella? Aquí hace muy buen tiempo. Hay volcanes en erupción en Italia, en las Canarias, en California, en México y (por extraño que parezca) en los Países Bajos, donde nadie sabía que hubiera ninguna actividad volcánica. Parece que en la ciudad enferma, esa capital del dolor, queman cientos de cadáveres cada noche en estadios de fútbol, desde aquí se ven el resplandor de las llamas y las humaredas. En los hospitales mantienen a los pacientes de rodillas y en coma inducido, y les recortan las uñas de los pies y de las manos con sierra eléctrica. Por fin suena el himno nacional y quien más quien menos, en nuestra sala de tele, hace lo que puede; unos de pie, en posición de firmes, otros sentados, con una mano en el pecho, y Benja, desafiante, levanta el brazo en alto con el saludo franquista. Aparecen los generales y saludan a la bandera, que se mueve como un telón de teatro, y tras la que aparece por sorpresa el doctor Felguerosa, con las manos en el bolsillo del vaquero y un jersey de punto —dan ganas de escribir suéter— que le habrá tejido una de sus tías de avanzada edad, que también le hará bizcochos bastante indigestos; y es posible que él se los coma para no darle un disgusto: él es así. Tras él viene mi hijo, con un traje de mejor paño que corte. ¡Hola a todos y a todas!, saluda Felguerosa agitando en el aire la mano extendida. Hoy tengo una noticia buena y una mala, dice, vamos a tirar una moneda: cara, primero la buena; cruz, primero la mala. Saca la moneda, la tira al aire, cae sobre su mano, rebota y acaba en el suelo. Los generales tienen gesto de disgusto, casi de exasperación, como quien se enfrenta a un chiquillo fuera de sí, que quizá haya dado un sorbito del vaso de whisky de su padre. Felguerosa recoge la moneda y la muestra a la cámara: ha salido cara. ¿Habrá sido

esta payasada idea de mi hijo? Preferiría que no, pero tengo mis dudas. Vamos con la buena, sigue Felguerosa: ¡Hemos doblado la curva! Enhorabuena, es un logro de todos y de todas, si permanecemos unidos y unidas, ya hemos vencido al enemigo y a la enemiga. Ahora bien, aclara, hemos doblado la curva de contagiados, la última semana ha descendido un 0,94 %, es decir, un 1 %. La noticia menos buena, dice, es que ha aumentado el número de fallecimientos, un 15 % más en la última semana. Este dato, desde el punto de vista científico, asegura, hay que matizarlo: el 80 % son de la tercera edad, personas con enfermedades previas o extranjeros sin papeles ni domicilio fijo. Así que vamos por el buen camino, afirma.

Viejos, enfermos y pobres: personas prescindibles, pensé, y me sentí avergonzado de que mi hijo participara en esta indignidad. No hubo preguntas, ya sólo quedaban tres periodistas; al que había preguntado por el precio y el intermediario de la compra de tapones para los oídos ya le han retirado la acreditación.

Mi naufragio en la ola de erotismo que nos invadió no duró demasiado (unos cuantos años), de una a otra recién separada con botas altas, faldas cortas y amplios y bien ventilados escotes, que capturaban amantes en desembarcos corsarios contra aquellos bares en penumbra y con música de jazz. Algunas llevaban sombrero, otras anchos cinturones con hebillas doradas. Empezaban la noche con un entusiasmo tan desmedido y tan voluntarioso que acababan sollozando con el rostro enterrado en la almohada.

¡Ea, tú!, quítate de encima la pereza, deja de mirarte el ombligo, gandul, y cumple con tu deber.

Ahí vamos: quiero invocaros, musas sin suerte, desdichada tripulación pirata en una nave a la deriva: fuimos demasiados los hombres que nos aprovechamos de vosotras y, como yo, os dejamos atrás, a solas con vuestra pensión de alimentos, con collares y abalorios, con hijos insolentes, con las ganas de llorar, el olor a sándalo y las dos macetas de marihuana en el balcón. Seguimos nuestro camino sin mirar atrás, sin prestar atención al buque varado en la alta mar de la mediana edad, tan procelosa, tan

ingrata, tan solitaria.

Mi camino resultó ser Encarna. Pasé varios años con ella. Cuando me dejó, mi hijo se fue a estudiar en Estados Unidos.

Suena otra vez el himno nacional y el doctor sale marcha atrás y desaparece con torpeza detrás de la bandera. Mi hijo saluda con una inclinación de cabeza y le sigue con bastante aplomo.

Tomé en la terraza un aperitivo con ginebra y comí una ensalada y un filete con patatas, y me fui al vestíbulo a esperar a Juana. Estaba guapa. Se había puesto un vestido que tenía flores bordadas, dos mariposas y un pajarito. El paseo hasta el pueblo fue agradable. La llevé a La Maliciosa, la librería de Eduardo, donde compró un libro, *La muerte en Venecia,* de Thomas Mann, y yo otro de Walter Benjamin; luego le enseñé la almoneda (o anticuario) de Fernando, y le regalé una pequeña y elegante maqueta de un velero de tres palos, y para mí me llevé dos libros por un euro, uno de un tal Gorgias, convencido de que era un ruso de Moscú, como Prigogine (pero luego resultó que aquel sí que era griego, aunque nacido en Sicilia), el otro una novelita corta de Joseph Roth. Nos sentamos en la terraza del Maype, Juana pidió un gin-tonic; yo, ginebra con una rodaja de limón. Ni rastro de Karla, empiezo a temer por su vida o su libertad. Le ofrecí un cigarrillo a Juana, pero fuma rubio. Encendió un Marlboro y entonces me contó lo que quería contarme.

Dijo: Usted y yo nos conocimos, pero fue hace mucho tiempo y en otro país. Y además ella está muerta. Yo estudiaba filosofía en La Sorbona por las mañanas, y por las tardes trabajaba en un bistró de la rue Bonaparte. Éramos pobres, hijas de exiliados comunistas, vivíamos a las afueras de París, en la *banlieue*. Mi hermana estudiaba química y trabajaba en el hotel Bonaparte, a dos manzanas del bistró, donde vino a entregarme un dinero que necesitaba, y usted la acompañó.

Antonia, dije.

Antonia, equilicuá, dijo ella, me alegro de que la recuerde.

Continuó Juana: Usted era un joven atractivo, casi no parecía español. Antonia y yo sentíamos poco aprecio por los turistas españoles, en primer lugar porque venían de la España de Franco,

eran los vencedores o sus hijos; en segundo lugar porque venían para acostarse con francesas, nos consideraban fáciles, atrevidas, *grisettes,* por no decir pilinguis. Usted tenía aspecto de británico, incluso de espía. Siempre he creído que era un agente secreto. No me desengañe, por favor, prefiero seguir pensando que ha sido un hombre peligroso y clandestino. Tan poco español era que, según me contó Antonia, no se acostó con ella, al menos en el sentido carpetovetónico de la palabra. Lo único que quería decirle es que, durante toda su vida, mi hermana siempre se acordó de usted con cariño.

Lo agradezco mucho, dije, tampoco la he olvidado. Entonces, Antonia…

Sí, ella está muerta, repitió, hace casi veinte años, la asesinó su marido. Cometió el error de casarse con un español. Uno de verdad.

Pedí otra ronda y recordé aquella noche en el hotel Bonaparte. Así fue, no se la metí por ningún sitio.

Desnudos en la cama, Antonia me acarició y comenzó a masturbarse con la otra mano. Me puse a cuatro patas sobre ella, con un muslo entre sus piernas y el otro en su costado izquierdo. Sentía el dorso de la mano de Antonia golpeando mi rodilla. Apreté la polla atravesada sobre su vientre, el glande rozaba su ombligo. Apoyado en una sola mano, le tocaba las tetas con la otra y la miraba, sin dejar de frotarme contra su abdomen humedecido al mismo ritmo que el de su mano. Ella tenía los ojos cerrados, y un mechón de pelo le cruzaba el rostro. Con los incisivos superiores, se mordisqueaba el labio inferior. Estaba preciosa, tenía una irradiación, los pómulos rojizos, tensos los músculos del cuello y un rubor que se extendía desde las clavículas hacia los pechos. Su piel estaba tibia, como la frente de un niño con anginas. Durante un instante, abrió los ojos, brillantes y velados, y me miró como si me viera borroso, y sonrió. Me sentí atravesado por la felicidad de Antonia, y más vivo y más completo de lo que había estado nunca. A ella el mechón de pelo le entró en la boca, y lo apartó con la lengua. Volvió a cerrar los ojos y aceleró el ritmo con el que se masturbaba, mientras con la otra mano apretaba mi nalga. Seguí

embistiendo el vientre de Antonia, que se mordía el labio con un gesto tanto de placer como de impaciencia.

—A este paso te voy a follar por fuera —dije.

Por respuesta Antonia me dio una palmada intempestiva en la nalga y no pude contenerme, y eyaculé sobre ella. Luego sentí el incremento de la presión y la velocidad de su mano contra mi rodilla, y cómo levantaba las caderas. Le apretaba un pecho con la mano y ella se corrió con los labios cerrados y el ceño fruncido, y dejó que la cabeza se desplomara sobre la almohada. Me tumbé boca arriba a su lado.

—A veces por dentro es más superficial —dijo ella.

Juana me contó sin demasiados detalles la terrible muerte de Antonia, acuchillada por su marido después de que ella presentara una demanda de divorcio. Tenían dos hijos, que quedaron a cargo de Juana.

—Y usted, ¿nunca se ha casado? —pregunté.

—Nunca lo he creído necesario, ni siquiera ahora que se pueden casar dos mujeres.

—Llevo más de cuarenta años viudo y estoy de acuerdo, no hace ninguna falta.

Le ofrecí otro gin-tonic, que rechazó, aún le quedaba medio. Pida usted lo que quiera, dijo, estoy muy a gusto. Pedí otra. Me miró sin reprobación ni condescendencia, con la misma suavidad con la que empezaba a caer la tarde, dejando en el pico de La Maliciosa esa luz dorada y temblorosa, salpicada entre el estaño del granito y el bronce del brezo; no necesitábamos mucho más, la tierra giraba muy despacio y nosotros bebíamos a sorbitos y en silencio. Catalina se murió sin perdonarme, en cambio Antonia sintió cariño por mí hasta que un español de bien la asesinó. Se lo dije a Juana:

—Me consuela mucho que Antonia tuviera un buen recuerdo de mí.

Bebió lo que le quedaba, encendió un cigarrillo y dijo:

—Usted es inconsolable, no se engañe.

Tenía razón. A mi edad, lo único serio, sincero, refulgente y desinteresado que queda por hacer en esta vida es beber todo lo

que se pueda. Es un acto de humildad, en cierto modo: pudiendo entregarte a la lectura, a la música, al bien de la humanidad o a la lucha contra el cambio climático, siempre hay personas tan modestas que dilapidamos nuestra vida en ginebra, sin esperar ser admirados ni queridos, sin temor a la censura y el menosprecio.

Volvimos a casa juntos, al paso lento que imponían mis limitaciones. Me dejó darle un beso de despedida en los labios, y quedamos para volver a tomar algo en el pueblo tres días después. Me hago ilusiones, puede que no sea exclusivamente homosexual, puede que de vez en cuando vaya con hombres. ¿Por qué no conmigo?

Entonces comprendí que la vejez también es esto: enfrentarte a ti mismo, descubrir quién eres a través de lo que los demás piensan de ti. Tenía a mi favor a Antonia, pero ¿a quién más? No a Catalina, que murió enfadada conmigo. No a Tina, que nunca me apreció. Quizá a mi hijo, pero no estoy seguro. Tendré que preguntárselo, cuando él tenga un poco de tiempo libre.

¿Quizá también a Encarna?

La conocí en un cóctel que ofrecía una promotora inmobiliaria. En una esquina apartada vi a una morena de mi edad, con profundos ojos negros y un cuerpo susurrante, y una sonrisa que me pareció lánguida y bondadosa. Nunca llegué a saber qué hacía allí (me ofreció varias versiones, todas igual de inverosímiles), ni casi nada de su vida. Esa noche la invité a cenar y nos fuimos a un hotel. A la mañana siguiente me preguntó:

—¿El próximo jueves en el mismo sitio a la misma hora?

—Sí. ¿Casa Lupercio a las nueve y media, y hotel Zurbano?

Me hizo feliz, era lo que yo estaba buscando. Las costumbres, las rutinas, las repeticiones me hacen sentirme protegido, sólo quiero volver a hacer otra vez, una vez más, lo mismo. Y así seguimos durante años, sin saber nada el uno del otro, ni siquiera los números de teléfono. Dónde vivía Encarna, si tenía un marido o un empleo, o tres hijos o una madre impedida, a mí, la verdad, me importaba un rábano. Lo mismo que a ella le importaba mi vida, nunca nos hicimos ninguna pregunta. Cenábamos en Casa Lupercio, hablábamos de quisicosas vistas por la tele, de nonadas

oídas por la radio, de chirinolas leídas en la prensa; asuntos vacíos que para nosotros se llenaron de bienestar. Luego, en el hotel, Encarna se daba un baño, mientras yo leía en el sillón —siempre llevaba un libro en el bolsillo— y bebía ginebra, hasta que aparecía una nube de vapor en la que venía oculta hacía mí. Nunca hicimos planes ni promesas, nunca nos dijimos una palabra cariñosa. Ella siempre pasaba dificultades, se le rompió el termo en casa e inundó la del vecino de abajo, y no tenía seguro; tuvo un descubierto en el banco, su hermana sufrió un linfoma y estaba en un hospital privado. Como es natural le presté ayuda. Tenía muy mala suerte, Encarna, el termo reventaba cada poco tiempo, el descubierto reaparecía todos los meses, el obcecado linfoma de su hermana, tras cada remisión, la visitaba de nuevo a intervalos regulares. No me costó ningún esfuerzo creer que era un amigo generoso, y ella una mujer que pasaba por malos momentos, y que nuestros jueves nada tenían que ver con aquel dinero que cambiaba de manos, otra falsa moneda con la que me engañaba a mí mismo.

Un buen día me dejó. Dejarme a mí (o yo a ella) era tan fácil como acelerar o dormirse al volante o desmayarse, bastaba con no volver a Casa Lupercio ni al hotel, yo ni siquiera sabía si de verdad se llamaba Encarna.

En el entierro de Virginia volví a ver a nuestros amigos. Paco había engordado mucho, provocaba risa imaginarle con toga y sandalias; a Marisa ya no la hubieran tomado como prisionera en la Galia. Álex vino con traje y corbata, el intransigente, el insobornable y vociferante revolucionario se había convertido en alto cargo de una multinacional. Delia le miraba con tristeza y con rencor, como si formara parte de una tripulación corsaria, dispuesta a abordar bares con música de jazz y llorar por la mañana sobre la almohada. Ya no éramos los mismos, pero seguíamos vivos, me pregunto para qué.

Al año siguiente murió Paco, de un infarto fulminante, en su cama. Poco después murió Marisa, de un cáncer de páncreas. Dos años más tarde Delia y Álex, que se habían conocido en un furgón policial, se estrellaron juntos en un accidente aéreo en Venezuela.

11

He soñado con Antonia tal y como fue una noche en una habitación de hotel, no podía haber más felicidad ni más belleza en su sonrisa ni entre sus muslos, con un vello azabache atravesado por dos rosáceas pinceladas verticales que temblaban como la luz del sol tras las montañas, antes de que despunte el día. Vi la hoja del cuchillo, un plateado filo de luna, inmóvil sobre la cama. De pronto se abrió por sí sola una herida en el costado de Antonia, y de ella empezó a manar sangre oscura y espesa. Sólo entonces el cuchillo se introdujo con delicadeza entre los ávidos labios de la herida. Luego apareció otro desgarramiento espontáneo en su cuello, y el cuchillo abandonó el costado y se trasladó a la nueva hendidura. Nadie empuñaba el cuchillo, se movía solo en el aire, como un ave rapaz. Así dos puñaladas más, otra en el cuello de nuevo y otra en el abdomen, donde una vez me corrí haciendo charco en su ombligo, sin penetrarla. Su cuerpo estaba salpicado de sangre; su cabeza, desplomada; sus labios, entreabiertos: pronunció mi nombre con acento francés. Miré las gotas de sangre, negras y amargas lágrimas como la pez, sentí ganas de recogerlas una a una con la lengua. Iba a acercarme a ella, cuando el cuchillo abandonó la última herida, se elevó, giró en redondo y se dirigió hacia mi pecho, donde sentí que ya se desgarraba la carne para hacerle sitio. Me desperté antes de que me alcanzara.

¿Fue así? ¿Fueron cuatro puñaladas, una en el costado, dos en el cuello y otra en el abdomen? ¿Fueron doce? ¿O una sola y artera en el corazón? No quise que Juana me diera detalles. Pobre Antonia. Toda su vida, tan sin fortuna, se acordó de mí, y a mí en cambio tuvo que recordarme Juana su existencia. Ni siquiera puedo ver su cara, y no tengo ninguna foto, así que con el paso del tiempo la he sustituido por la de Françoise Hardy (así es como la

soñé). ¿Y su voz? Tenía acento francés, claro está, pero no logro oírla —tampoco la de mi padre, y la de mi madre, sólo en canciones—, las voces se disipan, están hechas de viento y de humo, a veces regresan afiladas o retumbantes, en un sueño, para sobresaltarnos, dan mucho miedo. Es imborrable en cambio Antonia, lo sencillo que a su lado era todo. Voy a hablar con Juana. El otro día no tenía gran interés en los pormenores de su vida y de su muerte; ahora sí, creo que se lo debo, no me merezco librarme de saberlo, y Antonia tampoco se merece que yo mire para otro lado.

El doctor Felguerosa viene con ojeras y los labios agrietados, ojos brillantes y cierta dificultad para respirar, como si tuviera fiebre. Los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado le miran con reconvención, mi hijo pone un gesto afligido. Felguerosa ahora asegura que con la curva lo que tenemos que hacer es aplanarla, ya no hace falta que la doblemos. Aunque repite que no hay motivo de alarma, menciona una serie de medidas a las que califica de enérgicas, que mañana a las doce anunciará el presidente. O quizá el ministro. Puede que sea a las doce y media. No se sabe todavía. Con el esfuerzo de todos, dice, derrotaremos a la peste. Somos un ejemplo para el universo, nos explica, Ceilán está veinte veces peor, lo mismo que Indochina, el altiplano andino o la zona costera de Kansas. Los militares palidecen, mi hijo se tapa los ojos con la mano. ¿He dicho Kansas?, pregunta Felguerosa. Pues me he despistado, se disculpa: mi cuñada vive en Kansas City, por eso; allí tampoco van bien las cosas, pero Kansas no tiene mar, igual que Bolivia, aunque Bolivia sí tiene marina de guerra, qué curioso, ¿verdad? No es Kansas, concluye, sino el territorio del Yukón. Los dos tienen una k, por eso, lo mismo que vodka y kayak, que es una canoa de esquimales, fabricada con piel de foca...

Da la impresión de que Felguerosa haya estado empinando el codo. Vodka tal vez. Eso o que esté sometido a una fuerte medicación que le impide manejar maquinaria pesada y el uso del sentido común. Mi hijo le toca el hombro y consigue que interrumpa su fárrago como si despertara de un sueño.

—En efecto —afirma Felguerosa—. No tenemos ni un minuto

que perder, he de regresar a la primera línea de combate.

Sale con paso vacilante (y con mi hijo detrás) del escenario. Suena el himno nacional.

Estamos todos aturdidos, las Tres Gracias intercambian miradas de asombro (Belén), abatimiento (Nati) y rabia (Casilda), Benja mira fijamente su andador, como si esperara una respuesta del trasto, artilugio o vehículo —no sé si los andadores son vehículos, medios de locomoción o prótesis—, Nica, el chamarilero, se retuerce las manos y se mesa la blanca melena lírica, y Conchita se mantiene en posición de firmes, saludando con la mano en la sien a la tele en la que ya están poniendo anuncios. Salta a la vista: van a dejarnos solos. ¿A qué hora volverán? Cuando ya haya terminado todo. Vendrán a recoger los vidrios rotos, las vidas perdidas y los objetos personales sin propietario, incluso aquellos que sólo tengan «un valor sentimental», como se suele decir, el reloj parado de un padre, el collar de una madre, la estilográfica que me regaló Nica o el prendedor que se pone Vero en su turbante-toalla.

En la terraza de fumadores nadie se siente abrumado: no han visto la tele, ignoran qué clase de personas toman las decisiones, todavía se sienten protegidos o ya sabían hace tiempo que tenían que poner su vida en sus propias manos. Siguen echando migas de pan a los gorriones, fuman con ganas, a pleno pulmón, y más de una disipativa lleva en el bolso una petaca de licor. Sin miedo ni esperanza: por eso confío en ellos —desde luego mucho más que en las autoridades—, se encargarán de mantenernos unidos (entre nosotros y con el resto de la humanidad), de hacernos ver más allá, cuando el equilibrio desaparezca bajo nuestros pies. A lo lejos, las humaredas de la ciudad y la nube de miasmas que sobrevuela los tejados. Dicen que la gente escapa por la noche de la ciénaga y conduce en cualquier dirección hasta alcanzar el mar o un río caudaloso. Cualquier corriente de agua les vale. Algunos lo hacen a pie, dicen. Al otro lado, las severas montañas, el granito impasible de las cimas, el alegre robledal del monte bajo, con el viento que agita las hojas, y entre robles y algunos pinos, en algún lugar que no distingo, mi hijo con Joserra en la casa del padre. No, no es así,

Gonzalo aún no habrá tenido tiempo de llegar a Las Tajas, en esa casa estará Joserra solo. ¿Mirando en los cajones? ¿Poniéndose mis chaquetas? ¿Bebiéndose mi ginebra? A mí qué más me da, he salido dos veces de mi casa con dos maletas pequeñas.

Voy a La Carolina, a ver si Karla da señales de vida. Ni rastro, como si se la hubiera tragado la tierra. O estuviera en manos de ese rencoroso trabajador que exige ser amado. A lo mejor muy cerca, en el sótano o en el sobrado de una de estas casas de piedra, atada de pies y manos con cinturones o sogas, y amordazada con un trapo manchado de grasa. Puede ser cualquiera de los que pasan por el bar, a lo mejor lo he visto sin reconocerle, el de la ferretería, el que trabaja en la construcción y reformas de edificios, el repartidor del supermercado. Los miro a todos con detenimiento, para encontrar una señal que les delate. No veo nada sospechoso, ni siquiera sé qué estoy buscando. ¿Una mirada amenazadora? ¿Manchas de carmín en una caja de herramientas? ¿Un revelador tic nervioso?

El librito de Gorgias, publicado por Aguilar en Argentina, en 1980 (tercera edición, la primera es de 1966), sólo contiene unas pocas páginas de Gorgias, el resto son fragmentos de otros autores que hablan sobre él, con Platón a la cabeza, del que Gorgias dijo, después de leer el diálogo que lleva su nombre: «¡Cuán hábilmente sabe Platón escarnecer!». De Gorgias son dos breves discursos, el *Elogio de Helena* y la *Defensa de Palamedes*. Un alegato en favor de Helena de Troya y una apología, puesta en boca de Palamedes, para librarse del cargo de traición que le imputó Ulises. Juguetes retóricos, artefactos literarios, sin duda, algo semejante a que ahora alguien redactara un encomio de Mata Hari o una defensa judicial del capitán Nemo. Por eso se le considera (junto con Protágoras) el padre de los sofistas.

Gorgias nació en Leontini, al sur del valle de Catania, en Sicilia, hacia el año 500 a. de C., y parece que murió a los ciento nueve años; él atribuía su longevidad a que «nunca, a diferencia de los demás, he sido arrastrado por los placeres». A diferencia de los demás: qué mezquino suena quien es capaz de pronunciar esas palabras. Qué vida tan solitaria y triste la del engreído que es

distinto de todos los demás. Vivió más tiempo y sin duda se le hizo mucho más largo. Cuando le preguntaban cómo llegar a su edad en tan buen estado, solía responder una de estas dos cosas: la primera —ya lo ha dicho antes con otras palabras—: «No hagas nunca nada buscando el placer»; la segunda respuesta, más desvergonzada, era que había llegado a centenario gracias a «no haber hecho nunca nada por causa de otro».

Un tipo bastante presumido y desagradable.

Al parecer se presentaba en público con vestidos púrpura, cobraba a cada alumno cien minas (una mina equivalía a cien dracmas, y era una moneda de plata, según dice una nota al pie), erigió una estatua de sí mismo de oro macizo, en el templo de Delfos, y a su muerte «dejó sólo mil estáteras», que no debía de ser gran cosa, quizá menos de lo que le pagaban diez alumnos. ¿Tanto placer le daba contemplarse a sí mismo esculpido en oro, a la vista de todo el mundo? En ese caso, su vanidad debió de ser el báculo de su prolongada y mortecina vejez.

En cuanto a Helena, el discurso me entusiasma, no tanto por la bella y desdichada Helena, como por el brillante elogio del poder de la palabra.

> La palabra es un poderoso soberano que con un pequeñísimo y muy invisible cuerpo realiza empresas absolutamente divinas. En efecto, puede eliminar el temor, infundir alegría, aumentar la compasión.

Juego con Nica mientras las Tres Gracias reparten cartas, y de pronto oímos unos aullidos de animal moribundo o de perro rabioso. Vemos pasar por un corredor a una mujer desgreñada y en camisón, a toda velocidad. Parece la loca del desván huyendo del fuego. Nadie la reconocemos. A pesar de sus gritos, oímos el ruido de las uñas de sus pies al romperse contra el suelo, y también las de las manos que arañan la pared. El sonido da dentera. La persiguen dos enfermeras y hasta cuatro celadores. Se oye el disparo de un dardo narcótico, luego silencio. La imagen de su carrera, con el pelo blanco al viento, y con el grito de quien no tiene ni voz articulada nos deja a todos pensativos.

—Despreciaréis a vuestros padres en cuanto se hagan viejos y

les insultaréis con corazón de pedernal —dice Casilda, tal vez no sin motivo, imagino que dirigiéndose a las enfermeras y los celadores, a los médicos y a los administrativos de la residencia.

Eso imagino, porque ninguno de nosotros tenemos padres.

Nunca lo he hecho, pero era el momento de vaciar la copa de vino y rellenarla con discreción (y a discreción) de ginebra de la petaca, que le ofrecí al buhonero. Tapó su copa con la mano: No bebo destilados, dice, con una jactancia que estaba fuera de lugar.

No sabe usted lo que se pierde, pensé: el don de la ebriedad.

—¿Qué me dice de su hijo? —pregunta—. Buena le ha caído encima después de lo de hoy con Felguerosa.

—No sé de qué me habla.

—Música, música, música. He tenido noticias de Estados Unidos. También tengo allí mis pajaritos desplegados. Impecable expediente académico, lo admito, pero conducta desviada, ¿me comprende?

—Usted no sabe nada de mi hijo, así que tengamos la fiesta en paz, Nicanor.

—Discúlpeme, soy un hombre en busca de la Verdad —lo pronunció con mayúscula—, pero me pongo en sus zapatos, yo también tengo un hijo un poco tarambana.

Casilda quiso advertirnos algo:

—El que maltrate a un suplicante o se meta en el lecho de su hermano para unirse ocultamente a su cuñada recibirá una irradiación en su frente.

Apareció Conchita con una flor en la mano —una orquídea silvestre que tenía pinta de ser carnívora— y todos sentimos alivio de que no fuera ella la aulladora fugitiva aplacada por el personal sanitario. Incluso el buhonero la miraba como si Conchita hubiera resucitado de entre los muertos. Estábamos intranquilos, queríamos saber quién era, porque mientras tanto las que no estuvieran a la vista seguirían en el otro mundo. Por el mismo corredor vimos llegar una camilla vacía empujada por dos celadores; uno de ellos, el más cercano a nosotros, llevaba colgada del brazo una bolsa negra de plástico: aquella mujer se había convertido en un exitus, ya no estaba entre nosotros, esa negra bolsa era el único sudario

que tendría, y en cuanto cerraran la cremallera nadie volvería nunca a ver su rostro.

En el corredor, Ramona está barriendo grandes trozos de uñas partidas y limpiando la sangre del suelo y de las paredes. Nica y yo hemos dejado de jugar, igual que las Tres Gracias. Belén se restaña unas lágrimas que no ha podido contener. Nati no se mueve, todavía sujeta un naipe en la mano derecha, tiene los ojos cerrados. Casilda se pone de pie y hace uno de sus pronósticos:

—La mujer más delicada entre vosotras, la que por ternura no había posado la planta de su pie sobre la tierra, mirará con malos ojos a su esposo, a su hijo y a su hija.

Sé lo que está sucediendo, lo sabemos todos, están llevando la bolsa en la camilla hasta la puerta de atrás. Son los mismos celadores que he visto otras veces, el de la coleta y el pendiente, y el que tiene un tatuaje en el antebrazo (una sirena con cuerpo de pez de cintura para abajo y cuerpo de mujer desnuda de cintura para arriba). Hay prevenida una furgoneta con las puertas abiertas. Acercan la camilla y uno se pone a la cabeza y otro a los pies. A la de tres, dice el del pendiente: Una, dos y ¡tres! Levantan la bolsa a pulso y la depositan sobre el suelo de la furgoneta, luego cierran las puertas y devuelven la camilla al interior. Es lo mismo que hacen a diario con los grandes fardos de sábanas sucias para llevarlas a la tintorería.

Está anocheciendo, la luna brilla entre las hojas de mi dulce encina en flor. Vuelven los celadores y el del pendiente le ofrece un cigarrillo al de la sirena. Encienden los dos con el mismo mechero y suben a la furgoneta. No está permitido fumar en el vehículo, pero qué más da, no trabajan en un hospital, sino en una residencia de personas mayores. Conduce el de la sirena tatuada, no tienen prisa, van a entregar un paquete, quizá a un horno crematorio, tal vez a un depósito improvisado en una gran carpa como las de los circos, a lo mejor a un estercolero o puede que en una cuneta, como se hace en todas las guerras desde que el mundo es mundo. Todavía no sabemos quién es ella, pero sí que ha caído en lucha contra la peste. Merecería un ataúd cubierto con la bandera, tal vez una condecoración y sin duda una esquela en el

ABC. Mañana alguien de administración llamará a su familia para comunicarles la triste noticia. Les pedirán que en cuanto sea posible se pasen por la residencia para saldar las cuentas. En el camino de vuelta, los celadores tampoco tienen prisa. Se detienen en el primer bar abierto, se toman dos cubatas mientras ven la tele, y luego siguen adelante, aparcan la furgoneta y vuelven a su trabajo. En esta ocasión, a diferencia de lo que ocurre con los fardos de ropa de cama, no tendrán que volver a recoger el paquete al día siguiente.

Casilda nos ofrece un consejo:

—Bueno es coger de lo que se tiene y un tormento para el alma necesitar de lo que no se tiene.

Aparece entonces la doctora Eneko Robles, tiene la bata manchada de sangre. Viene a tranquilizarnos. Dice —con acento gallego, por más que sea, según creo, de Uzbekistán— que comprende nuestro dolor. No me lo creo, ¿por qué iba a entenderlo? Dice que tenemos que ser fuertes.

Y de pronto afirma que todos queríamos mucho a Juana.

12

Nada más despertarme recordé la sonrisa de Juana. No volveré a ver su cara ni tampoco la de Antonia (pensaba pedirle una foto de ella a Juana), que será para siempre, en mi álbum de amarillentas fotos, la de Françoise Hardy, sola por las calles del otro barrio, *l'âme en peine,* mientras *tous les garçons et les filles de mon âge* pasean cogidos de la mano, sin miedo al porvenir.

Me subleva que la última imagen de Juana sea su enloquecida carrera en camisón por un pasillo. ¿Siempre es así? La mayoría de las veces sí, y a nuestra edad casi siempre.

¡Ay muerte, muerta seas! Te llevaste a Antonia, borraste su cara, callaste su voz, cerraste sus ojos. Muerte malandante, me arrebataste a Juana, recién llegada a mi vida; muerte desmesurada, que nos haces morir a puñaladas, entubados, sedados, dementes, rabiosos, solos, dando gritos, llorando de cara a la pared, sin memoria y sin control de esfínteres. En cuanto tú llegas, muerte, cualquier vida —mejor o peor vivida— la derrama un mal viento, la deshace la lluvia o la consume el fuego. Dicen que por miedo a ti los santos rezaban los salterios, cosa que yo no pienso hacer: no te temo, pero detesto tu forma cruel de hacer las cosas, tu ensañamiento, ¿no es suficiente con morir? ¿Además hay que hacerlo con tanto dolor?

Te llevaste a mi madre con decoro, de un golpe súbito, mientras cantaba *La falsa moneda*. A mi padre en cambio no le ahorraste el sufrimiento, la humillación de no valerse por sí mismo ni el miedo que tuvo que pasar, durante los últimos dos meses, esperando un desenlace que él sabía inevitable. Quisiste que Catalina olvidara quién era, encerrada en un laberinto donde cada espejo en el que se miraba le devolvía la imagen de una desconocida diferente. Pusiste a Antonia en manos de un hombre

abominable que le amargó la vida y luego la mató a puñaladas. Hiciste que Juana huyera de ti a la vista de todos como una loca de atar. El microbio, la miasma, el patógeno o lo que narices sea que extiende la plaga, no eres sino tú, muerte enmascarada, que te has propuesto despoblar el planeta con el mayor daño posible. Como el buen arcipreste, que recorrió aquellas grises y azuladas montañas y sembró avena loca ribera de Henares, sólo puedo decir: ¡Ay, muerte, muerta seas!

En la sala de la tele hay cierta agitación: el doctor Felguerosa ha contraído la peste, está hospitalizado. Mi reacción espontánea —egoísta, por supuesto— es preguntarme si habrá contagiado a mi hijo. Llamo a Gonzalo, pero no me contesta. Luego siento lástima por Felguerosa, por su jersey de punto, por esa mano metida en el bolsillo del vaquero y hasta por aquel examen de Civil que él sabe que nunca aprobará. Suena el himno nacional y aparece el presidente del Gobierno, rodeado de generales con uniforme de gala.

Hace quizá diez legislaturas que no sé el nombre ni reconozco la cara de ningún presidente. Todos son iguales, vacuos, enfáticos y no pocas veces elípticos. Este se parece a los Madelman que le regalaba a mi hijo. Eran unos muñecos de plástico con calzoncillos y camiseta pintados a los que se le podían poner varios uniformes. Estaban el bombero, el esquimal, el policía montado del Canadá, el submarinista y otros muchos. Ahora también hay un Madelman Presidente, que nos anuncia que vivimos momentos graves y que tenemos que defendernos contra el enemigo invisible. Por tanto ha decidido declarar el Estado de Guerra y Catástrofe, con las siguientes medidas: toque de queda a las diez la noche, prohibición de consumir de pie en las barras de los bares, obligación de dormir de medio lado, para no exponer ambos oídos al ejército enemigo, y prohibición de transportar en la vía pública alimentos a la vista. El incumplimiento recibirá sanciones que irán desde la multa de seiscientos euros a la reclusión perpetua o la pena de muerte, vigente desde la declaración del Estado de Guerra y Catástrofe, y que la jurisdicción militar no dudará en aplicar a todos los ciudadanos, que a partir de ahora han sido militarizados. Por el

mismo motivo, dice el Madelman, se autoriza a la población a abatir gorriones dondequiera que los encuentren y con las armas que tuvieren a su alcance.

Esta licencia para matar enardeció a gran parte de nuestra pequeña sala de televisión. Nica, el mercachifle, se puso en pie para hacer un saludo militar; Conchi lagrimeaba con emoción, las Tres Gracias se abrazaron. Hay demasiadas personas a las que les entusiasman la mano dura, las prohibiciones y los castigos, y que les animen a destruir algo con impunidad, aunque se trate de pájaros de tamaño reducido. A otras en cambio nos asusta y nos llena de melancolía: Benja temblaba agarrado a su andador con una sola mano y el otro brazo en alto, Ramona se llevó las manos a la cara, yo le di un prolongado trago a mi petaca de ginebra.

Al presidente Madelman todavía le quedan medidas por anunciar: salvo en el domicilio, es obligatorio taparse un oído, el que cada uno elija, y se permite alternar de oído a voluntad. Podrá hacerse con algodón, tapones de cera o de goma, bufandas, orejeras o auriculares. Con esta sencilla medida reducimos de inmediato el riesgo de contagio al 50 %, afirma, con gesto de singular astucia. Suena a errático razonamiento de Felguerosa. Para nuestros mayores, añade, será suficiente en la mayoría de los casos con sus propios audífonos, que además de permitirles escuchar, se convertirán en escudos protectores, y sin ningún desembolso adicional, señala, con una sonrisa pícara. Luego nos asegura que, en cuanto desciendan las temperaturas, la plaga desaparecerá por sí sola. Esta guerra la vamos a ganar, nos promete, y los generales asienten con orgullo. Ahora estamos unidos y por eso ya somos cada día más fuertes, insiste. Benja parece consternado, bien por las medidas presidenciales, bien como consecuencia del extenuante abono que tiene contratado con Silvia. Nica celebra que por fin alguien haya tomado las riendas. Me invade la tristeza. Demasiadas personas esperan que un hombre de acción decida, aunque decida insensateces. Si el presidente hubiera ordenado invadir Córcega de inmediato, se habrían sentido en buenas manos, y no se preguntarían qué tendrá que ver esa acción militar con el control de la peste. Nos merecemos lo que nos

pase. Nati nos advierte de que a Felguerosa no le pasará nada: esta peste sólo mata a los viejos y a los pobres, los que no tenemos utilidad.

Puede que tenga razón, nos han dejado solos, así que tendremos que cuidar los unos de los otros.

Salí a fumar. Mi pueblo sin nombre es platónico, pero la terraza de fumar es insurrecta y nihilista, nadie ve la tele ni se cree nada, dan de comer a los gorriones, no llevan taponado ningún oído y beben a escondidas. Algunos cantan a media voz contemplando las montañas. Reme tiene una petaca de ron y mira a lo lejos por si viene su difunto marido a buscarla, Baldomero pasea de una punta a otra con su bastón y un puro, Milagros y Elías se besan en un rincón, y se meten mano por encima y por debajo de la ropa. Confieso que me dan envidia. Elías es mayor que yo, tiene unas orejas enormes, parecen de cartón, la nariz también ha sufrido un crecimiento desordenado, así que conjeturé que la polla debe de haberle llegado hasta las rodillas, con el inevitable problema hidráulico de las personas mayores: cuando por fin alcanzas los legendarios veinte centímetros, ¿cómo vas a levantar eso a tu edad? Milagros es redonda, con cara bondadosa y el pelo blanco recogido en un moño, como si hubiera pasado toda la vida horneando galletas en su granja de Missouri.

Tengo la sensación de que ninguno de ellos ha salido nunca de la terraza, de que viven allí, igual que otros residentes no abandonan su habitación. Pasarán la noche en los sillones, al raso, vigilados o protegidos por las frías estrellas, en ese mundo fabricado a la medida de sus deseos. A veces me dan ganas de quedarme con ellos, vivaqueando en su campamento improvisado, protegiendo la alegría sin miedo al peligro ni a la muerte.

Uno no puede dejar de leer aunque sean los papeles rotos de las calles, y encontré un periódico gratuito en un sillón, y leí un titular:

> Jaime Peñafiel y su mujer con síntomas de la plaga: «Creo que una persona del servicio nos ha contagiado».

En la digamos noticia se afirmaba que el apolillado periodista

y su alcanforada esposa empezaron a encontrarse mal en su finca de Toledo, y lo atribuyeron de inmediato a «una persona del servicio», igual que si en un restaurante les hubiera sabido rara una sopa, no dudarían de que el camarero había escupido en sus platos. La pareja abandonó aquella casa tomada (y los caballos, la gran pasión de Peñafiel): «Nos hemos venido corriendo a mi residencia de Madrid y aquí ya estamos ella y yo solitos».

Es decir, a salvo del servicio, el enemigo, el fantasma que recorre Europa.

Este individuo Peñafiel es, según parece, un periodista «especializado en casas reales» que fundó la revista *¡Hola!* y que compró una finca cerca de Talavera de la Reina «para poder disfrutar de mi gran pasión, que son los caballos». ¡Disfrutar de los caballos, su gran pasión! Es en todo caso un señor que sabe, como todos los señores, que sus enemigos siempre son quienes están a su servicio.

Yo habría pensado lo mismo que él. De hecho lo pensé. Fue Tina la que destruyó mi matrimonio, fue ella la que me extorsionó, y fui yo el que tuvo que defenderse. Eso pensaba. Ahora ya no estoy tan seguro. ¿No fui yo el que destruyó mi matrimonio por un ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo? ¿Quien dejó sin trabajo a Tina? ¿Quien pagó su indemnización a cambio de acostarse con ella? Entre ella y yo, ¿quién tuvo que defenderse? Tal vez los dos, pero lo que no tiene duda es que hay una guerra —aunque se combata con las luces apagadas— entre el fantasma que nos ayuda en casa y los propietarios de la casa, entre los que llaman «creadores de empleo» y los empleados, entre los que tienen y los que no tienen. Lo comprendo sólo ahora, cuando —aunque siga siendo bastante rico— mi edad y mi salud me han arrojado a la intemperie, entre las prescindibles personas mayores, los disipativos, mis compañeros, mis semejantes.

Me cansé de Tina, esa es la verdad. Me sentí agobiado por la calle Sargento Barriga. Desconfiaba de ella, me daba miedo la pobreza (ya sabemos que es tan contagiosa como la plaga), me avergonzaba su vulgaridad y me asustaba su ambición, que me parecía irreal, sin toma de tierra. ¿Y la mía? ¿Acaso no me había

hecho muy rico, con ayuda de mi mujer? ¿No había sido mi deseo más acuciante? Me pregunto quién fui entonces, quién soy ahora y quién quiero ser mañana. ¿Podemos cambiar? ¿Estamos en manos del carácter o del destino?

De eso trataba el libro de bolsillo que compré en La Maliciosa. Me interesa la inmovilidad del carácter, «el que tiene carácter tiene también una experiencia que siempre vuelve». Eso dice Walter Benjamin, y por lo tanto su destino es constante, lo que equivale a no tener destino. El que tiene destino avanza como una flecha lanzada hacia una diana, y está siempre en movimiento. El carácter es como lo que en la tele llaman una comedia de situación, como *Cheers* o *Friends:* un escenario en el que a cada personaje le vuelven a pasar las mismas cosas, lo que exige su carácter. O como un tebeo de Mortadelo y Filemón, que llevan medio siglo sin avanzar hacia ninguna parte, donde Mortadelo siempre es idéntico a sí mismo, igual que Filemón, y a todos les suceden las mismas peripecias una y otra vez, las que reclama su carácter, el profesor Bacterio inventa algo que nunca funciona y luego estallará, el superintendente Vicente se lleva grandes porrazos y Mortadelo, con un nuevo disfraz, siempre consigue meter en líos a Filemón. ¿Y el destino? El destino son, por ejemplo, santa Teresa y Catilina: yo nací para convertirme en santa; pues yo para volverme conspirador, tiene que haber gente para todo. ¿Qué he sido yo? ¿Un personaje con carácter o con destino? ¿He sido siempre el mismo —sin otro destino que mi carácter— o he cambiado para alcanzar mi destino? Eso es lo que intento averiguar escribiendo, o como decía el inolvidable David Copperfield: si he sido el protagonista de mi vida o sólo un actor secundario en ella es lo que pretendo descubrir escribiendo estas páginas.

No veo a Karla ni en La Carolina ni en el Maype. Estoy preocupado. Por otra parte lo comprendo: si yo tuviera encerrada a Karla en un sótano (o en un desván), amordazada y maniatada, tampoco la dejaría escapar. Los vecinos del pueblo llevan un algodón en un oído, los virtuosos fariseos —turistas, empleados de banca y algún farmacéutico— llevan taponados los dos, lo que les autoriza a mirarnos a los demás por encima del hombro. Hay muy

pocos gorriones y se oyen disparos cerca. El *Passer mendicus,* gracias a las instrucciones militares del presidente, está al borde de la extinción. Nosotros también. Habría sido preferible, más provechosa y más divertida la invasión de Córcega.

Chus, la dueña del bar, está hablando con Alfonso y otros parroquianos. Alfonso dice que no siente miedo. Lo que tenga que ser, será, añade, sentencioso. Chus responde:

—Da lo mismo, esta vida es un cine del que nos echan a todos antes de que termine la película. Nos vamos siempre sin llegar a ver el final de nuestra propia vida.

Estoy tan de acuerdo con ella que pido otra copa. Pienso que Chus tiene razón, salvo que se trate de un personaje de destino. La vida de un personaje de carácter no tiene desenlace. Los personajes de destino viven para clavarse como flechas en el blanco, y mueren con una vida cumplida, después de que salga el *The End*. Una vida de santa o una de conspirador. Algunos se quedan sentados en el asiento para ver los títulos de crédito, un escritor que espera a recibir el Nobel para morirse, el papa Wojtyla o Rudolf Hess en Spandau.

¿Mi vida? Cuando pueda ver al mismo tiempo el pasado, el presente y el futuro, comprenderé quién soy, y si he sido siempre la misma persona (mi carácter) o si he tenido que transformarme en una dirección (mi destino).

Volví a casa con dos botellas de ginebra, un salchichón, un cartón de tabaco y una novela negra para Conchita, *El cartero siempre llama dos veces,* de James M. Cain.

Nica se presenta con una escopeta al hombro, el tablero, las piezas y el reloj. Me dice que lleva abatidos más de treinta enemigos voladores. Gorriones, un pajarito, un *passer, deliciae meae puellae*. Le felicito. No sé si sentirme orgulloso, responde, pero cumplo con mi deber. Tiene un gesto afligido. Me encuentro de pronto en presencia de un recluta de dieciocho años, de Little Rock, Arkansas, que vuelve de permiso de Vietnam. Ha entrado en combate, han tomado una aldea en la que no había ningún soldado del Vietkong, sólo mujeres y niños contra los que ha disparado obedeciendo órdenes, luego han quemado todo con lanzallamas,

viviendas, huertos y cadáveres, y ahora se pregunta para qué ha estado allí, de qué ha servido, por qué tiene que volver otra vez al infierno mañana, cuando se acabe su permiso, sabiendo que ya es, desde hace tiempo, una guerra perdida. Siento lástima por él. Me gana con negras, una siciliana. Casilda se pone de pie, con las cartas en la mano izquierda, y nos aconseja:

—¡No queramos más vivir!

Nica mueve el peón de rey y yo también, y jugamos una italiana, y le gano. Nos damos la mano y ambos decimos: ¡Bien jugado! Se despide, imagino que tendrá que ir a limpiar su arma y prepararse para volver al frente.

—Estáis muertos —nos revela Casilda—. Qué manera de estarse muertos. Cualquiera diría que no lo estáis. Pero, en verdad, estáis muertos.

El buhonero se vuelve hacia ella. Tiene la cara enrojecida, no sé si de rabia, de miedo o de vergüenza. Luego se da media vuelta y se aleja cabizbajo.

Veo venir a Conchita con su flor (¿de dónde las saca?), me da un beso en la mejilla y se sienta a mi lado. Me parece que es una siempreviva. Le entrego el libro. No lo ha leído, me dice, pero ha visto la película. Es mucho mejor la novela, le respondo. Ha estado hablando con el capitán Melchor, que sigue expulsado de su cuerpo, y le ha dicho que él aprobaría nuestra relación, siempre que se limitara a un asunto terráqueo, hasta la muerte pero ni un paso más allá, porque él la está esperando en ese cielo tan acogedor, especial para españoles. Miro sus manos y sus brazos de piel blanca de la que sobresale una maraña de venas azuladas, miro sus pechos desplomados (ha venido sin sujetador) y los pezones oscuros que se transparentan a través del vestido de organdí, de muselina o de lo que sea, miro sus tobillos hinchados y sus muslos gelatinosos, y le digo que tenemos que hablarlo con calma.

Erguida, altiva, con su toalla de baño, turbante o baciyelmo, irrumpe Vero con su partitura. Esta vez me lo pone muy fácil desde las primeras notas. Es la quinta de Beethoven, le digo a Conchita, y los dos escuchamos la música muda cogidos de la mano.

Casilda nos advierte:

—Miradme bien, miradme sin miedo, porque vendrá la muerte y tendrá mis ojos. Y mis ojos serán una palabra inútil, un remordimiento, una esperanza arrojadiza. Descenderemos todos juntos al abismo.

Ojalá sea así. El abismo nos espera, pero no sin mis semejantes. No sé cuántas veces he visto representar *Don Juan Tenorio,* sin duda decenas, pero siempre he dado un respingo, en el cuarto acto de la primera parte, cuando don Juan implora al comendador para que no le impida llevarse a su hija, doña Inés:

Míralo bien, don Gonzalo;
que vas a hacerme perder
con ella hasta la esperanza
de mi salvación tal vez.

La respuesta del comendador es para mí la más nítida expresión de la sombría maldad, hasta hoy, de los católicos de mi país:

¿Y qué tengo yo, don Juan,
con tu salvación que ver?

Todos estamos implicados, todos tenemos que ver con la salvación o la condena de cada uno de los demás. Si no fuera así, ¿qué sentido tendría nuestra existencia?

13

Ya es otoño, por más que siga haciendo primavera. No tengo ninguna fe en la aseveración del presidente: ni los microbios ni las bacterias ni los virus ni las miasmas ni los patógenos desaparecen con el frío, como si fueran veraneantes. En cambio a mis huesos del siglo pasado, quebradizos como ramas de pino podridas, no les sientan bien las lluvias ni el viento. Sobre todo a los de las caderas. Por mí que no cese esta piadosa primavera tardía.

Hemos tenido otros dos exitus, ambos el mismo día. Por la mañana le tocó a Vero, la directora de orquestas fantasmales. Todos recordamos entonces algo a lo que no habíamos dado importancia: hacía tres días que tenía dos bultos, uno a cada lado del cuello. Eran los célebres bubones de la peste medieval. La orgullosa e inverosímil Vero que arrastraba su cadera dolorida, muy derecha, sorda como una tapia, con la cabeza muy alta y el turbante-toalla, y cada tarde nos ofrecía un concierto inaudible que recibía nuestros agradecidos aplausos, que ella tampoco podía escuchar.

Al anochecer le llegó el turno a Remedios, una de las más simpáticas disipativas de la terraza de fumar, a la que tuvieron que sacar del armario en el que se había encerrado a causa de la fotofobia. Reme fumaba tabaco negro y bebía ron de una petaca; más de una vez me ofreció un trago, más de una vez lo acepté. A la puerta de su habitación quedó su maleta hecha, a la espera de que su difunto marido la viniera a buscar, en cuanto acabaran las nevadas y los maremotos.

Los dos celadores habrán estado ocupados. El del pendiente se llama Benito; el del tatuaje, Matías, y tiene acento argentino. No se sabe cuántas bolsas de plástico negras habrá en estadios de fútbol, descampados y fosas comunes. Las lanzan al hoyo con palas

excavadoras. Ayer cerraron la capital, nadie puede entrar ni salir, nadie sabe lo que pasa allí. Dicen que la ciudad está sellada con una valla metálica y en lo alto unas bobinas de alambre con cuchillas en espirales flexibles, las llaman concertinas por su semejanza con un acordeón pequeño. Muchos apestados, perdidas ya la cabeza y el uso del lenguaje, recorren las calles desiertas a cuatro patas, aullando como lobos. Algunos intentan trepar la valla, pero se ensartan en las mortíferas concertinas. La mayoría se enfrenta a los perros asilvestrados y muere a mordiscos. No hay suministros, escasea el agua potable y un gato se paga a doscientos euros. Claro que ¿para qué sirve el dinero si no queda nada que comprar?

Me pongo un trozo de algodón en el oído izquierdo —qué más da, es por el que casi no oigo nada— y bajo, por inercia, a la sala de la tele. Felguerosa se está recuperando y aseguran que pronto se reincorporará a su puesto de combate en la primera línea. Comparece un tipo taciturno y atribulado, con gafas y flequillo, que bien podría ser el profesor de Civil de Felguerosa, y a quien le gustaría aprobarle por fin su asignatura de segundo, pero con Felguerosa no hay manera, no da pie con bola. Parece sensato y habla claro y con corrección, a pesar de ser ministro.

—La situación es mucho peor de lo que creíamos. Según nuestros datos hemos sobrepasado la cifra de setecientos muertos diarios. El sistema sanitario está sobrepasado. No sabemos casi nada de la enfermedad ni de su tratamiento. Uno de cada veinte hospitalizados sobrevive, pero todavía no hemos podido determinar por qué. En fin, en vista de lo visto, nadie lo vimos venir.

Me resulta tranquilizador escuchar a un político diciendo la verdad, por muy dramática que sea.

No veo miedo en el pueblo, sino cansancio y resignación. Tampoco veo a Karla. He comprado un libro de bolsillo, *De lo sublime,* de un tal Longino, que me sonó a nombre de reloj, pero es un viejo cascarrabias que no soporta la cultura de su tiempo, como yo, y denuncia en Roma, en el siglo I, que ya no se escriban obras sublimes como las de Homero, Platón o Safo. Incluso a Homero le

pone reparos:

> Escribió por entero el texto de la *Ilíada* en la flor de su inspiración, rebosante de dramatismo y acción envolvente, mientras que la *Odisea* se va en pormenores en su mayor parte, lo cual es típico de la vejez.

Bueno, Longino, lo típico de la vejez es tu rabieta, lo digo por experiencia propia: también pienso que ya no se escribe como antes, que todo son paparruchas, que los jóvenes de hoy han debido de ser lobotomizados en hospitales subterráneos, que la comida ha perdido sabor y que hasta las mujeres ya no son tan atractivas como antes, que les falta... diríamos «suculencia», si la palabra existiera.

Contrapone Longino la belleza, que está al alcance de cualquiera de los autores de su tiempo, y del mío, a lo sublime, que sólo han expresado unos cuantos clásicos.

Será la edad, pero concuerdo con él. La belleza es demasiado vulnerable, la amenazan, entre otras circunstancias, el paso del tiempo, el cambio de costumbres, el lugar de residencia y por supuesto los encantamientos de hechiceros, brujas y malandrines. En mis años de juventud tuve una aventura fugaz con una alemana. Se llamaba Gertrud. La conocí en Toulouse, adonde fui desde París, después de estar con Antonia. En aquellos día lejanos sólo se tatuaban los legionarios, los convictos y los marineros, pero ella tenía una pequeña rosa de tinta cerca del pezón izquierdo. Sería de Hamburgo, puerto de mar. Nos volvimos a encontrar en Barcelona (otro puerto de mar, por cierto), cuarenta años más tarde, y en la habitación de hotel le pedí que me enseñara otra vez la diminuta rosa. Mientras se desabrochaba la blusa, con lágrimas en los ojos, me dijo que había sufrido mucho en esta vida. Lo que me encontré en su fláccido pecho fue una borrosa hortaliza, no supe si era más bien coliflor o quizá repollo. Eso es lo que el tiempo hace con la belleza, tanto en el cuerpo como en cualquier obra de arte que sólo exprese indefensa belleza. Volvió a abrocharse la blusa y la invité a cenar, y le di un beso de despedida. En cuanto al cambio de costumbres, diré que a mí me

gustaba la música pop de los setenta, hasta que un buen día Catalina me hizo escuchar un cuarteto de Mozart. La belleza musical a la que me había acostumbrado se desmoronó como un castillo de naipes ante el soplido de lo sublime. En cuanto al domicilio, nunca considero bello el lugar en el que vivo, la belleza la encuentro donde paso un fin de semana o donde voy de vacaciones, porque la belleza es un fraude venial: si me fuera a vivir a ese pequeño pueblo en el que pasé un fin de semana, ¿no desaparecería su belleza? También el encantamiento puede crear y destruir la belleza, convertir a Dulcinea en Aldonza Lorenzo o un cuadro de Miró en estampado de cortinas de ducha. Y si no hubiéramos sido víctimas del hechizo de críticos literarios malandrines, ¿quién se habría tragado esas novelas experimentales de los setenta?

Lo sublime en cambio es invulnerable:

> Lo maravilloso y sobrecogedor siempre vence a lo que apunta sólo a persuadir y complacer. Porque la persuasión depende de nosotros mismos, mientras que el poder y la fuerza de lo sublime se impone sin resistencia a todo el auditorio.

Y añade pocos renglones después: «Lo sublime que irrumpe en su sazón devasta como un rayo todo lo establecido». Yo añadiría que lo establecido es precisamente la belleza, porque a lo que se llama bello no es otra cosa que lo convencional. Cuando suena lo sublime de Mozart, mi admirado Duo Dinámico se queda en silencio.

Si tuviera que dar un consejo, cosa que nadie me ha pedido y a la que nada me autoriza, sería este: que no os engañen, la actualidad es la enemiga de la cultura. La belleza está indefensa, no puede ayudarnos. Buscad protección en lo sublime: la sinfonía 41 de Mozart, la poesía de Catulo, las tragedias de Esquilo, la sexta partida de Fischer contra Spassky, el teorema de Gödel, la pintura de Velázquez, las obras de Shakespeare o, por qué no, los huevos fritos con patatas, que son un clásico perdurable por encima de cualquier novedad gastronómica que pretendan imponernos.

Atrevámonos a lo sublime, en lugar de conformarnos con lo

bello.

La verdad es que me interesa la breve diatriba del cascarrabias de Longino, que además tiene un agudo sentido del humor.

No me atrevo a preguntar por Karla, porque no sé cómo se llama, tendría que describirla, lo que delataría mi indecorosa esperanza de acostarme con ella. A los viejos verdes nadie nos compadece, ni falta que hace.

No fui compasivo con Tina. Cuando tomé la decisión, eché las cuentas y saqué en ventanilla la cantidad necesaria para cubrir la supuesta indemnización. Era poco dinero a cambio de librarme de ella. Después de comer —y echar un polvo en mi hotel—, la llevé de vuelta a Sargento Barriga. No quería entrar otra vez en aquella vivienda, le propuse tomar una copa y me llevó a una explanada sin asfaltar a la que llamaban plaza, sin árboles ni fuente ni farolas ni columpios para los niños. Había dos bares, nos sentamos en el Basi (donde le cogían las llamadas), que tenía mesas y sillas de tijera en el exterior. Nos atendió el propio Basilio, al que Tina no juzgó adecuado presentarme. Saqué el sobre con el dinero y lo puse sobre la mesa. Es el resto, dije, en total un año de sueldo. Ella lo metió en su bolso. ¿Así que se acabó?, dijo. No se produjo ninguna reacción de las que esperaba: ni protestas ni reproches ni insultos ni llantos. No hubo nada personal, era un acuerdo —quizá más mercantil que laboral— que rescindimos a satisfacción de ambas partes. No nos dimos la mano ni brindamos. ¿Era yo el que se libraba de ella o al contrario? Ambas cosas, sin duda. Le pregunté por el pintoresco nombre de la calle. Me contó que el sargento Valeriano Barriga, guardia civil, tenía atemorizado al barrio, que consideraba de su propiedad, bebía gratis y tampoco pagaba en ninguna tienda, abusaba de las mujeres, cobraba a cambio de protección, en fin, una buena pieza, hasta que Ríos Romero, un joven héroe de extrarradio, tuvo que matarle a tiros en esa misma plaza. Alguien tenía que hacerlo, dijo Tina. Y Ríos Romero pagó el precio, le dieron garrote en 1966. Aquí conocemos bien a los sargentos Barriga, concluyó: Y también a los que no tienen más remedio que pegarles un tiro.

No me di por aludido.

La acompañé hasta la puerta de su casa. No nos tocamos. Me avergonzaba ya ese último polvo avaricioso, mis ganas de rebañar el plato, de llevarme algo gratis antes de pagar la cuenta, como quien esconde en la maleta el jabón y la toalla antes de salir del hotel. El frágil sol del ocaso se escondía tras una cordillera de escombros, naves industriales y vertederos humeantes. Era un momento solemne, el punto de contacto entre lo material y alguna fuerza extraña que, sin ser viento, levanta por los aires briznas de hierba, recuerdos penosos, granos de arena, deseos ocultos, hojas muertas en remolino y esa dolorosa —y casi siempre interesada— nostalgia de uno mismo.

No he vuelto a saber nada de Tina. Tampoco he hecho el más mínimo esfuerzo. Me fui a vivir a Las Tajas y me olvidé de ella.

En el álbum de tapas rojas debe de haber alguna foto suya. Lo escondo en el armario, para que no lo vea Catalina desde su cielo, su nada o su tumba al borde del mar y entre naranjos. Son fotos en blanco y negro. Aquí está Antonia, en la habitación del Bonaparte, con el rostro dulce y triste de Françoise Hardy. Debió de tomar la foto alguien del servicio de habitaciones. Podría ser un fotograma de una película de Godard, y también, por la longitud del cuello y de las piernas, un cuadro de Modigliani. Recuerdo sus muslos interminables y sus posturas que sólo parecían practicables para un crustáceo o un insecto de cuerpo diminuto y extremidades numerosas y larguísimas, no paraba quieta; desnuda, cruzaba las piernas, las alzaba hacia el techo, las separaba; boca abajo las movía hacia los lados y hacia arriba, se cogía los tobillos con las manos y extendía brazos y piernas hacia los cuatro puntos cardinales. Tenía algo de hermosa araña tejiendo una red en la que yo iba a quedar atrapado, si bien ya estaba deseando abalanzarme sobre ella. Así aprendí el arte de la espera, y después algo más: el arte de la elipsis. Nos saltamos lo que en apariencia era lo más importante. No sé quién decía: Escribe un cuento sobre un árbol y, cuando lo termines, quita el árbol y verás que el relato tiene ahora más sentido y más misterio. Eso hicimos, nos libramos del árbol para irnos por las ramas, alegres como pájaros.

La siguiente foto está borrosa, en otra habitación de hotel. Tendida en la cama está una robusta alemana. Es Gertrud. No se le ve el tatuaje de la rosa, se incorpora y se pone a cuatro patas. No sé lo que espera de mí, me pongo también a cuatro patas sobre ella, *more ferarum,* y se la meto en la vagina. Se revuelve, no es eso lo que quiere. Por complacer, se la meto por el culo. Es trabajoso, no hay lubricación, hay que vencer la resistencia de un obstinado esfínter, pero yo era joven entonces, no me costó tanto. No puedo decir que no me gustó —me corrí—, pero sí que no me gustó que me gustara: el mayor placer, lo supe en ese mismo momento, procedía del dominio, de la sensación violenta y embriagadora de poder. ¿Y qué placer buscaba ella? ¿El de ser dominada? ¿O algo tan alambicado como el placer de forzarme a hacer eso? Hay otra foto en el baño de la misma habitación de hotel. Estoy desnudo en la ducha, disgustado, enjabonándome la polla, me siento sucio y estafado, al fin y al cabo la he metido por donde ella expele a diario su caca tudesca, sus heces portuarias de Hamburgo, la mierda elaborada a partir de arenques en salmuera y ensalada de col. Tristes fotos que por fortuna amarillean en su álbum, trabajos de amor perdidos, prólogos que preceden a la gran novela de mi vida, que eres tú, Catalina. A lo mejor sólo escribo para ti, que ya no existes, por mucho que yo te siga queriendo.

¡Ay, quedaba otra foto! Se ha desprendido y ha caído sobre la mesa. Habría preferido no verla, pero aquí está, dormida en otra habitación de hotel, el Mindanao, su cabeza reposa en mi hombro —infiel, eso no hace falta decirlo—, tiene los pies muy juntos, respira muy despacio; tras los párpados, sus ojos se mueven como si en su sueño estuviera buscando algo, una llave perdida, una moneda, un recuerdo de su infancia. Ahora bien, está guapa, eso no te lo niego, Cati (y tú también lo sabes), tenía unos labios dibujados con acuarelas, de contornos difuminados, ojos oscuros y un cuerpo de funámbula en la cuerda floja, con las nalgas y los pechos en suspensión, ingrávidos pero voluminosos. Y dormía a mi lado como si fuera feliz. ¿Que si la quise? Durante menos de dos semanas sí, Cati, pero a ti te quiero todavía, más que nunca, aunque hayas sido aniquilada hace décadas. Si a eso vamos, el

amor tampoco existe, Cati, mi amor, mi sol de invierno, mi fugaz, inolvidable flor morada de cantueso. Por eso te dejo ver mis álbumes escondidos, para que sepas quién soy. ¿Para eso escribo? ¿Para que una mujer muerta sepa cuánto la quiero? ¿Para que me perdone? ¿Acaso no hay personas que rezan a un dios inexistente? ¿No le cuentan sus pesares a ese dios al que nunca han visto y que jamás les responde? Por lo menos a mí me consta que Catalina ha existido, la he tenido entre mis brazos.

Hay desaliento en la residencia. Benja se estremece como si su andador fuera una batería y hubiera puesto una mano en cada polo. Escopeta al hombro y gorra de caza, Nica vuelve de su Vietnam (o del Congo o de Afganistán o de las Malvinas o de las guerras carlistas o de la de Troya) después de haber visto —y hecho— cosas que ninguno de sus semejantes podrían comprender ni perdonar. Las Tres Gracias reparten cartas con desánimo. Con manos temblorosas, Conchi me entrega otra de sus flores, a lo mejor es una anémona crepuscular, lo digo por los pétalos morados y azules. Juego con negras y el mercachifle sale con el peón de dama. Detesto las aperturas de dama, me parecen propias de jóvenes precavidos, que se masturban en un calcetín y algún día aprobarán unas oposiciones. Avanzo mi peón de alfil, una defensa Benoni. Nati ha vuelto a perder, siempre entre dos aguas, en el *mezzo termine,* en la inhóspita tierra de nadie. Nica captura mi peón, tal y como yo quería. Debería haber avanzado el suyo, ahora me facilita las cosas. De pronto Casilda se pone en pie y todos sentimos aprensión, a ver qué barbaridad nos va a soltar.

—Por los que ya no están entre nosotros, nos merecemos un guateque.

—¿Guateque? —pregunta Benja.

—Sí, un guateque, eso he dicho. Un poco de alegría. Una fiesta, una cuchipanda, francachela, juerga, como lo quiera usted llamar, Benjamín. Unos tragos, música, baile, aperitivos, en la terraza de fumar, mirando a las estrellas. Se lo debemos a los que ya no están y también a nosotros. El mundo sigue andando. ¿Quién se apunta?

Sorpresa, el primero que levantó la mano fue Benja. A lo

mejor fue sin querer, el brazo se le levanta como un resorte. Luego, poco a poco, nos sumamos los demás. Casilda nos dijo que ella y sus amigas se encargarían de organizarlo todo, de obtener el permiso del director y de invitar al resto de los residentes y al personal, y preguntó quién tenía algo que aportar.

—Unas cuantas botellas de ginebra y un salchichón —ofrecí.

Benja dijo que disponía de tres latas de anchoas, una caja de serpentinas y dos bolsas de cacahuetes; Nica, un bote de pepinillos en vinagre y una botella de orujo casero, destilación ilegal, clandestino, sin etiquetas, esto debía quedar entre nosotros; Conchita, yemas de santa Teresa y mazapanes, y también podía traer adornos florales; las dos mujeres que siempre se sientan juntas sin dirigirse la palabra entre ellas ni a nadie más hablaron por primera vez, la más alta contaba con dos latas de fabada Litoral, media docena de Miguelitos de La Roda y una botella de anís; la bajita, una bolsa pequeña de marihuana, cinco de patatas fritas y una garrafa de vino de pitarra. Y así cada uno pusimos para el guateque el contenido del único armario con llave que tenemos en nuestra habitación, en el que protegemos los tesoros, como si abriéramos a los demás nuestro corazón para ofrecérselo.

Ya no había desánimo, estábamos felices. Gracias a Casilda. Sólo con planearla, la fiesta ya estaba en marcha.

14

Estaba a la orilla del río, en el cauce medio que ya conocía, cuando un caballo dibujado por mi hijo sale al trote de la página del cuaderno, se acerca a mí, se detiene a mi lado y relincha —a mí me pareció un saludo amistoso, pero qué sabré yo de relinchos o de caballos—, le acaricio el lomo y el cuello, es un hermoso animal, aunque sea de color azul y tenga los ojos verdes y la cola roja. No se asusta ni yo tampoco. Me monto a pelo, sin silla ni estribos ni rienda. Tengo sesenta años y sé montar a caballo, así son los sueños. Le empujo la cabeza para que me lleve por la ribera aguas abajo. Él se negó en redondo, quería ir hacia arriba, forcejeamos y acabé por resignarme. Vamos a un trote cada vez más ligero hacia la cima. Por el viento sería, o por la humedad, los colores con los que mi hijo lo había pintado con lápices Alpino van disolviéndose, mezclándose unos con otros: ahora es un caballo negro con destellos azules, cruentos ojos rojizos y las crines y la cola amarillas. Galopaba, íbamos tan deprisa que tuve que recostarme sobre el lomo para que las ramas no me golpearan en la cabeza, tal y como había aprendido de los apaches en las películas de vaqueros. No puede más, pero sigue subiendo, no se rinde, aunque tiene espuma en la boca y su respiración se acelera de forma peligrosa. Sobrepasamos el lugar donde soñé por primera vez con este río, la cascada y el remanso donde no conseguí meter las manos; a partir de aquí la pendiente es muy pronunciada, el caballo apoya en la roca una pata detrás de otra, con gran esfuerzo; se resbala un par de veces, casi nos vamos los dos al suelo, pero sigue avanzando, con sangre en el hocico, hacia el nacimiento. Ahora es un mínimo regato, resguardado por el granito y las jaras, protegido por la sombra de algunos pinos, alimentado con agua de deshielo por la nieve de las orillas. Ya vemos la

cumbre, una reverberación de agua bajo el sol, entre rocas cubiertas de hielo. Mi caballo lanza un ronco gemido que no es un relincho ni tampoco humano, está entre medias, sale de la oscuridad de una caverna y anuncia el fin del mundo. De pronto se espatarra y cae al suelo, contra la piedra, cubierto de sangre. Yo ruedo hacia abajo, sé lo que va a ocurrir, moriré cuando mi cabeza alcance una arista de granito, sin haber logrado meterme en el agua.

Me despierto ileso y asustado.

Por lo visto el presidente ha decretado el «cierre perimetral», una expresión que me han dicho que significa que no se puede salir de tu provincia, cosa que ninguno de nosotros tenemos ganas de hacer. Sin embargo están a punto de conseguir un antídoto que nos inyectarán, un bálsamo de Fierabrás que nos librará de todo mal. Felguerosa, aunque fuera de peligro, sigue recuperándose en su domicilio, así que vuelve a salir por la tele el atribulado ministro de Sanidad. No nos engañemos, dice, estas medidas son insuficientes. En breve anunciaremos otras más enérgicas. No tengo mucho más que decir, admite con sinceridad: el número de fallecidos aumenta a diario, el de camas en UCI disminuye cada hora, nuestros hospitales están colapsados, el personal sanitario no sólo es víctima de la peste, sino también del agotamiento. Sin el esfuerzo de todos, no vamos a poder seguir. Eso es lo único que les puedo pedir: háganse todos y cada uno de ustedes responsables de protegerse y de proteger a los demás, cumplan las normas.

Después de tanto lenguaje bélico y de tanto lirismo de guardarropía (todos juntos venceremos y esas cosas), casi alegra escuchar a alguien sincero que habla para adultos en los dibujos animados. De pronto Gonzalo aparece en el vestíbulo y se dirige hacia nosotros. Sin corbata, lleva un traje azul claro que le sienta bien. Está más delgado. Me abraza, luego mira alrededor y dice con simpatía y en voz muy alta: Ya tenía ganas de conocer a tus amigos, papá. Nica se quita la gorra de cazador, Benja suelta una mano del andador y levanta el brazo lo más alto que puede, Conchita hace una reverencia, las Tres Gracias se ponen de pie.

—Usted es del Gobierno, sale por la tele —dice Nati, como si

acusara de algo a mi hijo.

—Qué va, sólo echo una mano cuando me lo piden —explica Gonzalo, consiguiendo el efecto contrario al que pretendía, ahora todos le miran convencidos de que es la eminencia gris, el que mueve en la sombra los hilos del poder.

¿Lo es? Por nuestro bien y el suyo espero que no. Casilda le invita al guateque y Gonzalo se sorprende, y dice muy alegre: No me lo perdería por nada del mundo, así las protegeré de mi padre, que tiene mucho peligro con las señoras atractivas. Conchita se ruboriza, las Tres Gracias ríen tapándose la boca con la mano, Benja da marcha atrás arrastrando su vehículo, como si él fuera una indefensa y atractiva señora, Nica no se inmuta, él sabe defenderse, lleva su escopeta al hombro. Queremos gente joven, Conchita, dice Casilda, invite a su nieto, por favor. Ustedes ya saben que no es mi nieto, confiesa de nuevo Conchita. Inesperadamente interviene Nica: Qué más da, el chico será para nosotros lo que usted diga, nieto, sobrino, yerno, lo que quiera, será bienvenido. Ella accedió a intentarlo. Nos vemos en la fiesta, dijo Gonzalo, de momento les libero de mi padre durante unas horas. Vámonos a comer, papá.

Tras la despedida, le digo que me gustaría invitarle, pero en el pueblo, y con una condición: Ni se te ocurra decirme el nombre de mi pueblo platónico.

Estamos sentados en la terraza del Maype, se agradece el viento suave. Pedimos el aperitivo, ginebra para mí y whisky para él, que pide la carta. Miramos los picos de granito, y se muestran amistosos, nítidos, dibujados con un pincel muy fino a mano alzada, el Pico del Águila, la Peña de las Golondrinas, el Cerro del Aire. Hay gorriones por el suelo, buscando comida, y nadie les molesta. Karla no aparece por ninguna parte, no sé si seguirá viva. Si aún lo está, será porque se ha enamorado de su secuestrador, ese albañil, fontanero o pintor de brocha gorda que sólo intenta reclamar el cariño al que tiene derecho. ¿Acaso no esperamos todos lo mismo? ¿No se nos garantiza en la Constitución a cada uno de los ciudadanos al menos una gran pasión en esta vida? Me pregunto por qué nos han convencido de esto. ¿Y por qué nos

hemos dejado? A mí no se me debe nada, Cati, tú bien lo sabes. Traen las copas y dejo, como siempre, que mi hijo se encargue de la comida. Judías pintas de primero y lomo alto de buey de segundo, con una botella de un Ramón Bilbao razonable. Pedimos otro aperitivo. Gonzalo está sonriente, aunque hay angustia en su mirada.

¿Te acuerdas de cuando se echó a llorar, desconsolado y rabioso, porque su regalo era más pequeño que el de su amigo Jaime? ¿Recuerdas su ira y su testarudez? Pues tendrías que verle ahora, Cati, es famoso, es amable, no le entra una rabieta a la menor contrariedad, no le echa la culpa a los demás, no está en guerra con el mundo. Puedes estar muy orgullosa. Igual que yo. Los dos le queremos mucho.

Las judías están muy buenas, las puedo comer con una sola mano. No le pregunto nada, hablamos de trivialidades y garambainas, una señora que se ha divorciado de su marido porque él era «adicto al sexo» (no siempre con ella según parece), de la amenaza rusa contra Ucrania, del antídoto contra la peste que van a inocular a todo quisque, cosas así, nos reímos. Hay que ser adicto a la alegría, me dice Gonzalo; el sexo, como los Reyes Magos, son los padres. Estoy de acuerdo. Tú también, Catalina, lo sé. Gonzalo menciona un terremoto que ha causado cientos de víctimas en Siracusa, ya no se ríe. Ante lo conmovido que se siente, intento mostrar interés, aunque ni siquiera sabría situar Siracusa en un mapa. Esta es la vida que vivimos. Gonzalo me corta con delicadeza el lomo de buey en trocitos pequeños. No pido postre, a él se le antoja tarta al whisky helada. No había vuelto a tomarla desde que era pequeño, dice, con una emoción extraña. Me viene el recuerdo de comer con él en muchos bares de carretera, siempre con tarta al whisky, expositores de casetes, cuñas de queso y cajas de dulces locales, tradicionales y puede que hasta folclóricos. ¿Habrá tenido mi hijo una infancia feliz? No estoy seguro —ni siquiera de que haya alguna infancia feliz—, pero espero que ahora disfrute de una madurez tolerable. Sin embargo, hay algo inquietante en su alegría.

Pedimos café y una ronda de copas. Joserra está preso, me

dice. ¿Qué ha hecho?, me asusto. Nada, le ha tocado el cierre de la capital, está dentro, secuestrado. Yo puedo ir a la tele, que está fuera del perímetro, pero no a la calle Serrano, y mucho menos podría llevarme a Joserra a Las Tajas. Al menos de momento. Si consiguiera una autorización Omega, del máximo nivel, se vendría conmigo, allí estaríamos a gusto, dijo. Me acordé de aquellos amigos que traía cada verano. Jaime. Agustín. Rodrigo. Todos tan bien educados, tan amables, tan inocentes. En el centro hay que circular escoltado por el ejército, me explica Gonzalo. No te imaginas lo que está pasando, papá. Es al contrario de lo que dicen los negacionistas; claro que existe la peste, pero es mucho peor de lo que se admite. Le pregunto cómo están mi nieto y su madre. A salvo, dice, hablo con ellos a diario.

¿La calle Serrano? Eso significa que Joserra está cautivo en manos de su mujer —algo semejante a lo que le sucede a Karla—, esa tal Inma, empeñada en demostrarle el superior atractivo de la heterosexualidad. No quiero preguntarle nada, ya me contará lo que considere oportuno.

—Joserra está bien, pero estamos los dos solos, el uno sin el otro —eso fue lo que decidió contarme.

—Lo siento mucho, hijo —le dije—, pero esto es transitorio, no durará mucho.

Entonces me lo dijo: No es verdad, papá, durará bastante, y lo que vendrá después será todavía peor, más mezquino, y nos hará más malos.

Eso me dijo y, no sé por qué, sentí que tenía razón: como en los campos nazis, los que sobrevivan serán los peores, los más cobardes, los dispuestos a todo, los capaces de pasar por encima de los demás.

Pedimos otra ronda. Le pregunté si siempre se ponía el tapón en el mismo oído. Me dijo que sí, pero que daba igual, que ni siquiera sabían si el contagio era auricular y mucho menos si el vector de transmisión eran los desamparados y alegres gorriones. Es mucho peor de lo que dicen, me repitió. Para cambiar de tema le pregunté cómo estaba Las Tajas. La casa está bien, pero el jardín no tanto, admitió, aunque Joserra ha hecho lo que ha podido. Otra

vez volvíamos al otro asunto: Joserra, el mancebo de farmacia. Decidí ponérselo fácil: ¿No te gusta que esté con ella?, pregunté. Encendió un cigarrillo, bebió un poco de whisky y me dijo: Me preocupa, me intranquiliza, me entristece. Joserra lleva tiempo con lo del divorcio, añadió, pero sin dar un paso. Lo que él dice que le dice su abogado no es ni verosímil. Si tiene dudas, no seré yo quien le culpe, también las tengo yo. Supongo, siguió diciendo, que siempre es así, como en el teatro o en la novela, el amor sólo funciona con la *suspension of disbelief,* hay que echar a un lado la incredulidad, pensar que todo es verdad para que acabe siéndolo, al menos en el escenario. Supongo que sí, le dije: Los cultos religiosos son iguales: no comas carne de cerdo y verás a Dios, te dicen, pero hay que ser crédulo para aceptarlo. ¿Quién dejaría de comer jamón para ver a Dios?, preguntó Gonzalo. Yo no, respondí. Yo tampoco, dijo él, no vale la pena. Me alegré de haber conducido la conversación hacia una perspectiva más abstracta, que le hiciera menos daño. Le quiero, pero ¿quién puede evitar que sus hijos sufran?

Fue él quien citó a Boileau, en un francés más que pasable:

Et sur les bords du Nil les peuples imbéciles,
L'encensoir à la main, chercher les crocodiles.

Cuánta razón tenía, ver a poblaciones de imbéciles, a orillas del Nilo, incensario en mano, buscando cocodrilos a los que adorar, eso nos define. Tiene razón Gonzalo, a menudo el amor es como entregarse a un cocodrilo lloriqueante y peligroso, te puede matar a mordiscos mientras derrama lágrimas (de cocodrilo, claro está). Otras veces es un becerro de oro. Según Heródoto, le dije, en Egipto las mujeres orinaban de pie y los hombres agachados. Y luego todos juntos para adorar a los cocodrilos, dice riéndose. ¿Tomamos una más?, me propuso. Yo no conduzco, respondí. Yo sí, pero trabajo para el Gobierno, así que venga, otra, dijo, y me sentí tan joven que pensé que no me lo merecía, y quise explicarle por primera vez lo que me había sucedido con su madre y con Tina. No me lo permitió, tal y como yo hice con mi padre cuando

me quiso contar algo que había pasado entre él y mi madre.

El sol intentaba esconderse tras las montañas, a salvo de nuestra indiscreción, pero había una mano invisible que se lo impedía, una niebla que venía del río lo sujetaba en el aire, expuesto a nuestras insinceras confesiones.

Gonzalo insistió en pagar, pero le dije a Chus que no aceptara su dinero, porque estaba manchado de sangre. Chus se rio:

—Lo siento, aquí manda el caballero, por mucho que usted salga por la tele.

—Chus, te presento a mi hijo, Gonzalo —dije con orgullo, y él se levantó y le tendió la mano.

No esperaba menos.

Al llegar a la residencia quiso despedirse de mis amigos y me confirmó que asistiría al guateque, como lo llamamos las personas mayores; él dijo fiesta. Añadió que lo haría si podía, y así supe que no vendría, y que su abatimiento no dejaba de crecer.

Necesitábamos con urgencia celebrar algo, en las cuatro horas que estuve fuera con mi hijo hubo cuatro exitus, dos por combustión espontánea, todos de residentes invisibles. Matías y Benito no daban abasto. Casilda les había invitado y ellos se habían ofrecido a traer hachís, un poco de coca y una botella de whisky. Había escasez de bolsas de plástico con cremallera, pronto tendrían que recurrir a sábanas blancas, según dijo Matías, el del tatuaje. Usted se llama Matías, ¿verdad?, le pregunté.

—Matías Antonio Castro, argentino, de Mendoza, a su servicio.

Le di, como los prisioneros de guerra, mi nombre y graduación: español, de la calle Leganitos. Le estreché la mano. Intuí que era el cómplice perfecto para mi plan secreto: era cordial, inteligente y no parecía tener miedo. Seguiremos hablando, le anuncié. Apareció Conchita con dos flores, una para mí y otra para mi hijo. Para mi hijo una preciosa campanilla morada, una flor hermafrodita; para mí un solitario geranio de sangre, de color granate. ¿Tiene un invernadero oculto en el armario? ¿Una plantación en el alféizar de su ventana? ¿Un abono, semejante al de Benja, con algún vivero cercano? Todos ocultamos cosas, qué le

vamos a hacer. Gonzalo triunfó, besó la mano de las mujeres, abrazó a los hombres —a pesar de las dificultades que puso Benja con su irritante insistencia en mantener un brazo en alto siempre que fuera posible— y se despidió con sonrisas.

Demasiadas sonrisas, demasiado buen humor, me parece que está al borde de la desesperación. De pronto me doy cuenta de que ha vuelto a morderse las uñas, lo dejó hacia los veinte años. De pequeño se hacía sangre en los dedos.

Eché de menos el concierto de Vero y me puse a leer el libro de Roth, *La leyenda del santo bebedor*. Es muy breve, pero inolvidable. Andreas es un borracho que duerme en París bajo los puentes del Sena, y un día se encuentra con un caballero que le da doscientos francos, con una condición: que cuando pueda se los devuelva a santa Teresita de Lisieux, en Sainte Marie des Batignolles, y que deposite el dinero en manos del sacerdote que acabe de celebrar la misa. A partir de ahí empieza un peregrinaje casi cómico, el santo bebedor quiere devolver el dinero, pero nunca lo consigue, llega tarde o llega pronto y la misa no ha terminado, se toma unas copas y se queda sin nada, no hay forma de saldar la deuda. Aparece «la mujer por la que fue a la cárcel» y un famoso futbolista que había sido compañero de colegio. Está tocado por la gracia, así lo ve él, le dan mil francos, se gasta ochocientos, y cuando acude a pagar, un conocido le invita a un pernod y otra vez se queda sin un duro para saldar su deuda. Le vuelven a regalar dinero y otra vez lo mismo, y siempre acaba al lado de Sainte Marie des Batignolles, y en el último momento algo le impide devolver los doscientos francos. No hay manera. Es una historia kafkiana o un sueño freudiano, en el que se repite el mismo acto fallido. Nos pasa a todos, nunca conseguimos devolver lo que debemos. Al final se encuentra con una niña que se llama Teresa. En su nebulosa alcohólica, le dice: Te debo dinero. La chica no sabe de qué le habla y le da dinero. Andreas, con dinero para pagar su deuda, «se desploma como un saco», y le arrastran a la sacristía de Sainte Marie des Batignolles, pero «por desgracia ya no puede hablar, sólo hace un gesto como si quisiera echar mano al bolsillo izquierdo de su chaqueta, donde está el dinero que le debe

a la pequeña acreedora, y dice: Señorita Teresa, y expira su último suspiro y muere».

Hace demasiado tiempo que no hay milagros, ni anacoretas poblando los desiertos, quizá por eso este milagro irónico e inútil me conmueve tanto.

Emocionado, salí a la terraza de fumar.

Desde allí imagino a mi hijo solo en Las Tajas. Hay en sus sueños neblina, sufrimiento, encuentros imprevistos, apariciones fugaces a las que apenas logra rozar con los dedos, y se le escapan de entre las manos, se desvanecen como un viento que le deja estremecido, con frío en la espalda y la frente ardiendo. Desvelado, circula por la casa con paso vacilante, tentando las paredes, tropezando con las puertas abiertas. Avanza por estancias vacías, escalones que crujen, solitarios pasillos en los que sólo resuena el ruido de sus pasos. Por las ventanas ve el resplandor de la luna pálida y las ramas que la atraviesan como arañazos, y vigila, y espera, mientras aprende a distinguir las constelaciones. Como todo vigía, se siente a su vez observado, ve algo oculto en las tinieblas: el brillo de unas pupilas entre los árboles, el de un objeto de acero junto al muro, un movimiento en las hojas del arbusto que hay a un lado del portón.

Están todos en la oscuridad, igual que yo, esperando una luz en el horizonte, la señal que traerá noticias del desenlace. Sus amigos de niño, Agustín, Rodrigo, Jaime con su regalo de mayor tamaño, su hijo Lucas, mi nieto, están ocultos entre los robles; Joserra, en la esquina del muro; su madre, Catalina, en la coscoja de la entrada; Leti, bajo la mesa de piedra en el jardín, pendientes de sus pasos en la casa vacía, cuando él huye de los sueños que le sobresaltan, y camina mientras espera el mensaje: la guerra ha terminado, alguien ha vencido y a otro le ha sido impuesta la derrota. Están todos: los que sólo querían vivir bien y los que tenían ambiciones; los vivos y los muertos. Le observan recorrer de noche la casa de su padre, y sus pisadas —de un lado a otro, arriba y abajo, entrando y saliendo— dibujan en el suelo el mapa de un laberinto en el que su cuerpo agotado señala siempre el centro.

No sé quién más está mirando a Gonzalo esta noche, habrá

muchos otros, antiguas novias y novios pegados a la corteza de los robles; compañeros de estudios y de trabajo, contra la pared del muro; Felguerosa, bajo las hojas de la carrasquilla al otro lado de la puerta de hierro, mirando cómo arroja el doloroso peso de su cuerpo sobre el sillón de orejas, donde espera noticias del fin de la contienda, necesitan saber si él es el vencedor o si ya ha sido derrotado hace mucho tiempo: el que ha tardado en llevar de mano en mano la antorcha encendida con el mensaje. Están mirando cómo yace en ese lecho del que ha huido el sueño desde que se fue Joserra, del que se levanta para andar sin encontrar la salida, y se le puede ver detenerse ante cualquier mueble y coger un objeto —un reloj de bolsillo, una pieza de ajedrez, un papelito verde, una estilográfica— y sostenerlo entre los dedos con esa dulzura desinteresada y triste que sólo se les concede a los que sufren, y se queda de pie, cabizbajo, prisionero en la tela de araña de su propia vida, con algo en la mano; algo pequeño, difícil de destruir o de apartar a un lado, y muy resistente, como lo es eso tan minúsculo que siempre separa a cada uno de sí mismo.

Sigue adelante con movimientos trabajosos y en cada ventana de la casa, que ahora es su prisión sin reja ni cerrojo, la claridad de la luna hace aparecer el perfil de su cabeza, que intenta mantener erguida, al borde del vacío, en el filo de una realidad que empieza a claudicar.

Por mucho que nos escondamos, él nos está mirando a todos, pobre Gonzalo. Catalina, me dan ganas de llorar. Nuestro hijo nos necesita.

Todo aquello cruzó por mi imaginación, pero lo hizo como la bandada de garzas que de pronto gira sobre sí misma, en el extremo del trigal, y toma altura en dirección contraria, y desaparece en el horizonte sin rumbo conocido.

Volví a mi habitación, me desvestí sentado en la cama (no tengo otro remedio) y apoyé la cabeza en la almohada, que estaba fría, pero que encontré esta mañana empapada en sudor.

15

Las estrellas parecían benévolas, como si estuvieran allí para nosotros dos, que paseábamos del brazo sobre un lecho de algodones, tapones de cera o de goma, confeti, serpentinas y vasos de plástico que cubrían el suelo de baldosas de la terraza de fumar, bajo las lamparillas de papel rojo colgadas de las vigas. Íbamos esquivando cuerpos dormidos, Benja asido a su andador volcado, Nati con la cabeza sobre el pecho de Benito, Belén y Conchita abrazadas al lado de un macetero. Los que tenían domicilio allí ocupaban los que debían de ser sus asientos habituales. ¿Por qué paseábamos? Eso no lo sé, quizá para intentar retener entre los dedos gotas o granos de una alegría tan inesperada y que podría ser la última de nuestras vidas.

Ella estaba despierta mirando las amenazadoras montañas.

—A usted le viene bien mover esas piernas —me dijo Ramona — y a mí me provoca que me abrace, vamos a estar bien a gusto.

Bajo los astros protectores dábamos vueltas de un lado para otro entre los dormidos, hablando de sus hijos, también del mío, de su marido ausente, de mi mujer muerta, sin llegar a mejor conclusión que los versos de Vallejo, que le recité en voz baja:

Hoy me gusta la vida mucho menos,
pero siempre me gusta vivir: ya lo decía.

Ella respondió: Me gustará vivir para siempre, así fuese de barriga.

Nos dimos un beso en la boca, no sé cuánto duró, pero cuando nos separamos había un amanecer dubitativo, era otro día, pero a lo mejor habíamos pasado cinco noches paseando, puede que seis, no llevé la cuenta. Entonces apareció esa luz impúdica y

mortecina, cargada de posos y sinsabores arrastrados desde el hemisferio oriental —suponiendo que sea el Sol el que gire alrededor de la Tierra, cosa que ya no parece probable—, repleta de placeres y de desengaños sobre los que, en el otro lado del planeta, ya habría caído la piadosa oscuridad; ahora el sol empujaba hacia occidente nuestras dichas y nuestras lástimas, pero esa luz de ayer aún se derramaba sobre los restos de nuestro modesto guateque, en el despedazado anfiteatro de la terraza, y entonces vimos lo que estaba velado por la penumbra y por nuestras ilusiones. Sobre la blanda alfombra de algodón y confeti había agrios vómitos en los que picoteaban los gorriones. Benja seguía con una mano aferrada a su estimado andador, pero en la otra mano tenía su no menos querida polla blanda y exhausta, a saber lo que habría estado haciendo con ella (quizá se hubiera gastado en esa noche mágica el abono de toda la semana). Bajo la ingrata claridad del nuevo día vimos colillas por todas partes, gotas de sangre, jirones de ropa arrancados con los dientes, vimos que alguien había orinado en el macetero, varias veces, hasta anegarlo —prostático sería—, donde yacían Belén y Conchita, que exhibía un arbusto de canas púbicas parecidas a algas enganchadas en un palangre. Tenía las uñas de los pies demasiado largas, lo que en ese momento atribuí a las dificultades que sufrimos las personas mayores para hacernos cargo solos de nuestra higiene corporal. Elías estaba con la boca muy abierta, como una sepultura, y sus ronquidos presagiaban la aparición entre sus labios del cadáver de algún peligroso animal recién resucitado —un hipogrifo violento, el escarabajo sagrado que había arrastrado al sol hasta esta parte de la tierra, un basilisco cegador o tal vez un áspid de poderosas mandíbulas y veneno mortal—, Milagros dormía de medio lado y sujetaba en su mano izquierda el lánguido y, en efecto, muy largo miembro de Elías, y tenía el moño deshecho en una rala melena blanca, y parecía haber sufrido un impacto tectónico que había desplazado grandes placas de carne en direcciones imprevistas, nada estaba en su sitio, las tetas se habían trasladado hacia el ombligo, las nalgas ocupaban los muslos, la tripa le cubría —por fortuna— el pubis y se desbordaba por las piernas, en pocas

palabras: un cataclismo.

Dormido al sol, un disipativo con el que nunca había hablado, era el único que sonreía, las manos sobre el pecho, las piernas un poco dobladas, la brisa del alba que le despeina, parece tan feliz que me acerco a él. Entonces no descubro los *«deux trous rouges au côté droit»,* sino los bubones medievales: está muerto. No a causa de los disparos, como el soldado con dos agujeros rojos en el lado derecho del poema de Rimbaud, «Le dormeur du val», sino de esta plaga sin sentido. Bien mirado, ¿por qué iba a tener sentido? ¿Qué o quién podría dárselo? Y si lo tuviera, ¿no sería entonces mucho peor?

Esa luz sin misericordia también apartaba velos de mi corazón. ¿Qué hacía yo paseando abrazado a Ramona? ¿No es igual de estomagante? Y cuando era joven, mis relaciones con la francoespañola, con la alemana, con Tina, con las separadas corsarias, con Encarna, incluso con Cati, ¿no dan la misma lástima, no inspiran la misma compasión y la misma repulsión?

Si pudiéramos vernos como nos ven los demás, ¿no nos daríamos cuenta de que somos unos impostores? ¿Seríamos capaces de querernos tanto a nosotros mismos? ¿Nos perdonaríamos con la facilidad con la que lo hacemos?

—Vámonos de aquí —me pidió Ramona.

Todavía no era la hora del desayuno, pero ella hizo café y unas tostadas con mantequilla. En el comedor vacío, nos mirábamos en silencio.

—Esto se acaba, señor. Hay que irse o morirse.

No había otras opciones, pero aun siendo más sencilla la segunda, y teniendo ambas un resultado equivalente, estoy convencido, como Sancho Panza, de que lo que nunca puede hacer una persona es dejarse morir.

Ramona se fue a trabajar y yo a mi habitación a beber ginebra y a escribir, con el propósito de rescatar la felicidad nocturna de nuestro guateque, a despecho de sus penosos restos a plena luz. Mi hijo, tal y como yo sabía, no vino. Está solo en casa, esperando un desenlace que ya se ha decidido en su pasado —aunque todavía no haya llegado el mensaje, esa antorcha que avanza de mano en

mano, desde el niño al joven, del joven al hombre de treinta, y así a través de todos los que ha sido, hasta llegar al que es ahora y espera en casa—. El nieto guineano de Conchita tampoco se presentó.

Cuando llegué a la terraza todo estaba preparado, una larga mesa con bebida y comida, las luces rojas y el aparato de música en el que sonaba *Mira que eres linda*. Los domiciliados allí se alegraron de nuestra llegada. Benja estaba al lado de Silvia; Elías y Milagros, cogidos de la mano; Conchita, arreglando flores en jarras traídas del comedor. Me serví una ginebra. Las Tres Gracias iban faldicortas, con escotes llamativos y zapatos de tacón, parecían chicas del Preu, que ya no existe, era el curso preuniversitario. Benito y Matías trajeron una lata metálica llena de cigarrillos liados con hachís. El buhonero apareció con sombrero de copa, pijama a rayas, zapatos de charol y una chaqueta de frac. Poco después algunas parejas bailaban, bajo el resplandor de las tímidas y lejanas estrellas. Luego cantamos *Noche de ronda* a coro. Ramona, al terminar su turno, se presentó de uniforme, y después de tomarse una cerveza, me invitó a bailar. ¿Con el bastón?, pregunté. Yo soy su bastón, no se preocupe, me respondió. Haciendo el ridículo, con torpeza, perdiendo el equilibrio varias veces, pero funcionó durante la canción entera, *Me importas tú*. Los pechos del báculo de mi vejez se apretaban contra mí, y sin que pudiera hacer nada para evitarlo, se me puso dura, ella se tuvo que dar cuenta, pero decidió hacer como si nada. Me acompañó a un asiento y me trajo una ginebra. Nica, el mercachifle, bailaba con una disipativa de las que viven en la terraza, creo que se llama Henar. Matías me ofreció una calada de los cigarrillos especiales. ¿Por qué no?, me dije, y acepté. No me disgustó. Dígame, señor, ¿usted necesita algo?, me pregunta. No me he equivocado, es un chico listo. Le expliqué mi plan, le ofrecí una cantidad, y él también aceptó. Luego la doctora Eneko Robles (quizá fuera el cigarrillo de Matías lo que me impulsó a creer que era bielorrusa, si bien con acento gallego), antes de retirarse, propuso un brindis.

—Amigas y amigos, en primer lugar, por los que ya no están entre nosotros, aunque permanecen en nuestros corazones. —Alzó

su copa y todos la imitamos.

Nadie aplaudió, ¿qué sentido tiene aplaudir a alguien porque se muera? La doctora siguió con otro brindis.

—En segundo lugar, por nosotros, los que estamos aquí y permaneceremos juntos, y lucharemos juntos, como lo estamos haciendo, cada día con más fuerza. —Levantó de nuevo la copa.

Brindamos, pero tampoco hubo aplausos. Bien mirado, nunca encontraremos motivo para aplaudirnos a nosotros mismos. Sería una falta de respeto (también hacia los demás). En cuanto se despidió la bielorrusa, Casilda, un poco piripi pero fiel a sí misma, consideró apropiado aconsejarnos en voz alta.

—¡Pirólatras, adoradores del fuego y de esos becerros de barro que con él se fabrican, sabed que a todo hay que atreverse cuando nada se tiene!

Reconocí un verso de Safo y les di la razón a las dos. Perdido todo, ¿de qué vamos a tener miedo?

Suena *Dos gardenias para ti*. Hay parejas que bailan, como Elías y Milagros, que dan pasos hacia un lado, un estilo que tuvo su momento de gloria en los años cincuenta y sesenta, y que ahora parece una charlotada. Benja tiene su propio estilo, inactual e imperecedero, baila con Silvia con el andador entre los dos; ella se contonea (sin perder nunca su cara de vinagre), Benja tiembla un poco mientras mueve el brazo en alto intentando acompasarlo con la canción. Tres disipativas cantan abrazadas, el buhonero fuma uno de esos cigarrillos con sorpresa, Conchita bebe chupitos de orujo, las estrellas se ensanchan, entre espasmos y jadeos, y el cielo ya es negro, y más profundo, como un pozo puesto boca abajo, al que podríamos arrojarnos en cuanto nos diera la gana.

Así fue, así quiero retenerlo en la memoria, sin perjuicio de que también fuera verdad lo que reveló la luz del sol.

La fiesta había llegado a ese momento en el que a las Tres Gracias les pareció inexcusable poner algunas canciones de Raffaella Carrà, que al parecer exigían ser cantadas a grito limpio y con abundancia de patadones laterales, en los que no muchos de los ejecutantes desplegaban verdadera gracia. Por raro que parezca, con aquel estruendo me quedé dormido en el asiento.

Cuando me desperté era de noche. Ramona estaba de pie, mirando a la oscuridad. Entonces nos pusimos a pasear.

Bajo al salón de la tele y ya ha habido cinco exitus. Uno es Conchita. Conchita, mi querida novia remota, botánica y aguerrida lectora. Nadie volverá a regalarme flores, pero confío en que haya llegado a su cielo especial para españoles, donde hoy domingo comerá paella en la grata y austera compañía del capitán Melchor.

Me siento culpable de un pecado invisible y que no me perdono: nadie debería nunca dejarse querer por alguien a quien no quiere. Es lo que he hecho con Conchita.

Indócil corazón, pequeño déspota acostumbrado a salirte siempre con la tuya, ¿cómo no te da vergüenza? Haces lo que te da la gana, rey de la casa, sin considerar las consecuencias, niño malcriado, y luego vienes a lamerme la mano para que te perdone, para que te compadezca, para que te diga que no tiene importancia, que ya pasó todo y que dejes de sufrir.

Entre los otros cuatro está *le dormeur du val,* tan sonriente, dormido en su valle soleado. Como dicen los alemanes, no hay mejor almohada que la buena conciencia.

Dicen que Felguerosa ha recaído y vuelve a estar ingresado. El descrédito de la teoría de los gorriones gorrones, el *Passer mendicus,* es ya casi unánime, y me alegro por Nicanor, que no tendrá que volver al frente de batalla. Hoy no ponen dibujos animados.

En el pueblo hay una atmósfera ominosa. Salvo los inquebrantables bebedores que seguimos en el Maype y en La Carolina, sólo hay personas que se apresuran para hacer un recado y volver a casa, y cuando se cruzan en una acera, se separan unas de otras todo lo que pueden. También he oído alguna increpación a gritos: ¡Póngase el tapón, nos está poniendo en peligro a los demás! Pronto habrá linchamientos y lapidaciones. Mi hijo no coge el teléfono. Veo una llamarada en el camino de la ermita. Me explican que son los que se van andando, los «identes», ese nombre lo puso el cura: en cuanto descubren sus síntomas, salen de casa sin decir nada y caminan hasta la ermita, donde mueren sin molestar ni contagiar a nadie. Algunos no llegan hasta allí, sino

que arden por el camino, como antorchas en su propio entierro. Voy a La Maliciosa y compro *Trilce,* de César Vallejo. Eduardo me mira con intensidad, los dos sabemos que es una despedida. Del anticuario me llevo una moneda de plata, y Fernando me da un tímido abrazo, y me desea suerte al oído. Me aprovisiono de tabaco, ginebra y salchichón. En el cajero saco una gran cantidad de efectivo.

No veo a Karla por ningún lado, así que en mi interior me despido de ella, admito que tiene más posibilidades de ser feliz con su secuestrador que conmigo. No quiero envejecer bajo el peso de esperanzas inútiles.

Al llegar a casa ha habido otro exitus, el pobre marmolillo de Benjamín, que no hacía daño a nadie con su brazo en alto y su antipático comercio con la antipática Silvia. Entonces se produce lo más inesperado: la rendición de Nica, el buhonero.

—Me rindo, le ofrezco mis disculpas —me dice nada más sentarse.

—No se preocupe, no me he sentido ofendido en ningún momento.

—Si vamos a morir todos, como dice la señora Casilda, acabemos de una vez con esta farsa.

¿Señora Casilda? Jamás le he oído hablar así, con cierto respeto.

Por lo demás le doy la razón, para la astracanada de la vejez el único telón es la muerte, esa cosa seria, singular y distinguida, según dicen, y sin ninguna duda irrepetible. Por eso muchas personas adoramos las costumbres: mientras mañana podamos hacer lo mismo que hoy, a la misma hora y de la misma manera, seguiremos vivos, porque lo único que nos sucederá una sola vez es morirnos. La repetición es un conjuro contra el miedo a ser aniquilado, algo parecido a silbar en la oscuridad del bosque.

—Nicanor, usted a mí no tiene que darme ninguna explicación.

—Quiero que sepa que no soy quien aparento.

—Yo tampoco.

No pude impedir que me contara que no había conocido a sus

padres y que había crecido en un orfanato. Aquí tengo, me confesó, fotos familiares. Las sacó de la cartera y las fue poniendo encima de la mesa. Estos son mi padre y mi madre, anunció, señalando las imágenes de Kirk Douglas y Jane Fonda. Este soy yo de joven, cuando trabajaba en el taller mecánico, dijo al mostrar una foto de James Dean. Ya veo, dije, porque no sabía qué decir. Nadie lo ha puesto en duda, aseguró, ¿no le parece extraño? A mí sí, respondió, si prefieren aceptar esas fotos, será porque están ocultando algo, ¿no le parece? Es posible, dije. Por eso he intentado desenmascarar a todos, incluido a usted y a su hijo, admitió, y me arrepiento de ello, le pido disculpas.

—Aceptadas —dije—, pero no entiendo por qué lo la hecho.

—Quería que alguien me descubriera y se lo contara a los demás. Como ve, ha sido imposible, cualquier foto les vale.

—¿Por qué quería eso?

—Ser castigado es la única forma de descansar en paz, lo aprendí en el orfanato, en el internado, en el servicio militar y en la cárcel. Me he pasado casi toda mi vida en instituciones, y todo para acabar aquí, en esta residencia de lujo.

Entonces me contó las penalidades institucionales que había sufrido: castigos, abusos sexuales, palizas, y cómo se había defendido siempre mediante la delación. Puso otra foto sobre la mesa. Mi mujer, dijo. Era Sofía Loren. Se parecían mucho las dos, me explicó. Y lo del taller mecánico es verdad, allí la conocí. Por su culpa fui a la cárcel, afirmó.

—¿Por su culpa? —pregunté con asombro.

—Tuve que matarla, ¿sabe por qué?

Sí lo sabía, me lo imaginaba, pero insistió en contármelo. Una tarde, de vuelta del taller, agotado y cubierto de grasa de motores, entró en casa y la encontró en la cama con un vecino que era pintor de brocha gorda. El vecino salió corriendo y el buhonero degolló a Sofía Loren con un cuchillo de cocina. Luego se escondió en una pensión.

—Estaba a salvo —me dijo—, pasó un mes y nadie preguntó por mí. Me dejé ver por nuestra casa, pero ningún vecino me delató, ni siquiera el pintor, que se había ido del barrio. Robaba

bolsos y carteras para pagar la pensión, pero tampoco me molestaron nunca. ¿Y sabe qué? Estaba deseando ser descubierto, era mi único consuelo, mi descanso, mi absolución.

—Y al final le cogieron...

—Así es, lo conseguí. Me fui con un cuchillo en la mano a dar un paseo por una calle principal. Acabé por fin en la cárcel. Después me vine a Los Carrascales.

—Perdone la indiscreción, pero ¿cómo puede pagar esta residencia?

—Salí con una mano delante y otra detrás, y me llevaron a un centro de reinserción, al que llegó a las dos semanas un escrito de un notario: una hermana mía de cuya existencia no tenía conocimiento había fallecido y me dejó una cuantiosa herencia. Por eso estoy aquí, otra vez en una institución. Esa es mi vida.

Repitió que se rendía y se quitaba la careta. Pensé que su historia era tan disparatada que era muy posible que fuera verdad.

También pensé que aquel hombre era un cadáver que seguía muriendo, así que me levanté y le di un abrazo, emocionado, sí, emocionado. El cadáver, el mezquino, el rencoroso, el despiadado ministro de la Verdad también me abrazó.

Nunca volveré a ver el pueblo platónico.

En una emisión especial de dibujos animados el presidente anuncia las nuevas medidas, que entrarán en vigor en cuarenta y ocho horas. Se impone el confinamiento domiciliario, nadie podrá salir de casa, salvo una sola persona para adquirir productos de primera necesidad. Cierre de los centros de enseñanza, los niños no podrán salir a la calle bajo ningún concepto; sin embargo, se permite pasear a los perros a cualquier hora. Cierre de toda la hostelería y también de todo comercio que no sea esencial. El presidente Madelman anunció que se considerarán esenciales las peluquerías y también los establecimientos en que se venda prensa. ¡Prensa! Sin embargo las librerías deben cerrar.

Cuarenta y ocho horas: todavía queda tiempo.

16

Los que no están entre nosotros siguen aquí, hay cadáveres bajo las camas, metidos en armarios y abandonados en descansillos de escaleras. Dicen que en varias residencias ha entrado el ejército para llevarse a los muertos en camiones militares. Ellos sabrán, supongo, han estado antes en otras guerras. El personal empieza a desertar, pero aquí siguen la doctora Robles (ahora sospecho que es polaca), Ramona y otras limpiadoras, tres o cuatro enfermeras y media docena de celadores, entre ellos Matías. Le pregunto a qué hora podemos encontrarnos en la terraza y me dice que en cuanto acaben los dibujos animados. Qué pereza me da verlos. Aparece otra vez el presidente. Ahora dice que las peluquerías no son servicios esenciales. En cuanto a los niños, insiste en la necesidad de confinarlos, son los perros los que pueden salir a pasear cuando les venga en gana. Asegura que la situación en las residencias de mayores está bajo control. Si él lo dice.

Igual que en la sala de la tele, en la terraza de fumar quedan ya muy pocos disipativos. La mayoría mira a lo lejos, por si ven llegar a alguien que los rescate. En los pasillos hay más maletas hechas a la puerta de la habitación. Mi hijo sigue sin responder a mis llamadas. Matías es un joven muy alto y moreno, con barba bien recortada y ojos oscuros, tiene cierto aire árabe. Le veo venir y me aparto a una esquina, y enciendo un cigarrillo. Entonces sentí la primera incomodidad en los dedos de los pies. Pensé que aún quedaba tiempo. Buen día, me saluda Matías. ¿Seguimos adelante?, pregunto. Pero sí, cómo no, responde. Tiene que ser esta noche, le indico. Sin problema, dice, usted espere a partir de las cinco en su habitación, iré a buscarle, me ordena.

—Sé lo que están haciendo —es la voz de Ramona a mis espaldas—, voy con ustedes.

Matías me dirige una mirada de interrogación.

—¿Adónde? —le pregunto a Ramona.

—A Colmenar, allí están mis hijos. Pagaré lo que haga falta.

—Ramona, por favor, déjeme hablar con Matías, vuelva en una hora, a ver qué solución hemos encontrado.

Se mostró de acuerdo. Matías también, a cambio de un incremento de precio. Hubo un traspaso de dinero sin que nadie lo viera, hubo nuevas instrucciones (Ramona debía esperar, también a partir de las cinco, cerca de la puerta por la que sacaban a los exitus) y también un apretón de manos propio de la mafia, y hablamos de perfil, sin mirarnos. ¿Me sentí un delincuente, un mafioso o un gánster?

Qué va, nada de eso, me sentí como siempre, un señorito, el que lo resuelve todo con la cartera, el que rompe platos porque puede pagarlos, el que es capaz de ponerse a salvo. Ese era mi plan. Abandonar a mis compañeros, las personas mayores, escapar a escondidas, eludir ese destino común del que había decidido formar parte. Y hacerlo, como siempre, a mi manera: con justificación, en aras de un bien mayor, para acudir en ayuda de mi hijo, para despedirme de él.

Ellos no lo saben —no podía decir nada—, pero me despedí de todos (los que quedaban) sin palabras, en mi interior.

Jugué dos partidas con Nica y perdí ambas, era mi forma de decirle adiós en silencio.

—Echo de menos a los que ya no están entre nosotros —me confesó el buhonero.

—A mí me pasa lo mismo —dije, aunque mi propósito era dejar de estar entre ellos.

Las Tres Gracias reparten cartas, ha perdido Nati, siempre entre dos aguas. Casilda se pone en pie para hacernos una recomendación:

—Ni se os ocurra intentar ocultaros de la mirada de vuestros dioses, ¡os tragará un gran pez!

Es la Biblia, el libro de Jonás, soy yo, que me he convertido en pez, como Catalina se convirtió en árbol. Puede que también me hayan declarado el culpable de la peste, como a Jonás, echándolo a

suertes: «Echaron, pues, suertes, y la suerte cayó en Jonás», y le tiraron por la borda y se lo comió un pez. Jonás suplicó «desde el vientre del pez» y su dios le sacó de allí. No tengo dios al que pedir ayuda y tampoco quiero dejar de ser un pez solitario que se mueve aguas arriba y aguas abajo en el río del tiempo.

Miro a Casilda y, sin que ella lo sepa, me despido con emoción. De todas. Tengo que preparar el equipaje. Meto en la bolsa los cuadernos, dos botellas de ginebra, dos cartones de tabaco, un salchichón y el cuaderno de dibujos de mi hijo. No necesito más, la moneda de plata la llevo en el bolsillo, como la estilográfica que me regaló Nica. Dejo el armario abierto, quedan provisiones de sobra para mis compañeros. Me despido también de mi encina, la *Quercus ilex* de mi padre. Me tumbo en la cama. A las seis y media aparece Matías. Me da una chaqueta de celador y me dice que me la ponga. Lleva una de las últimas bolsas de plástico negras. Llegamos a la puerta trasera. Le dice a Ramona que se tumbe en la parte de atrás de la furgoneta y se meta en el saco negro, abrochado hasta el cuello; cuando él se lo diga, tiene que subir del todo la cremallera y taparse la cabeza. Podrá respirar, serán tres o cuatro minutos. A mí me instala en el asiento del copiloto. Tenemos que ser dos, una sola persona transportando cadáveres resulta sospechosa. Es el momento oportuno, a la caída de la tarde; de noche no hay tráfico y la policía y el ejército paran a todos los vehículos porque no tienen nada mejor que hacer. Le ofrezco un cigarrillo, que acepta, y un trago de mi petaca, que no rechaza. Arrancamos. ¿Todo bien atrás?, pregunta Matías. ¡Adelante!, responde Ramona con entusiasmo. Pasamos por mi pueblo, que pensé que no volvería a ver nunca. Y ahí está, es Karla, abrazada a un chico de su edad, Javi, el de la ferretería. Ella parece feliz. Ha funcionado, se ha salido con la suya, no ha necesitado más que unas pocas semanas de secuestro para convencerla. Javi tiene menos de treinta años y los materiales necesarios en su tienda, sogas, cadenas, mosquetones, cinta americana, sopletes, radiales y serruchos. Como para no enamorarse. Le envío a Karla un beso soplado en la palma de la mano. Ella no lo ve, es otra de mis despedidas unilaterales. Vamos por una carretera estrecha, los

árboles caen abatidos a nuestro paso, uno detrás de otro. El crepúsculo se espesa y los faros de la furgoneta van segando los arbustos y las jaras. De pronto una luz azulada. ¡Arriba cremallera!, grita Matías. Paramos en el arcén y Matías enseña unos papeles. ¿Qué llevan aquí?, pregunta el policía. Con el grado justo de impaciencia, Matías responde: Un fiambre, ¿quiere verlo? No hace falta, dice el policía, siga, siga. ¡Abajo cremallera!, ordena Matías, y pregunta si todo va bien. Ramona responde: Sin problemas, cariño. Seguimos viaje hasta que nos desviamos hacia una población que debe de ser Colmenar. Matías tiene en el GPS la dirección a la que va Ramona (y la mía). Es un barrio de casas de ladrillo con esos toldos verdes típicos de los años setenta. Paramos en un portal. Matías le dice a Ramona que se quite la bolsa negra y esté preparada; cuando él abra la puerta todo tiene que ser muy rápido. Se baja del vehículo y llama al telefonillo. Ramona, digo, desde el vientre del pez que me ha tragado para siempre, quiero agradecerte que hayas formado parte de mi vida. Claro, señor, respondió ella, y usted de la mía. Entonces me di cuenta: ¿quién era protagonista y quién secundario? Depende de la película. Se abrió el portal de la casa y aparecieron dos jóvenes, ambos muy guapos, morenos y musculosos, los dos en chándal, creo que el más alto es el militar. Matías abrió las puertas de la furgoneta. Vamos, vamos, vamos, dijo. Dejó a Ramona en brazos de sus hijos, se sentó al volante y arrancó. Ahora viene lo más fácil, me dijo, su casa está en el pico de un monte.

Era casi de noche, empezamos a ganar altura. Subimos al costado de una vía de ferrocarril. Es un tren de vía estrecha, un poco más arriba está el río de mis sueños, más allá del río Pradillo, lo supe en ese momento, aunque nunca sabré su nombre. A la derecha está mi casa. Matías me ayudó a bajar y me colgó mi bolsa en bandolera. Nos abrazamos. Gracias, Matías, compañero. A usted siempre, señor, le deseo suerte. Le vi alejarse y llegué hasta la puerta. Tenía la llave en el bolsillo, pero toqué el timbre.

17

Será al amanecer. Será un poco cansado. Será el final.

Gonzalo me recibió en pijama y bata, hacía años que no le veía así. Lleva unas zapatillas a cuadros rojos y blancos que están pidiendo a voces un brasero, parecen de jubilado o de Pío Baroja. Está bien afeitado y contento. Ahora que estoy aquí, no da la impresión de que siga desesperado. Me dice que está utilizando mi habitación. No importa, duermo en la tuya, le digo. Intento no tocarle ni acercarme a él. Me siento en el sillón de cuero. Me trae una ginebra preparada como me gusta, con un hielo y un trozo de limón; él se sirve un whisky. Fumamos y le cuento mi fuga en un reparto de cadáveres con parada en Colmenar. Le hago reír. La vida me ha dado un vuelco, confiesa, o dos mejor dicho, por eso no he atendido a tus llamadas. Joserra me ha dejado, dice, ha vuelto con su mujer, se queda en la calle Serrano. Lo lamento, respondo.

—Pues yo no —afirma—. Eso me ha obligado a ver lo que tenía delante de los ojos y me negaba a admitir, había elegido no darme cuenta porque me hacía feliz. Llevo todo este tiempo manteniendo a Joserra, le he dado mucho dinero. ¿No te llamó la atención la diferencia de edad?

—Bueno, sí, un poco —tuve que admitir—, pero eso no es tan importante.

Recordé la comida en El Rancho de Teodoro, y a Joserra dormido en el asiento de atrás con las gafas de sol puestas. Me da pena que Gonzalo se parezca a mí: era feliz porque podía pagarlo.

—Había vivido de su mujer hasta que nos conocimos —explicó mi hijo—, entonces decidió vivir a mi costa, el gran percusionista.

—¿Qué es lo que percute? —pregunto.

—¡El xilofón, papá, el xilofón! Imagínate.

Los dos nos reímos.

Luego me dice que ya ha pasado página, sin ningún rencor. Joserra hizo lo tenía que hacer, admite, y yo en cambio preferí ocultarme a mí mismo la realidad.

Nunca queremos saber cuál es nuestra relación real con los demás, en eso también se parece a mí.

Cantarán los pájaros, soplará un viento suave, temblarán las hojas de los robles y las agujas de los pinos, y me iré tranquilo, mientras las ramas seguirán agitándose, los herreruelos no dejarán de trinar y algún picapinos golpeará la corteza de un árbol con el pico, llamando —¿desde dentro o desde fuera?— a una puerta cerrada.

¿Tomamos otra?, propongo. Claro que sí, no tenemos que conducir, dice con alegría. Tengo listas para la plancha unas alcachofas con jamón, ¿te parece bien?, pregunta. Por el gusto de usar esa expresión tan propia de la infancia de Gonzalo, le respondo: ¡De rechupete! Se ríe y va a por las bebidas.

—Este fue el primer vuelco —explica tras el primer sorbo de whisky—. He sufrido, no importa, fui yo el que aceptó un trato y decidí imaginar lo que más me convenía, que era otra cosa diferente, la que más feliz me hacía. Ahora, otra vuelta de campana: voy a volver con Leti y Lucas. Leti ha cambiado de actitud. A fin de cuentas no soy el primer hombre ni la primera mujer sobre la tierra que ha tenido una aventura con otra persona.

—De eso puedes estar seguro —digo con melancolía: he venido a salvar a mi hijo de algo de lo que ya se había salvado él solo.

Esta vez ¿se dará cuenta Gonzalo de los términos del trato con Leti? ¿O pensará que hay algún perdón que salga gratis? Espero que no sea tan ingenuo y que sepa que no volverá al mismo sitio del que se fue, y que ni Leti ni Lucas serán los mismos.

—¿Cenamos? —me pregunta.

—Cenemos.

Me sirve un poco más de ginebra. Para mientras preparo las alcachofas, me dice, y se va a la cocina.

Sobre la mesa hay un libro cerrado, con un mechero dentro

para marcar la página. Mi llegada ha interrumpido la lectura de Gonzalo. Lo reconozco desde lejos, es una edición encuadernada en piel de *Great Expectations,* de Dickens, la compré hace cuarenta años en una librería de viejo de Long Island, en Nueva York. He leído el libro tres veces. ¿Lo ves, Cati? Está bien, reconciliado con la vida, tenemos que estar orgullosos de él, nadie que se siente en un sillón por la tarde a leer a Dickens puede ser desdichado. Al menos mientras esté leyendo, si nadie le interrumpe, como ha hecho su padre.

Será tranquilo, será intenso, será fácil. Sentiré miedo, sentiré dolor, sentiré paz. Veré dos corzas entrecruzándose en la ladera, olerá a lavanda y a resina de pino, habrá una zarza con moras silvestres, oiré las esquilas de las vacas en el valle, a lo mejor veo a un zorro atravesando como un relámpago el matorral, a lo mejor distingo a un águila sobrevolando las copas de los árboles, puede que oiga el canto del cuclillo. El mundo seguirá andando.

—La cena está lista —avisa mi hijo asomándose al salón—. ¿Te ayudo?

—Gracias, puedo solo. —No quiero que mi hijo se acerque a mí ni que me toque.

Aunque no sin esfuerzo, debí añadir. Ha puesto la mesa en la cocina, con mantel blanco y la vajilla buena, aunque siga en pijama y bata. Hay una botella de blanco en un cubo con hielo. Las alcachofas están, en efecto, de rechupete. Hablamos, como debe ser, de cosas que no nos importan demasiado. Le pregunto si está leyendo a Dickens. Lo cogí de tus libros, dice. Son tuyos, siempre lo han sido. No había leído nada igual, ¡trata de mí!, me dice. Y de mí, pienso, pero no le digo nada. Los buenos libros, le sugiero en cambio, siempre hablan de quien los lee: son ellos los que te van leyendo. Mi hijo recoge los platos y los deja en el fregadero. Nos terminamos la botella de blanco con un cigarrillo. ¿Sabes que te quiero mucho?, le pregunto, porque estoy notando que aumenta el dolor en la punta de los pies. Se ríe. A tus años no se puede ser tan sentimental, dice. ¿Cuándo si no?, pregunto. Tienes razón, admite, pero no dudes de que sé cuánto me quieres. Yo a ti también, añade.

Cati, cariño, tenemos un hijo al que es imposible no querer,

incluso desde la noche perpetua que estamos a punto de compartir los dos dormidos.

Y nuestro hijo será feliz, te lo aseguro, lo mismo que nuestro nieto, al que tú no has conocido.

Gonzalo me pregunta si tomamos la última. Claro, digo, pero sólo una, estoy agotado del transporte fúnebre. Yo también, papá, será de mis vueltas de campana, la penúltima y a la cama, siéntate en tu sillón, me recomienda. A solas en el salón me miro las uñas de las manos: también están creciendo. Por ahora no tan deprisa, pero el proceso se acelera. No quiero que Gonzalo sepa nada. Hablamos de tonterías: hay guerras por todas partes, terremotos, inundaciones, matanzas de mujeres, tornados, huracanes. Vivir es peligroso. Miro mi casa. Mi habitación, en la que duerme mi hijo está en la planta baja. Arriba está la de Gonzalo y otra más, para invitados. Y más arriba mi estudio, en el que no volveré a entrar. Tantos años he pasado en este sillón leyendo por las tardes, con una manta sobre las piernas, una ginebra, cigarrillos, un lápiz y una libreta para anotar cosas. Me siento satisfecho de que mi hijo haga lo mismo.

—Me voy a acostar, mañana hablamos —le digo.

—Te ayudo.

—Me viene bien hacerlo solo. Pero, por favor, súbeme tú la bolsa.

—Como quieras.

Me sube la bolsa mientras me incorporo con dificultad. Al pie de la escalera me da un beso en la mejilla. Le veo coger el libro de Dickens y meterse en su habitación, no llega a cerrar la puerta del todo.

Intenté cortarme las uñas de manos y pies, pero no es tan sencillo con medio cuerpo paralizado, hice lo que pude y me senté a escribir. Luego dormí una hora. Estas serán las últimas noticias de mí. Me gustaría bajar y darle un beso a Gonzalo, aunque se haga el dormido, pero no quiero ponerle en peligro. Hijo, no tengo ningún consejo que darte. Haz lo que puedas. O quizá sí, sólo uno: vive despacio. No tengas prisa. Cuanto más lentamente vivas, más profunda será tu vida. Lee a los clásicos, pasea por el monte, pierde

el tiempo con tu hijo, escribe a mano, cocina con fuego; son cosas que reducen la velocidad y aumentan el placer de vivir.

Esto es lo que va a pasar, lo que ya habrá sucedido cuando tú lo leas. Será una hora de camino. Hay una breve cuesta arriba por la vía del tren y luego ya es bajada. Pensaré en ti y en todos, en mis compañeros de residencia, en los amigos muertos y en Cati, tu madre. En mi padre con el jaboncillo y en mi madre cosiendo y cantando. Estaré bien, Gonzalo, no te preocupes. Cuando amanezca, me pondré en pie. Ya estaré vestido, dejaré en la mesa del salón estos cuadernos. También el otro en el que pintabas un caballo, un pájaro y una casa en llamas. Me llevaré en mi bolsa una botella de ginebra, un trozo de salchichón y tres paquetes de tabaco. Lo que quede detrás es tuyo, como siempre lo ha sido.

Esto es lo que va a pasar, Cati, mientras tú y yo dormimos esa noche perpetua: nuestro hijo volverá con su mujer y nuestro nieto. Ramona será muy pronto abuela. La peste se acabará, como se acaba todo, y la vida volverá a ser como siempre ha sido, afanosa y alegre, amarga y consoladora, generosa y escasa.

En una de las cerradas curvas del tren de vía métrica hay un claro a la derecha, una pradera con redondas rocas de granito y hierba fresca. Desde allí se ve el valle cubierto de niebla. Sentado en una piedra, desocupado, astroso, espeluznante, tomaré un buen trago de ginebra, un bocado de salchichón y me fumaré un cigarrillo. Luego bajaré por el sendero que conduce al río. Serán diez minutos. Iré contento. Me dolerán los dedos de los pies y de las manos, pero dará lo mismo. Llegaré al remanso, dejaré la sagrada bolsa wayú en la ribera y por fin me sumergiré en el río de mis sueños, con mi moneda de plata en la boca. Los cañizos me custodiarán, el cristal del agua me protegerá, llevado por la corriente en mi mortaja líquida, a la sombra de los sauces, coronado de arbustos de ribera, de flores malvas y amarillas, de blandas hojas caídas al agua; los arbustos movidos por el viento escribirán un epitafio en el aire, que se disipará y nadie podrá leer. De afluente en afluente alcanzaré, ya disuelto en polvo, el ancho y profundo río de cenizas que nos arrastrará a todos, convertidos en sedimentos, juntos, apretados por fin en el inmenso delta, cuando

ya no seamos más que barro y cenizas que acabarán formando parte del lecho marino.

Eso es todo, *Gebe Gott uns allen, uns Trinkern, einen so leichten und so schönen Tod*. Aprende alemán, hijo, así la vida se hace más lenta: denos Dios a todos nosotros, nosotros los bebedores, una muerte tan ligera y tan hermosa. Gonzalo, estaré contento, y espero que tú también. Sé feliz y vive despacio. Ya te he dicho que te quiero, aunque muchas veces te haya querido mal.

Notas

1. «Su fantasía estaba perdida, donde la razón se desvanece, / en el atardecer en calma de sombras platónicas», «Lamia», J. Keats.

El río de cenizas
Rafael Reig

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Fotografía de la portada: © Fidel Gómez de Enterría

© Rafael Reig, 2022

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2022

ISBN: 978-84-1107-148-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!